VICTORIA
ARMESTO

HERMINIA

Imprime: «La Voz de Galicia, S. A.»
Concepción Arenal, 9-13 - La Coruña
Dep. Legal C-24-1976
ISBN 84-400-9785-9

VICTORIA
ARMESTO

HERMINIA

—I—

HERMINIA

«La belleza es una forma de genio; es incluso superior al genio porque no necesita explicación».

Oscar Wilde, «Espejo de Dorian Gray»

«Haec habet quicquid in orbe fuit (aquí está toda la belleza del mundo)».

Ovidio, «Ars Amatoria»

UNA mañana —ya en las postrimerías del verano de 1970— uno de mis hermanos conducía su coche por la coruñesa avenida de Lavedra. Había salido de la ciudad con intención de bañarse en Bastiagueiro, pero aquel día no llegó hasta la playa porque, al pasar delante de una parada de autobús, una imagen hirió su atención.

Allí estaba una mujer anciana, de pelo blanco recogido en un moño, muy extrafalariamente vestida quien, de un cartucho que sostenía en la mano, había cogido una pata de pollo y se la estaba comiendo. Mi hermano pasó de largo y luego se dijo «¿será o no será»?. Miró por el espejo retrovisor y, en efecto, era ella. Detuvo el coche y dio marcha atrás.

Mi hermano saludó a la señora y se ofreció a llevarla a donde quisiera ir.

Ella, todavía con su pata de pollo en la mano, pareció a la vez sorprendida y turbada. Explicó, de una manera un poco confusa, que no había encontrado taxi en La Coruña y por ello finalmente, había decidido volverse a casa en autobús.

Si él quería llevarla al pazo, sería muy amable por su parte, siempre, naturalmente, que no le molestara.

A fin de tranquilizarla, mi hermano le dio toda clase de seguridades. No, no solo no le molestaba acercarse a Sigrás (lugar de su pazo) sino que incluso —mintió amablemente— estaba obligado a pasar por aquel camino.

Ya una vez dentro del coche, la señora comenzó a preocuparse a cuenta del pollo. El aceite había traspasado el papel. Sería *terrible* manchar la tapicería. Había comprado el pollo asado en algún bar de La Coruña y, mientras esperaba por el autobús, le acució el deseo de probarlo. «Estos pollos ya preparados —dijo— siempre son muy ricos y ahora con la escasez del servicio doméstico...».

Mi hermano la miraba con mucha compasión, preguntándose: «¿cuánto tiempo hará que no come caliente?».

Aquella vieja señora que comía el pollo del cartucho en una parada de autobús era Herminia Rodríguez Borrell Feijoo, de una familia tan conocida como distinguida de La Coruña, rica por su casa, en un tiempo casada con el fabuloso Nubar Gulbenkian, hijo mayor del «rey del petróleo».

Herminia había sido una de las mujeres más hermosas de La Coruña moderna y solamente por su belleza llamó la atención en Londres y en París.

El hecho de que estuviera siempre vestida casi como una pordiosera, y que el hambre le acuciara hasta el extremo de comerse el pollo en plena avenida de Lavedra, no quería decir en modo alguno que se hubiera arruinado.

Tenía dos casas de campo, una propiedad sita en Oleiros y La Coruña que rehusó vender cuando le ofrecieron veintitantos millones de pesetas; era copropietaria de una casa en el Cantón Pequeño; tenía, por lo menos, dos pisos en Madrid y, a lo que se creía, cuentas corrientes y bienes en Inglaterra y en Francia...

¿Por qué entonces si era rica parecía pobre? ¿Es que acaso había hecho voto de pobreza? ¿O es que estaba un poquito chalada? No, Herminia no había hecho voto alguno que se sepa y, que se sepa, tampoco estaba loca.

Era pura y simplemente uno de los seres más extravagantes que nunca surgieron en la sociedad burguesa de La Coruña. Tanto sus familiares que la querían mucho y

que con sumo gusto la hubieran atendido en el supuesto de que ella se hubiera dejado atender, como sus amigos, aprendieron ya de antiguo a respetar sus rarezas: «Cosas de Herminia», se decían.

Todos estábamos en el secreto de que nunca Herminia haría las cosas al modo como las haríamos los demás, pues en ella todo era diferente.

También es cierto —y es asunto del cual nos decatamos posteriormente— que la originalidad de aquella mujer exquisita en cierto modo nos halagaba porque así se precisaba (con vistas al exterior) que no todos los coruñeses éramos gentes razonables y bien pensantes: casados a punto de celebrar «bodas de plata», aspirantes a los premios nacionales o, por lo menos, a los regionales de natalidad, gentes sensatas de esas que van al baile cuando hay que ir al baile y a la procesión cuando hay que ir a la procesión...

Se daba el caso de que, en el seno de esta sociedad aparentemente razonable y formal, en un mundo de rígidos valores, entre relaciones de carácter «clasista», anclados todos en la posesión de los llamados «valores eternos», teníamos una mujer para la cual todas estas reglas y todos estos valores no existían.

Una mujer, Herminia, que nos pertenecía y, a la vez, no nos pertenecía. Era como si en una reunión aburrida, con señores gordos que hablaran de la bolsa, entrara de repente una mariposa azul y ora se posara en una manga o en la coronilla de un calvo y en la reunión se dejara de hablar de acciones para decir:

«¿Es que no han visto ustedes una mariposa azul? Pues acaba de entrar por la ventana».

Y todos se pusieran a correr detrás de la mariposa, sin que por ello consiguieran atraparla...

Como para los italianos Gina Lollobrígida (a la que en un tiempo llamaron «Gina Nazionale») para la sociedad burguesa de La Coruña *poseer* a Herminia Borrell (del *Rodríguez* siempre nos olvidábamos) era un triunfo. Si se presentaba algún raro extranjero nunca dejábamos de decirle:

—Conocerá a usted, y será para nosotros un placer arbitrar esta presentación, a Herminia Borrell, en su juventud fue una de las mujeres más hermosas de Londres y sepa usted que estuvo casada nada menos que con Nubar Gulbenkian.

Por mucho que de ella se esperara, Herminia jamás defraudaba. Su belleza no se arruinó nunca y, aún cuando a menudo fuera vestida como una de las «locas de Chaillot», la pureza de líneas se adivinaba siempre en su rostro marchito. No podía dejar de ser guapa aunque se lo propusiera porque tenía una belleza ósea servida por un espíritu original.

—¡Qué gran comediante se ha perdido! —recuerdo que exclamó admirado un sacerdote y escritor catalán cuando la conoció hace más de una década

La amistad con Herminia, la conversación acerca de sus extravagancias, su presencia física, su elegancia desfasada, buscar sus joyas por debajo de las sillas o de los teburetes de un bar (perder las joyas donde quiera que fuera una de sus características) llenó tan completamente nuestras vidas durante tantos años que su muerte parece una imposibilidad...

Como además venía de una familia lóngeva (su madre vivió hasta los noventa y tantos, su tío Ambrosio Feijoo pasó de los cien) nos habíamos acostumbrado a la idea de que también Herminia alcanzaría una edad bíblica, sin embargo murió. Murió antes de cumplir los 74 años el día 18 de febrero del año 1971.

Su nombre completo rezaba: Herminia Elena Josefa Rodríguez-Borrell de Feijoo,

pero era generalmente conocida como «Herminia Borrell» o como «Herminia Feijoo». En realidad bastaba decir «Herminia». Tanto su familia paterna como la materna venían de la zona de Camariñas donde, con toda seguridad, eran dueños de fincas y propiedades.

El apellido Borrell parece indicar que Herminia descendía de uno de aquellos emigrantes catalanes llegados a Galicia en los siglos XVIII y XIX.

Fue aquella de los catalanes una emigración importante y su presencia revitalizó no sólo el comercio y la industria sino también las letras gallegas. La familia Carré Aldao, luego entroncada con los Alvarellos, desciende del joven panadero Juan Carré y Bartrá y sirve como admirable ejemplo.

Establecidos principalmente en la costa los catalanes se ocupan por lo regular de los negocios de pesca, hacían la salazón, prensaban la sardina para llevarla a Valencia y, además, servían como arrieros.

Algunos de estos mozos afincados en Galicia habían huido de Cataluña por no hacer el servicio militar.

Acerca de la influencia catalana en la incipiente industria gallega han escrito cosas muy enjundiosas los señores Meijide Pardo y Bayón. La emigración catalana consteló la costa coruñesa de nombres para nosotros exóticos.

Sucedía con alguna frecuencia que estos activos inmigrantes se elevaran en muy poco tiempo entroncándose fácilmente con las antiguas familias de la pequeña nobleza gallega, con los «fidalgos» que todavía no habían abandonado sus tierras y aún residían en los viejos pazos llenos de goteras, asistidos por criados a menudo contrahechos a los que trataban casi como a siervos...

Se mantenía misteriosamente en vigor aquel feudal que luego reflejarían en sus libros los dos Ramones de la patria gallega (Valle Inclán y Otero Pedrayo) así como la condesa de Pardo Bazán.

Los Feijoo, antepasados de Herminia por la rama materna, eran una de esas viejas familias galaicas con pazo, escudo y palomas; es muy posible que estuvieran emparentados con los Feijoo de Casdemiro, en la línea del ilustre benedictino gloria de Galicia. Y digo que es *posible* porque, aunque creo haberlo oído, no sé si será verdad.

También he oído decir, y no sé si con mucho fundamento, que cuanta propiedad tenían los Feijoo en Camariñas les venía por herencia o entronque con unos Mourín Acerca de estos Mourín se decía que, en un tiempo, habían sido piratas, cosa que halagaba extraordinariamente a Herminia.

De cualquier forma, y para nuestra tranquilidad, la familia Feijoo una vez establecida en La Coruña ha contado con el auxilio moral que les prestaban dos prestigiosos generales.

Herminia ingresó triunfalmente en el seno de la sociedad coruñesa colgada del brazo de uno de sus tíos, hermanos de su madre. Solía ir a las fiestas y a los bailes acompañada ora por el general Miguel, ora por el general Ambrosio.

Yo apenas si me acuerdo del más viejo de los dos generales Feijoo aunque sí tengo conciencia (acaso porque me lo han contado) de aquella su larga barba blanca y de la cicatriz que le cruzaba el rostro, testimonio de su valor en la guerra de Cuba. Miguel Feijoo fue el fundador del Club Náutico de La Coruña. Mientras la figura del general Miguel se me desvanece en el recuerdo, guardo memoria del día en que en nuestra ciudad celebramos los 100 años de don Ambrosio que llegó a ser el general más anciano de todo el ejército español. Era un personaje popular y enormemente respetado. Siempre estaba presidiendo actos benéficos o funciones sociales y también

hacia un papel muy lucido en las procesiones, caminando siempre entre mi piadoso tío Faustino Hervada y el conde de Canillas.

La mezcla de sangre catalana, los genes de aquel remoto antepasado salazonero o arriero (1) con la vieja familia coruñesa, había resultado afortunadísima y tanto Herminia como sus hermanos habían sido favorecidos por una presencia física nada común.

También su padre, don Maximino Rodríguez Borrell, fue un hombre muy apuesto.

Nubar Gulbenkian, al recordarle en sus memorias, dice que era muy alto y de muy buena facha.

Rodríguez Borrell emigró joven a Cuba, un mozo más entre los millares que abandonaban nuestras costas.

Borrell hizo fortuna en Cuba y esta fortuna perduró hasta el día en que subió al poder el hijo de otros emigrantes gallegos: Fidel Castro.

El padre de Herminia tuvo ingenios y tuvo esclavos y también ganó dinero con la construcción. Uno de sus mejores negocios consistió en, después de la primera guerra mundial, comprarle al gobierno francés un centenar de camiones en desuso que transportó a Cuba en donde se vendieron a precio de oro.

Agradecido por verse libre de aquellos trastos, el Gobierno francés le regaló un coche modelo Ford T. blanco con ruedas rojas, que don Maximino, a su vez, regaló a su hija Herminia.

Un día de lluvia torrencial en su ingenio cubano don Maximino Rodríguez Borrell vio como uno de sus negritos corría desnudo bajo la lluvia procurando que no se le mojara el sombrero que llevaba debajo del brazo.

—Ponte al menos el sombrero y no te mojarás la cabeza —la recomendó don Maximino.

—La cabeza es de mi amo —le respondió el esclavo— pero el sombrero es del negrito.

Cuando Herminia fue presentada en sociedad aún vivía la condesa de Pardo Bazán. Doña Emilia falleció en Madrid el año 1921 y está enterrada en una iglesia, en la madrileña de la Concepción.

Todavía era una persona de carne y hueso y doña Emilia ya había entrado en su propia leyenda. Se le dedicaban teatros, calles y estatuas y su extraordinario talento era universalmente reconocido por todos los coruñeses —incluyendo la propia doña Emilia— salvo excepciones como las de Narciso Correal y Freyre de Andrade y algún que otro mal pensante, quienes lo negaban movidos más por el resentimiento que no por la justicia.(2)

La vida social de La Coruña giraba en torno a la condesa. Aún en el caso de no haber sido Emilia una de las mejores escritoras de su tiempo, siempre hubiera ocupa-

---

1) En el supuesto de que tan democrático antepasado haya existido. Un protocolo descubierto por el profesor Meijide Pardo en uno de los archivos regionales señala que ya, a principios del pasado siglo, la familia Borrell figuraba entre los poseyentes: «En 8 de abril de 1828, se formalizó en la ciudad de Santiago un protocolo notarial. Del mismo aparece, como compareciente ante el escribano, José Nicolás Díez Porrua, vecino de la villa de Camariñas, que otorga poder «a su primo D. Ramón Borrell, vecino de dicha villa de Camariñas, para que representando su persona, acciones y derechos, se persone con su pariente don Juan Pondal, vecino y del comercio de Puenteceso y con don Luis Martelo, del de la villa de Laxe...» Se trataba de cobrar unas rentas en *ferrados* de trigo en las jurisdicciones de Vimianzo, Soneira, etc.

2) A uno de estos *mal pensantes*, quizá al propio don Narciso Correal y Freyre de Andrade, se le atribuye la afrenta infringida a la estatua de la ilustre señora el día en que fue descubierta en los jardines

do un lugar preeminente en la sociedad de su pueblo. No se le pueden poner reparos a la «fidalguía» de Emilia, en cambio sí se puede criticar (aunque no sé si sería justo hacerlo ahora, en tiempos de tan acusada ridiculez social) su patético empeño en arroparse bajo los faustos de un condado pontificio.

Emilia descendía de un Pardo de Lama que, en el siglo XVI, se casó con una nieta de mítico mariscal Pardo de Cela. Por mi parte tengo de antiguo una gran admiración por el abuelo de doña Emilia, que se llamaba Miguel Pardo Bazán y que fue uno de aquellos ingenuos y encantadores liberales del «trienio». Doña Emilia le admiraba algo menos que yo: «Aquel abuelo mío liberalote y masón...» solía decir. El viejo liberalismo de Miguel se perdió ya en el padre de doña Emilia quien, defendiendo a Pío Nono en las Cortes (era diputado por Carballiño) ganó el condado pontificio tan estimado por Emilia.

José Pardo Bazán era muy buena persona, teóricamente muy interesado por la Agricultura, escribió mucho sobre cosas agrícolas pero no se sabe que hubiera hecho nada por mejorar sus propias tierras.

De doña Amalia de la Rúa, la madre de doña Emilia, siempre oí decir que era tan bella como se refleja en sus retratos y que, además tenía una gran personalidad y que pintaba admirablememte. Doña Amalia era bastante despistada. De repente podía exclamar: «Adiós, me voy que ya les estoy aburriendo con una visita tan larga», y salía hasta la puerta, pasmándose al advertir que se hallaba en su propia casa.

Doña Emilia no era tan guapa como su madre ni era nada despistada. Desde muy joven se le conoció la sapiente impertinencia. «O pronuncie usted bien el inglés o diga mermelada como Dios manda» —reprendió severamente a una nueva rica de la especulación del año 1914 que tuvo la osadía de invitarla a tomar el té.

Al iniciar su vida literaria la condesa de Pardo Bazán experimentó algunas dudas. No sabía si romper a escribir en prosa o en verso. Superada la primera incertidumbre y después de un primer libro mediocre de poemas a su hijo, habiéndose inclinado, felizmente, por la prosa, la condesa se convirtió en su fervorosa cultivadora.

«Es curioso —observó un día Emilia— que las dos personas más inteligentes de la Galicia moderna se hayan vestido por la cabeza».

Las dos personas de privilegiado intelecto, que gastaban faldas, eran el Padre Feijoo y ella misma, por supuesto.

Esta maravillosa seguridad, respaldada en un no menos maravilloso talento, acabó impresionando a los coruñeses, que dieron en mirar a Emilia como a un nuevo monumento gentilicio: torre de Hércules, castillo de San Antón, condesa de Pardo Bazán...

Aunque nadie creyó nunca que Emilia hubiera leído a Sófocles y a Homero antes de los 10 años (según su confesión tardía) bastaría que a temprana edad hubiera leído, digamos, las fábulas de Iriarte para impresionar a la buena sociedad de La Coruña, donde no nos distinguimos precisamente por la afición a leer. (En realidad

---

de Méndez Núñez. Cuando el alcalde de La Coruña y otros dignatarios y ediles se congregaron al pie del monumento y se corrió el velo, doña Emilia apareció con una escoba en la mano y un orinal en la cabeza y el ultraje se remataba drásticamente con unos versos tan insolentes como injustos que comenzaban así:

Trasto viejo de desván,
que huele a polvos de rosa...

La condesa de Pardo Bazán no estaba felizmente presente. Había preferido quedarse en casa. Doña Emilia, en este monumento coruñés, obra de Collaut Valera, aparece en todo el esplendor de su gloria, y de sus kilos. El escultor no pretendió halagarla en exceso; apenas si le quitó la doble papada.

en La Coruña lo único que *de verdad* nos interesa es hablar los unos de los otros y, a poder ser, hablar mal).

De la condesa se decían, como es natural, pestes. Antes de los 10 años yo no había leído ni a Sófocles ni a Homero, pero sí conocía de pe a pa la historia sentimental de doña Emilia la cual —según las exageraciones coruñesas— resultaba tan ardiente como Isabel II. Estos rumores, estas listas apócrifas, esta maledicencia, esta envidia salpicaban a Emilia como podía salpicarle la lluvia a su paso por la Calle Real. La salpicaban pero no la afectaban. Era una mujer independiente y valiente, buena administradora, tenía sus rentas, algo ganaba con la literatura, nunca gastó un céntimo más de lo que tenía, no le debía nada a nadie...

La condesa conocía la idiosincrasia de su ciudad. Sabía que La Coruña es como una de esas mujeres masoquistas que gustan de los malos tratos. Verbalmente Emilia zahería a sus paisanos. En sus libros, en cambio, mostraba un mayor cuidado en no herir la moral oficial. Quizá porque respetaba la moral del «establishment» se le consentían mayores licencias de las habituales. En años en los que, aun llevándose como perros y gatos, los matrimonios seguían unidos como galeotes, Emilia se separó tranquilamente del bondadoso *Pepe* Quiroga. Su marido se retiró a un castillo que tenía al lado del mar. Se desvaneció como esos barcos que se pierden en la niebla, detrás de la Marola.

Pepe y Emilia se habían casado cuando él tenía 20 años y ella 17. De los retratos de su boda, a mí lo que más me sorprende es lo mucho que ella se parece a *Colette*, aquella *Colette* también recién casada, amante y *negro* de Willy.

Pepe y Emilia (ella por poco tiempo y por esteticismo *snob*) abrazaron la causa del carlismo. Habían tenido tres hijos.

Una vez separada de su marido, Emilia, con la asistencia de unos canteros reconstruyó su casa mariñana fundada en el siglo XVI. La rebautizó con el nombre de «la Granja de Meirás» (siempre se le había llamado «Las Torres»). Emilia era un poquito rebuscada en los nombres: también inventó *Marineda* y *Rosaleda*. Cuando la condesa estaba en casa mandaba izar su personal estandarte en la torre del Homenaje.

Sí, todo aquello se prestaba a la cursilería, pero sólo cuando Emilia se alejaba de su centro, cuando en Madrid paseaba su voluminosa figura por las calles de San Bernardo o la Princesa. Encuadrada en el marco de la sociedad coruñesa, Emilia adquiría una patina, una gracia singular: la conferida por nuestra admiración.

Los Pardo Bazán eran nuestros *Guermantes*.

¿Y quién no se acuerda de los saraos de «la Granja de Meirás»?

Yo misma me acuerdo, aunque no estaba.

Madre amantísima, ansiosa de lograr para sus hijos el más feliz y brillante de los acoplamientos, doña Emilia no vacilaba en recurrir, si ello era necesario, a la imposición despótica. Se le conocía haber frustrado algún idilio coruñés de Jaime, a lo que se dice enamorado de una señorita que iba a morir en un piso de la Calle Real, soltera y con más de noventa años...

Jaime Quiroga y Pardo Bazán se había casado finalmente muy al gusto de su madre y su mujer pertenecía a la distinguida y acaudalada familia de los Esteban Collantes (descendientes de un ministro de la corona). El matrimonio, a su vez, tenía un solo hijo *Jaimito*.

Jaime era capitán de Húsares, maestrante de Ronda, caballero del hábito de Santiago, buen muchacho... Su madre le hizo alguna vez asistir a las fiestas del Apóstol vestido con el traje regional, con *montera*, *calzas* y *cirolas*... El rey de Es-

paña, a petición de la escritora, le había concedido el título de conde de la Torre de Cela.

¿Fue por culpa de las ambiciones de Emilia que su hija Carmen no se casó nunca? Carmen era una muchacha tan discreta como virtuosa y de ella se sabe muy poco excepto que la insolente Gloria Laguna, peleada con Emilia, la denunció como «una virgen apolillada».

Blanca, la segunda de las hijas, fue tantos años la viuda del general Cavalcanti, que llegó un momento en que ya nadie la recordaba casada.(3)

Doña Emilia siempre recibía a sus invitados a las puertas de la granja de Meirás rodeada de sus hijos. *Jaimito* era todavía muy niño para participar en saraos. Luego medraría hasta convertirse en un muchacho guapo, talentoso como la abuela, al que fácilmente se pronosticaba un brillante porvenir.

Todos los Pardo Bazán, el nieto incluido, ejercían sobre nosotros una poderosa sugestión.

Les admirábamos como a santos en un fanal, siempre pasmados por tanta gracia y cultura. Pero no sabíamos ¡ay! que nada duraría nada, que la muerte les estaba, y nos estaba acechando...

Jaime por su madre era un Pardo pero por su padre era un Quiroga. Pese a su disposición obediente y formal se descubría espóradicamente en él un reflejo de la fiereza de su tío, aquel Eduardo al cual —según *vox populi*— doña Emilia había retratado en «Los pazos de Ulloa».

Se cuenta en La Coruña una historia, posiblemente apócrifa, de que llevado por su temperamento feudal, Jaime le dio una patada en la cara a un limpiabotas de la Gran Peña y que fue este mismo limpiabotas quien, convertido en cruel miliciano, fue a buscarle en aquella fatídica madrugada:

—No os podeis llevar a mi padre —le defendió valiente *Jaimito* que tenía entonces 18 años

Y se llevaron también al chico, para asesinarles en alguna cuneta.

A veces el destino se encarga de machacar las esperanzas mejor fundadas. ¿Hu-

---

3) Blanca Quiroga y Pardo Bazán, marquesa viuda de Calvalcanti, falleció recientemente, con más de noventa años, legando su casa de la Calle de Tabernas, la casa de doña Emilia, a la Real Academia Gallega. Esta donación alivia el peso de una tragedia histórica, una tragedia que pesa todavía sobre nosotros, como pesó sobre nuestros padres y abuelos, como pesó sobre la propia Emilia.

Emilia Pardo Bazán debió haber sido la *musa* del galleguismo. Ella vivió en los años de la primera *renascencia*, fue testigo de cómo resurgía la lengua aniquilada bajo el aliento de tres grandes poetas: Rosalía Castro, Curros Enríquez, Eduardo Pondal. Ella, que leía tanto, conoció perfectamente las teorías regionalistas del profesor Alfredo Brañas, supo de aquellos postulados que tanto habían de influir primero sobre Prat de la Riva y las «mancomunidades catalanas» y después sobre Sabino Arana Goiri, de Euzcadi. Algunas tardes, cuando estaba en La Coruña, la Pardo Bazán se acercaba a la librería Regional, vulgarmente llamada «A cova céltiga» y, entre los intelectuales galleguistas, encontraba lo que no era fácil descubrir en la sociedad: espíritus capaces de seguirla y, en determinadas materias, superarla. Pero la ayuda que Emilia les prestaba —incluso aceptó ser presidente honorario de la Real Academia Gallega— era siempre superficial. Llevada por sus propios resentimientos y, sobre todo, por los celos que le inspiraba Rosalía Castro, a quien siempre llamaba por el cruel apodo de «Choromiqueira», Emilia no quiso prestar su talento a la *renascencia* cultural gallega. Y no solo no le prestó ayuda sino que prefirió negar su lengua que era tanto como negar una cultura. Quizá había también una dosis de egoísmo en su renuncia. Emilia era ávida de honores. Tal vez presentía que unirse al regionalismo era elegir la oscuridad. Renunciar al solicitado título de Castilla, a la «banda de María Luisa», a la cruz «pro Ecclesia et Pontifice», a la cátedra de literatura en la Universidad Central, a la Real Academia Española... Pero en la Real Academia Española no logró nunca ingresar doña Emilia. Fue su gran fracaso oficial y le amargó bastante más la vida que los supuestos recelos de la «Cova céltiga». Emilia tenía méritos sobrados para ser académica. Se lo impidió la misoginia castellana, respaldada en el ejemplo francés.

biera estado Jaime en Madrid, aquel verano de 1936, si llega a casarse con aquella señorita de la burguesía coruñesa, con la elegida de su juventud?

¿Quién podría imaginarse que este iba a ser el trágico fin de nuestra admirada dinastía? ¿Cómo adivinar que así iban a acabar nuestros *Guermantes*? ¡Ah! por algo doña Emilia pedía siempre, y a todas horas «el cirujano de hierro»...

Ciertamente no se adivinaban las futuras tragedias mientras los invitados entraban en «la granja de Meirás».

Por aquellos tiempos fue gobernador de La Coruña el padre de mi amiga María Martos de Baeza. Todavía hoy María recuerda con nostalgia las brillantes recepciones con toda la burguesía de La Coruña en su momento de esplendor.

Uno tras otro penetraban los carruajes en el parque y de uno de ellos descendió, en un día del verano de 1920, una joven bellísima que luego avanzó hacia la casa del brazo de su tío, el general Miguel de la barba blanca.

Era Herminia Rodríguez Borrell, con su pelo negro peinado con raya al medio y recogido en la nuca, con su rostro helénico, con su porte real.

No iba vestida como las demás muchachas, sino que en su atuendo se acusaba ya una nota original y exótica. Aquel día, he oído decir, llevaba una larga capa blanca.

Mientras escribo sobre las fiestas de Meirás me vienen constantemente a la memoria las coplas nostálgicas de Jorge Manrique:

¿Qué se hizo aquel trovar
las músicas acordadas que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar
aquellas ropas chapadas que traían?

NUBAR

NUBAR Gulbenkian —el futuro marido de Herminia Rodríguez Borrell— nació en el pueblo de Kadi Keui, en el Bósforo (la antigua Calcedonia) el 2 de junio del año 1896.

Los Gulbenkian eran una vieja familia de mercaderes armenios que, ya de antiguo, comerciaban con el imperio otomán.

El abuelo de Nubar, que era el hombre más rico de Kadi Keui, tenía un criadito llamado «El Kahdevi» cuya única misión era hacerle el café. Una vez, cuando el viejo Gulbenkian batió palmas llamándole, no obtuvo respuesta. «El Kahdevi» se había dormido. El mercader ordenó entonces que en castigo le dieran una fuerte azotaina y, tan a rajatabla cumplieron su recomendación, que el criado murió.

—Vur dedik oldur demedik —gritó el mercader, lo cual, según contaría más tarde su nieto (4) quiere decir: «Os di orden de pegarle, no de matarle».

Este era el abuelo de Nubar (5). El padre, que se llamaba Calouste Sarkis, iba siempre a la escuela a hombros de un criado, quien pregonaba a voces:

—Aquí viene el hijo del todopoderoso señor Gulbenkian, el chico más inteligente de Kadi Keui».

El maestro tuvo la desdichada ocurrencia de poner en duda semejante afirmación.

Fue llamado por el todopoderoso mercader y, a su vez, recibió una tanda de azotes que, si no le causaron la muerte como al «Kahdevi», contribuyeron a convencerle de que, en efecto, Calouste Sarkis era el chico más inteligente de todos sus alumnos.

Entre turcos y armenios existía una gran tensión por razones confesionales. Los segundos pertenecían por lo regular a la Iglesia cristiano-ortodoxa.

En el mismo año en que nació Nubar Gulbenkian, en 1896, el sultán Abdul Hamil II decidió resolver el problema armenio al modo como, mucho más tarde, Hitler decidiría resolver el problema judío.

«Acabados los armenios, acabada la cuestión», —pensó el sultán y ordenó que se llevara a cabo el genocidio pero, como suele ser frecuente en estos casos, sólo mataron a los armenios pobres porque los armenios ricos —prevenidos a tiempo— tuvieron no sólo oportunidad de salvarse a sí mismos sino también la de salvar una parte muy considerable de su fortuna.

Los Gulbenkian se trasladaron primero a Egipto donde tenían un pariente magníficamente situado. Era el famoso Nubar *Pashá*. El futuro maridó de Herminia se llamaba Nubar por este pariente. Era costumbre en El Cairo que, cuando los carruajes de los *pashás* circulaban por las calles, a su paso se arrodillaban los *fellahin*. A Nubar le divertía mucho salir con su tío y ver, desde el coche, a todo el mundo arrodillado.

Tal hábito reverencial se mantuvo hasta la revolución del año 1952, cuando echaron a Faruk y a todos los *pashás*.

4) «Pantaraxia», Autobiografía de Nubar Gulbenkian, Londres 1965.

5) El abuelo de Nubar vivió hasta los 105 años.

Con su fino instinto, los Gulbenkian adivinaron la importancia que, dentro de la nueva sociedad industrial, iba a tener el petróleo. Calouste Sarkis Gulbenkian, por encargo de su padre, visitó Bakú en 1890 y escribió un trabajo acerca de los yacimientos caucasianos.

De un conocimiento anticipado arrancan las concesiones petrolíferas que los Gulbenkian consiguieron en Persia, en el Irak y en Turquía. A pesar de la anterior persecución mantenían relaciones amistosas con los sultanes.

Jussuf Izdini, el heredero del trono otomán que luego se suicidó, fue huésped de la familia Gulbenkian. Calouste Sarkis le llevó a su sastre, «T. and F. French» de *Dover Street*, quien tuvo que tomarle las medidas desde un metro de distancia, ya que el príncipe no podía ser tocado por un infiel. Tampoco podía usar los zapatos más de una vez; estrenaba cada día un par que por la noche regalaba al criado.

Calouste Sarkis Gulbenkian fue el fundador de la «Anglo Persian Co», el presidente de la «Iraq Petrolium Co» y el creador de la «Arabian American Oil Co». Más tarde, vendió sus acciones petrolíferas a la segunda de las citadas a cambio de percibir un cinco por ciento de sus ganancias.

Por eso le llamaban «Míster cinco por cien».

Calouste Sarkis Gulbenkian, que nunco visitó sus yacimientos de Persia o del Iraq, se convirtió en uno de los hombres más ricos del mundo.

Su tren de vida fue paulatinamente ganando esplendor.

Nubar cuenta que, mientras él era niño, su familia vivía con menos lujo de la que entonces era frecuente en la clase alta inglesa, la casa de sus padres estaba en la esquina poco elegante de Hyde Park.

Pero más tarde los Gulbenkian se expandieron al ritmo de su fortuna. Llegaron a ocupar una casa que tenía cien habitaciones en la parisina Avenue d'Iena. Madame Gulbenkian estaba muy orgullosa del hecho de que fuera capaz de regir aquella enorme mansión «con sólo 28 criados». Tenían una gran terraza y en la terraza había tres grandes árboles y una gran pajarera con faisanes y aves exóticas. Alguna vez los faisanes se escapaban y caían sobre la Avenue d'Iena paralizando el tráfico. (6).

Calouste Sarkis Gulbenkian, que era un coleccionista y un gran experto en materia de arte, fue llenando su casa de tapices, alfombras, cuadros, porcelanas, muebles que, en gran parte, son hoy del dominio público ya que pueden contemplarse, y admirarse, visitando la «Fundación Gulbenkian» de Lisboa.

Algunas de las obras de arte, como el autorretrato de Rembrant viejo, la Diana de Houdon o la plata de Germain, llegaron de Rusia, procedían del «Hermitage».

Gulbenkian, que fue también uno de los pioneros en la comercialización del caviar, advirtió que el gobierno soviético, siempre muy mal de fondos, estaba dispuesto a vender una parte de sus colecciones.

El gobierno estaba dispuesto, los directores de los museos no. Para sacar las obras de arte de Rusia se recurrió al siguiente subterfugio. Por orden gubernamental sacaban las obras de arte del *Hermitage* pretextando que iban a ser expuestas en los museos de provincias, pero las obras sustraídas nunca llegaban al supuesto destino. Una vez fuera de la tutela de sus celosos conservadores eran vendidas a Gulbenkian o a los millonarios americanos.

Calouste Sarkis Gulbenkian y su mujer tenían, aparte de Nubar, una hija, Rita. Los dos recibieron una educación muy esmerada. Nubar tuvo una niñera francesa y

6) Entre los tesoros que contenía aquella casa destacaban los tapices chinos del *budoir* de la señora Gulbenkian.

una institutriz inglesa, hablaba perfectamente ambas lenguas y, después de casarse con Herminia, aprendió bien el español. De niño pasaba los inviernos en Londres y los veranos en Cap Martín o en Deauville, en donde, más de una vez, fue acariciado por una anciana señora: la emperatriz Eurgenia de Montijo.(7)

A los seis años Nubar Gulbenkian tuvo su primer *pony* y quizá fue una desgracia el que le dijeron que un «gentleman» es inseparable de su bastón y de sus guantes porque, en el curso de su vida, nunca pudo salir a la calle sin proveerse antes de guantes y bastón. (8)

Nubar estudió en Harrow, el colegio de Winston Churchill, pasó luego al *Trinity College* de Cambridge cuando aún estaban en vigor los sistemas educativos medievales y le pegaban.

El joven Gulbenkian se aplicó suficientemente y, si no fue el mejor estudiante de Humanidades que haya pasado por el Trinity College, tampoco fue el peor. Entre sus aficiones merece ser destacada una que le redimía de sus posibles faltas: le gustaba Horacio. En su estilo literario y en sus maneras quedó impreso el sello de la famosa Universidad, lo cual —unido a cierto exotismo oriental— contribuía a su encanto. (9).

En 1918, cuando tenía 22 años, Nubar Gulbenkian se retrató con un uniforme de diplomático (era agregado honorario a la embajada de Irán en Londres) gorro turco y monóculo.

Era un joven muy bien parecido.

Este retrato de Nubar me hace pensar en el viejo Aga Kan, cuando el Aga Kan aún era delgado, antes de que comenzaran a pesarle en brillantes, y también me recuerda al padre del difunto alcalde de La Coruña Alfonso Molina. Un parecido que estimo vagamente por haber visto un retrato del viejo señor Molina, que falleció hace muchos años, en el salón coruñés de doña Evarista Brandao, señora viuda de Molina.

Fue entonces (noviembre de 1918) cuando Nubar Gulbenkian decidió asistir a un baile de debutantes en el *Hyde Park Hotel*. Allí conoció a una chica morena, peinada con raya al medio, vestida con un traje azul eléctrico y que hablaba muy despacio, en parte porque no sabía mucho inglés y en parte porque esta era su manera de hablar.

Nubar Gulbenkian, que se enamoró perdidamente de la joven, se sintió doblemente fascinado al conocer su nombre tan extenso como exótico: Herminia Elena Josefa Rodríguez-Borrell de Feijoo.

Volvieron a verse en un baile de carnaval en el «Victoria Ball» (10). Gulbenkian asistió vestido de *rajah*. No se sabe cómo era el disfraz de Herminia.

Herminia estaba en Londres para aprender inglés.

Habiendo sufrido tanto por los fallos de su educación, don Maximino Rodríguez

---

7) También de chico y desde su casa en el 38 de Hyde Park, Nubar vio pasar a la reina Victoria de Inglaterra.

8) «Es inútil preguntarme qué sentía respecto a los pobres de Londres, —confiesa Nubar— ignoraba su existencia».

9) Ingresó en el Trinity College en 1914. Antes, en 1914, cursó estudios en la Universidad de Bonn. Pasado el tiempo se acordaba siempre de los horrendos cigarros de su profesor de Química y de como tenía la perversidad, de reservar los buenos que Nubar le regalaba para fumárselos los domingos. Al salir precipitadamente de Alemania, rotas las hostilidades, Nubar Gulbenkian dejó allí un coche, un Delauney Belleville, abandonado. Cinco años después le devolvieron el coche y tuvo que pagar su estancia de cinco años de garaje. El coche había sido lavado y pulido regularmente.

10) Que se celebraba en el «Albert Hall».

Borrell —una vez que hizo dinero en Cuba— procuró que sus hijos estudiaran idiomas y que adquirieran una buena preparación cultural.

Herminia era una de las muchachas más celosamente guardadas en aquel Londres del año 1918. Excepto cuando estaba en clase, siempre andaba acompañada ora por su madre, ora por su tía Lala que también vivía con ellos.

Se alojaban en el *Curzón*, hotel situado en el elegante barrio de Mayfair que ha desaparecido. Si no era el más lujoso hotel de Londres, tampoco era ruín. Se amparaba en una más que discreta medianía. Era frecuentado con agrado por familias tanto inglesas como extranjeras y en él se alojaban ancianos funcionarios jubilados con sus esposas. Los huéspedes eran gente tranquila y de buen tono.

Aunque se acostumbró a seguirla a todas partes donde iba, sólo muy raramente Nubar Gulbenkian podía hablar con Herminia y nunca a solas.

Aquel noviazgo, o tal vez será más propio denominarle flirteo a distancia, se prolongaría luego en París. (11).

En un principio los padres de Nubar no tomaron el asunto en serio, pero conforme pasaban los meses y Nubar cada vez parecía más enamordo de la joven española, comenzaron a preocuparse. Cuando Nubar les comunicó que pretendía casarse con Herminia pusieron el grito en el cielo.

La situación de los dos enamorados era muy criticada porque, si a los Gulbenkian no les gustaba Herminia a los Rodríguez Borrell aún les gustaba menos Nubar.

Sólo mediante la complicidad de la simpática tía Lala lograban los dos jóvenes enamorados verse, aunque muy de tarde en tarde, si bien estas raras entrevistas cesaron cuando, ya en el verano de 1919, el señor Rodríguez Borrell decició dar por acabada la educación de Herminia y la joven —siempre acompañada por su tía Lala— regresó a La Coruña.

Al regreso de Londres Herminia fue recibida con mucha curiosidad. Se había extendido el rumor de sus relaciones con un personaje fabuloso. Alguien dijo que se trataba de un armenio, nacido en el Bósforo, pero como en La Coruña no solemos tener muy clara la geografía, al oír esto muchos entendieron que se trataba de un *marajah* indio.

Para ponerse a tono con la nacionalidad atribuida a su pretendiente, Herminia asistió a un baile en el Nuevo Club tocada con un exótico turbante y sobre la frente le caía una perla.

Nunca se había visto en La Coruña moda semejante. La originalidad y la belleza de Herminia dejó a todo el mundo con la boca abierta. Uno de los jóvenes deslumbrados por Herminia era mi padre, que entonces aún estudiaba la carrera de Ingeniero de Caminos.

La familia de mi padre, los Fernández-España, eran de corto arraigo en la ciudad. Habían llegado a Galicia a mediados del siglo XIX, pero no habían venido para comerciar o para prensar la sardina como tantos catalanes, sino a caballo y con un

(11) ...«Elena fue testigo en el *Majestic* de los amores de Herminia con el hombre de las cajas, las barbas y el monóculo, parecía un señor con careta, amores que no inspiraron confianza a los padres de ella que estaban en aquel hotel que había sido y fue tantas cosas, desde residencia de Babilesvki y de nuestra Isabel II hasta cuartel general de los alemanes en el París ocupado, oficina provisional de la UNESCO y ahora sede de la conferencia del Vietnam...», carta de Leandro Pita Romero desde Buenos Aires el 25 de mayo de 1971. Seguramente Leandro superpone a la imagen del Nubar joven la del Nubar viejo, si aquellas descumunales y mefistofélicas cejas eran, con la barba y el monóculo, lo que más llegó a destacar de su persona, sus retratos juveniles nos revelan un rostro afeitado y atractivo.

sable en la mano. Mi bisabuelo fue uno de aquellos «rojos húsares» que combatieron contra los carlistas del general Gómez por las *rúas* de Santiago de Compostela.

Combatir para mis antepasados no era cosa nueva. Llevaban siglos a caballo guerreando primero contra los moros, después contra los ingleses, siempre contra los franceses y, por último, contra los españoles que no eran de sus mismas ideas.

Entre campaña y campaña se recogían en la vieja casona con los dos escudos cabe al Ebro.

Eran gentes de mediana hidalguía. Por línea femenina, por los d'Espagne, descendían del feudal Señor de Cominges en los Pirineos; estaban también emparentados con los Ramírez de la Piscina que, a su vez, eran bastardos de los reyes de Navarra. Había en ellos un cierto lejano orgullo nacido no tanto de lo que tenían, como del convencimiento de que no necesitaban nada más.

Una vez mi tío abuelo Galo — que había sido el jefe de Sanidad en la guerra de Cuba— fue visitado por uno de sus sobrinos quien, de un modo imprudente, le reveló que se había comprado unos calcetines de seda. Tío Galo, consternado, se llevó las manos a la cabeza:

—He llegado —dijo— a general del Ejército Español y nunca he poseído unos calcetines de seda, y ahora se atreve a tenerlos un tenientillo... ¡Que derroche! ¡Pobre España! ¿A dónde vamos a parar?

Mi abuelo, que había nacido por los azares de las guerras civiles en Santiago de Compostela, se había convertido en el más coruñés de los coruñeses lo cual, conociendo el chauvinismo de mis paisanos, ya es decir algo. Gracias a que tenía otro hermano general en el Ministerio de la Guerra había logrado esquivar toda posibilidad de traslado. Ascendió de capitán a general sin moverse de la ciudad herculina.

La mujer del general, mi abuela, se llamaba Carlota y era nacida en Santiago de Chile antes de la independencia. Quizá había traído de las Indias aquella melancolía que se reflejaba en el fondo de sus ojos, o quizá la melancolía no era sino el disfraz de un cruel presentimiento de que su vida sería corta, de que sus hijos serían huérfanos. Carlota era una mujer ampulosa y bella, tan aficionada a la Teología y a la Música que la muerte, por llegarle tan pronto y tan sigilosamente, hubo de encontrarla ante el piano o discurriendo sutilezas carismáticas —que en la cocina es seguro que no la había de encontrar.

Mi padre pasó un par de semanas sugestionado por el atractivo exótico de Herminia.

Otros chicos de la burguesía coruñesa se mostraban igualmente seducidos por la señorita de Rodríguez-Borrell pero todos ellos comprendían que Herminia no encajaba en el marco de nuestra limitada sociedad, que su extraordinaria belleza y su personalidad requerían como escenario los grandes teatros y los grandes hoteles internacionales y que era inevitable que acabara casándose con el *marajah* o bien, a modo de *ersatz* si lo del *marajah* fracasaba, con un príncipe ruso.

* * *

Finalmente Nubar Gulbenkian, desafiando las iras de sus padres, siempre opuestos al noviazgo, se presentó en La Coruña.

Cediendo con gracia ante lo inevitable, tanto los Rodríguez-Borrell como los Feijoo le agasajaron —según Nubar reconocería más tarde— con «exquisita cortesía».

Le llevaron a Santiago y le hicieron visitar la Catedral y arrodillarse ante la tumba del Santo Apóstol.

Luego Nubar y Herminia salieron —ante la expectación general— montados a caballo por La Coruña adelante. Les acompañaba el tío de Herminia, general Ambrosio Feijoo, que era quien les facilitaba los caballos del regimiento.

Desde los tiempos en que Sofía Casanova visitó La Coruña con su esposo polaco señor Lutóslawski, al que mis paisanos dominados por una pasión monárquica ciertamente extraña en pueblo tan republicano, llamaron siempre «el príncipe de Lutóslawski» no se recordaba en La Coruña una pareja tan discutida y llamativa. Y Nubar resultaba todavía más impresionante que el «príncipe» Lutóslawski pues al fin, el marido de la popular escritora Sofía Casanova, dejando la presunta realeza a un lado, era un terrateniente y un profesor y nada tenía que ver ni con el Oriente ni con los pozos de petróleo.

Aunque Nubar Gulbenkian iba vestido de una manera absolutamente normal, los impresionados coruñeses dieron en decir que llevaba un turbante blanco con una esmeralda. Y hay gente que me jura haberle visto así ataviado.

Reforzado su amor después de la visita a Galicia, Nubar Gulbenkian anunció formalmente a su familia que se casaba con Herminia.

La respuesta de su padre fue echarle de sus negocios.

Sin desmayarse Nubar se dispuso a buscar un empleo que pronto le ofreció la competencia. Sir Henri Deterding abrió de par en par para el rebelde heredero las puertas de la «Royal Dutch Shell» pero —según descubriría más tarde Nubar— tras la generosa acogida que le brindaba la compañía petrolífera rival se ocultava un extraño y secreto acuerdo con el viejo y taimado Calouste Sarkis.

Aparte de que por las razones de confesión y de nacionalidad no les agradaba Herminia, los Gulbenkian se hubieran opuesto a cualquier matrimonio que no se hubiera concertado previamente entre las familias interesadas. Todavía entre las poderosas familias armenias se mantenía en vigor el sistema de matrimonios concertados que, con frecuencia, daban mejor resultado que los otros. La obediencia de Rita, a la que casaron con un pariente, Kvork Loris Essayan, aportó a la familia Gulbenkian la dicha de un matrimonio ajustado y feliz.

En el año 1922, aparentemente allanados los principales obstáculos, Nubar Gulbenkian y Herminia Rodríguez-Borrell y Feijoo se casaron civilmente en el «Princes Row Registry Office» de Londres. La ceremonia no fue precisamente alegre, los únicos asistentes, la madre de Herminia y su tía Lala, lloraban como se llora en un funeral.

Herminia, poniéndose a tono con el ambiente familiar, había querido casarse con un traje negro pero, al final, su madre protestó y le dijo que se pusiera algo más claro.

Poco antes de salir del hotel les llegó un telegrama de Cuba en donde don Maximino Rodríguez-Borrell decía: «Lamento la decisión de Herminia».

A los padres y a los familiares de Herminia, que eran muy poco interesados, la fortuna de los fabulosos Gulbenkian no les impresionaba nada y, en cambio se dolían amargamente de que, debido a las divergencias religiosas de los novios (antes del Concilio Vaticano II estos problemas eran extraordinariamente complicados) Herminia no podía casarse según el rito católico.

Muy similares eran los sentimientos de los padres de Nubar, si bien en ellos el pesar se aliviaba por el presentimiento de que el matrimonio de su hijo no duraría tanto como el de su hija y también por el hecho de que tanto a la hora del matrimo-

nio como a la hora del divorcio, Nubar no precisaba salirse del marco de una religión más flexible.

Nubar y Herminia no se casaron en una iglesia, pues no hubo en Londres una Iglesia armenia hasta que, pasados unos años, Calouste Sarkis Gulbenkian dio dinero para que construyeran la actual, sino en la propia *suite* que ocupaban en el «Hotel Ritz». Fue el sacerdote armenio, reverendo Nazarian, quien les casó. La mesa del desayuno sirvió como altar. Luego el reverendo Nazarian, los novios y el íntimo amigo de Nubar, Tomy Frost, bebieron una botella de champagne.

Nubar y Herminia pasaron la luna de miel en Deauville. Ala regresar, en el «Rolls Royce» de un amigo ruso que iba al volante, tuvieron un accidente. Herminia salió despedida con su perrito pekinés y quedó muy maltrecha. El amigo ruso se pasó un año en un hospital.

Alrededor del año 1960, Nubar Gulbenkian siguió la tradición inglesa según la cual todo el mundo que se estima acaba escribiendo unas memorias, escribió un libro autobiográfico que tituló «Pantaraxia».

¿Por qué «Pantaraxia»? Esta palabra enigmática, según Nubar, significa «mantener a la gente en vilo».

El libro se editó en 1963 y fue un éxito, la primera edición se agotó en pocos meses.

En el V capítulo, que se titula «Un chihuahua para Herminia», Nubar Gulbenkian cuenta que, por el año 1923 ó 1924, hizo un viaje a los Estados Unidos por asuntos de negocios. Iban con él su criado, «Mi fiel Bailey», y su secretaria pero Herminia quedó en Londres. Acordándose de ella y de lo mucho que le gustaban los perros, Nubar le compró en Méjico un chihuahua que se llevó consigo a Nueva York y al cual metió en su cuarto del «Hotel Ritz».

En el momento de pagar, los del «Ritz» le presentaron una factura extra por 300 dólares.

—¿Y esto de qué es? —pregunto Nubar Gulbenkian.

— Señor, es por las alfombras que ha manchado su perro.

—¿Es que no pueden limpiarlas?

—No señor, están completamente perdidas.

El marido de Herminia se quedó durante un largo momento pensativo, pero luego se acordó de sus antepasados mercaderes y dijo:

—Está bien, haga el favor de ordenar que me las lien y me las llevo a Europa.

Un cuarto de hora más tarde, el mismo empleado del hotel le dijo, tartamudeando, que había recosiderado la cuestión, que le diera 27 dólares y que mandaría las alfombras al tinte.

★ ★ ★

También Herminia leyó las memorias de Nubar. No se molestó porque en ellas se dijera que tanto él, Nubar, como ella, Herminia, habían sido unos niños mal educados y mal criados; tampocc le preocupó que Nubar la acusara por su extravagancia, por su insólito desdén frente a los magnates del petróleo o por lo mal que conducía. Encontró, sin embargo, dos pasajes en las memorias de su marido que la hirieron profundamente.

Uno se refería a la famosa historia del rubí, otro al lugar en donde se habían conocido.

Gulbenkian asegura que la encontró por primera vez, vestida con aquel traje

azul eléctrico, en el *Hyde Park Hotel* y que luego se vieron nuevamente en el «Albert Hall» que, aunque después bajó mucho de categoría, entonces era un sitio elegante porque la entrada costaba dos libras.

Herminia, vivamente ofendida, juraba que jamás había puesto los pies en un baile público y que su conocimiento se había producido en un «garden party» en el palacio real.

—Que poco galante por parte de Nubar... —se lamentaba— mira que decir una mentira tan gorda...

Durante el curso de un viaje a Madrid (hacia el año 1966) Herminia convocó a Carlos Martínez Barbeito en el Hotel Ritz y le pidió que escribiera un libro a fin de refutar ambos pasajes que ella considera injustos y vejatorios para su dignidad.

Carlos le dijo que un libro no, pero que sí escribiría un artículo. Luego Herminia se olvidó del asunto y no volvió a insistir.

En lo que se refiere a la historia del rubí la versión de los dos protagonistas es también contradictoria.

Nubar le había regalado a Herminia una sortija con un rubí perfecto. En el curso de una pelea, Herminia furiosa arrojó la sortija al fuego, en el reconocimiento del gesto iracundo coinciden los dos pero, según Nubar, uno y otro se quemaron las manos buscando la sortija entre las brasas.

Según la versión de Herminia, mientras ella le contemplaba riendo, él se quemó las manos y el que la buscó fue Nubar.

Conociendo como conocíamos la idiosincrasia de Herminia, en La Coruña siempre hemos aceptado como *natural* y auténtica su explicación. Era fácil imaginar a Herminia arrojando el rubí, no era empero fácil suponerla agachada y quemándose los dedos en las brasas.

Pero, de un modo, u otro, la valiosa joya se rajó.

Un símbolo de que aquel matrimonio tan desigual acabaría también rompiéndose.

Una vez casada con Nubar, Herminia entró en el clan de los Gulbenkian. «Míster cinco por cien» depuso su hostilidad y llegó a sentir en presencia de Herminia ese sentimiento de admiración, misturado de asombro, que por lo regular suelen sentir los multimillonarios cuando se encuentran con una persona desinteresada.

No obstante, Calouste Sarkis Gulbenkian aún mantenía sus dudas y no creía que el matrimonio de su hijo fuera a durar mucho.

Para no meterse en gastos inútiles, rehusó amueblarles la casa y, como Nubar no tenía dinero para hacerlo por su cuenta, los recién casados se vieron forzados a vivir de hotel.

Se pasaron un año en el Ritz, donde tenían una *suite* compuesta por un dormitorio, baño y salón. Este apartamento fue singularmente ampliado por la imaginación calenturienta de los coruñeses que lo convirtieron «en toda una planta del Hotel Ritz».

Cuando visitaban París, Nubar y Herminia se alojaban en el Hotel d'Iena, cerca de la factuosa residencia de los Gulbenkian.

Desde el año 1922 hasta el año 1928 Herminia fue una de las mujeres más bellas y elegantes del gran mundo europeo.

«Siempre que entrábamos en un restaurante —recuerda Nubar— nuestra mesa se convirtía en el centro de la atención general. Y no era por mí, que yo entonces era un desconocido y, como aún no tenía la barba, parecía insignificante—...No era tampoco porque Herminia se comportara de un modo indiscreto, pues debo reconocer que sus maneras eran siempre correctas y su estilo impecable. Llamaba la atención

por su belleza típicamente española...Por su pelo negro partido en raya al medio y recogido en la nuca... resultaba extraordinariamente atractiva y, sin ostentación, vestía bien».

Todo a lo largo de su vida, Herminia se mantuvo fiel a su peinado tradicional. Nunca se tiñó o se rizó el pelo que, cuando yo la conocí, era ya gris. Nunca siguió la moda del momento y fue siempre fiel a los turbantes de punto o de seda. Lo mismo que a Greta Garbo y que a Coco Chanel, le gustaban los trajes de chaqueta muy severos, casi hombrunos. En realidad Herminia hubiera podido hacer carrera como creadora de modas. Pero nunca pensó en utilizar comercialmente tantos talentos como el cielo le había concedido.

Cuenta igualmente Nubar Gulbenkian que a Herminia le gustaba bailar y que era muy buena bailarina. le gustaba también mucho conducir. Su afición a los automóviles fue considerada como una fatalidad porque Herminia era una malísima conductora. Iba por Londres al volante de aquel «Ford T» blanco con ruedas rojas que el Gobierno francés le regaló a don Maximino Rodríguez-Borrell cuando don Maximino les compró aquellos camiones usados para llevárselos a Cuba y Herminia constituía una amenaza tanto para los osados que la acompañaban (que por lo regular no solían repetir la experiencia) como para los infelices transeúntes que, ignorantes del peligro, andaban por las aceras...

Nunca, empero, Herminia atropelló a nadie. Un ángel debía protegerla y *protegerles*, pero sí *empampanó* varios coches entre ellos aquel fabuloso «Hispano Suiza» que su suegro le había regalado a Nubar.

Lo estrenaron para ir a pasar unas semanas de vacaciones en Bareno, lago Maggiori.

El primer día en que salieron de excursión Herminia se empeñó en conducir. El chofer, asustadísimo, pasó al asiento de atrás. Al llegar frente al Gran Hotel de Stresa, Herminia —de una manera incomprensible— lanzó el «Hispano Suiza» contra uno de los pilares de piedra que franqueaban la entrada. Transcurridos 48 años de aquel percance se comprobó que dicho pilar seguía torcido.

Fue muy comentada la reacción de Herminia, quien se bajó tranquilamente del coche, se ajustó el echarpe y entró serena en la recepción del «Gran Hotel» en donde hizo entrega de las llaves:

—Sírvanse sacarlo de donde está —les dijo— que estorba la entrada... (12)-

Nunca Herminia aprendió a conducir pero siempre, salvo en los años de la guerra, tuvo coche.

Eran los suyos los automóviles peor tratados de la provincia de La Coruña. Extrañaba cuando arrancaban solos ya que por lo regular era menester empujarlos.

El mal estado de los sucesivos vehículos en parte se debía a su descuido y, en parte, a su buen corazón. Siempre llevaba el coche lleno de patatas, de manzanas y de hortalizas que repartía generosamente.

En el verano del año 1960, Herminia entró en una carretera general sin mirar y sin detenerse. A poco choca con otro «seiscientos».

Señora —le dijo irritado el otro conductor— hay que tener cuidado, podíamos habernos matado, ésta no es forma de conducir.

—Usted es un impertinente —le contestó Herminia con su habitual dignidad— sepa usted que llevo cuarenta años conduciendo.

(12) El arreglo del Hispano Suizo se reveló tan caro como dificultoso. Fue preciso traer a Stresa un chofer de París.

— ¡Cuarenta años conduciendo *así* y todavía viva! —repitió escéptico el individuo a quien luego Herminia calificó como «muy ordinario»— ¡me río yo de los milagros de la Virgen de Fátima! (13)

Al cabo de un año, aburridos de la vida de hotel, Nubar y Herminia alquilaron un piso amueblado en Park Lane, lo cual seguramente fue una desgracia porque Herminia era tan buena ama de casa como conductora.

Mientras recibieron a sus invitados en el restaurante no surgieron grandes problemas pero, una vez instalados en su propia casa, se acentuaron las diferencias.

Nubar era un sibarita, venía de una familia en donde ya de antiguo se le daba una importancia al comer. De casarse con una coruñesa hubiera tenido que elegir esposa en la familia del famoso «gourmet» don Luciano Puga, autor del libro «Picadillo».

Nubar tenía una gran curiosidad culinaria y de joven llegó a catar una pata de elefante guisada que , por una apuesta, les preparó Olivier Dabescat, el famoso «maitre» del Ritz.

El señor Dabescat tuvo que ir a comprar la pata de elefante al Zoológico y le costó una barbaridad. A Nubar Gulbenkian no le gustó, dijo luego que tenía un sabor intermedio, entre esponja y franela.

Herminia miraba todo lo referente a la cocina con un gran desdén. Era como si fuera la hija de uno de aquellos jefes de las primitivas tribus galaicas que, a la hora de alimentarse, seguían el ejemplo de Atila: cogían un buen pedazo de carne, lo dejaban macerar debajo de la silla del caballo mientras cabalgaban y se lo comían crudo...

A Herminia tanto le daba comer una cosa como otra; tenía muy buena salud y muy buen estómago, todo le sentaba bien. Por lo que se refiere al servicio doméstico, si le hubiera servido la mesa un capuchino con barbas no se hubiera enterado.

No es que Herminia tuviera que guisar, que si llega a guisar su matrimonio en vez de durar seis años hubiera durado seis meses o acaso seis días, pero es que se le olvidaba incluso transmitir al cocinero los recados que le daba Nubar. (14)

Un día Nubar invitó a comer a un par de amigos que eran, como él, aficionados a la buena cocina. Herminia no se acordó de avisar al cocinero y, cuando se presentaron los invitados, el pobre hombre, aturdido, se vio forzado a improvisar la cena con lo poco que tenía a mano. Tan mal se cenó aquella noche en la casa de Gulbenkian que los huéspedes, pretextando que estaban cansados, se retiraron pronto para cenar nuevamente en un restaurante.

Nubar y Herminia discutieron aquella noche. Fue aquella la primera de una serie de escenas muy similares.

---

(13) «Hablé con Herminia Borrell en dos o tres ocasiones. La última vez, hace ya algunos años, me trajo a La Coruña desde la casa de «Augusto Assía» y Victoria Armesto en donde habíamos comido juntos, en su «seiscientos» sucio y descuidado, que imagino andaba de milagro y que también de milagro creo me trajo ileso hasta el centro de la ciudad, ya que Herminia conducía a su aire, que era un aire tan peculiar como temerario... La vida de Herminia Borrell ha debido ser como una novela fascinante y es una verdadera pena que seres que han conocido tantos ambientes, que han convivido con gentes tan singulares, y que han experimentado tantas vivencias, no nos dejen de alguna forma alguno de esos recuerdos, seguramente de excepcional interés...» Luis Caparrós en «La Voz de Galicia», 20, febrero de 1971.

(14) Evocando su vida con Herminia, Nubar dice con amable modestia: «Teníamos poca servidumbre, un buen cocinero, mi criado Bailey, el chofer Wooster, las doncellas...». Una vez, al entrar en un cabaret de París, Nubar descubrió que en el local, y en muy alegre compañía, se encontraban su «valet» y su chofer. Estuvo dudando si no debía despedirles al volver a casa. Finalmente llamó al «maitre» y les envió una botella de *champagne*.

Invitados por el magnate de la *Royal Shell*, señor Deterding, que era el jefe de Nubar, los Gulbenkian fueron a pasar unas vacaciones en St. Moritz.

Como era tan fabulosamente rico Deterding estaba acostumbrado a que la gente le halagara y se preocupara mucho de él. Herminia le hizo poquísimo caso.

A Deterding le gustaba almorzar a la una, ella solía hacerle esperar hasta las dos. Deterding llegó a odiarla y tampoco Herminia le fue simpática al señor Riedemann de la «Standard Oil».

Deterding se casó, en segundas o terceras nupcias, con una rusa casi tan extravagante como Herminia, pero más puntual. Era la madre de Olga, esa joven que tanto daría posteriormente que hablar cuando se fue a Lambarene, en el Africa Ecuatorial, a fin de cuidar a los leprosos en el Hospital del Dr. Albert Schweitzer. Los grandes magnates del petróleo y sus millones a Herminia le tenían perfectamente sin cuidado, y, en cambio, se desvivía atendiendo a aristócratas arruinados. Herminia era un poquito snob. Tenía además la desgracia de que solo se encontraba a gusto con la gente divertida y no era culpa suya si la gente divertida, por regla general, no figuraba en la nómina de las compañías petrolíferas.

«Eran tan aburridos —repetía Herminia siempre que se acordaba de los «oil kings» y de los «tycoons»— tan pesados...»

Se dice que Calouste Sarkis Gulbenkian le ofreció a su nuera un millón de dólares si abandonaba a Nubar y que Herminia rechazó ofendida esta propuesta.

Aunque la cifra mencionada parece muy exagerada, si se recuerda la anterior parsimonia del viejo Gulbenkian respecto al matrimonio de su hijo, cabe dentro de lo posible que surgiera alguna propuesta de este tipo por parte de Calouste Sarkis y todavía es más posible —acordándose del carácter de la extraordinaria mujer— que Herminia le mandara a paseo y que más tarde, cuando al fin decidió separarse de Nubar, no les pidiera ni un céntimo...

El desagrado inicial de la acogida no había tenido —mirando la cuestión desde el ángulo de los Gulbenkian— como contrapeso el nacimiento de unos nietos, sucesores y herederos de la línea dinástica. Si bien Nubar no iba tampoco a tener hijos con sus sucesivas esposas ello pertenecía aún al secreto del futuro. Era natural que, como suele ser corriente en estos casos, la esterilidad se le achacara a la nuera.

Finalmente no fueron los descuidos y extravagancias de Herminia los que le llevaron a la ruptura final.

Aquel gran amor acabó de una manera vulgar —con detectives pagados y declaraciones falsas— por culpa de una cupletista pelirroja que se llamaba Doré, a la que Nubar conoció un día del año 1925 en el Casino de Cannes.

Nubar había ido al Casino como «mirón» porque su padre no le permitía jugar y fue allí donde encontró a Doré, mujer muy espectacular.

Desde aquel día Doré se convirtió en el objeto de sus atenciones. Herminia era demasiado orgullosa para aceptar la dualidad.

Aquella separación que, según se cree, había rechazado cuando su suegro le ofreció una suma importante en dólares, ahora fue ella la primera en pedirla.

Como divorciarse en Londres era difícil, los cónyuges se avinieron a tramitar su divorcio en París. Calouste Sarkis Gulbenkian tenía amigos muy influyentes en el Gobierno y el divorcio de su hijo no pasó tan siquiera por el tribunal especial destinado a los extranjeros. La habilidad de los abogados de «Mister cinco por cien», unido a la indiferencia de Herminia que no quería nada de los Gulbenkian, contribuyeron a solucionar las cosas de un modo satisfactorio para la ilustre familia armenia.

Herminia se llevó de la casa su perro pekinés y todas aquellas joyas que, pasado el tiempo, siempre andábamos buscando debajo de las sillas y de las mesas y que —después de la muerte de Herminia— aparecieron metidas en cajas de zapatos o de galletas...

Nubar, a lo que parece, le pasaba a Herminia una renta mensual de 300 dólares, que era poco si se tiene en cuenta la fortuna de los Gulbenkian y que era mucho si se piensa que Herminia no le había pedido nada.

Además, al producirse la separación, Nubar no tenía fortuna personal. Era un hijo de familia y, desde que por imposición de Calouste Sarkis abandonó su trabajo en la «Shell», volvió a depender económicamente de su padre. (15)

De cualquier forma tanto daba que los dólares de la pensión fueran trescientos como trescientos mil. Herminia extremaba su dignidad hasta el punto de no recogerlos. Vivía de su fortuna personal en Galicia así como de las rentas que —hasta Fidel Castro— le venían procedentes de Cuba.

El mismo año 1928 en que se divorció de Herminia, Nubar Gulbenkian se casó con Doré que ya no era pelirroja porque acababa de teñirse el pelo de negro.

La antigua cupletista era una persona amable, con mucho afán de resultar simpática y hacerse amigos. Al principio los padres de Nubar consideraron que tampoco Doré era la mujer ideal para su hijo. Se resignaron empero y llegaron a quererla.

Siempre que iba a París, Doré le llevaba a Madame Gulbenkian una hoja de bacalao porque la esposa del rey del petróleo decía que el bacalao que se compraba en Londres era bastante mejor que el bacalao que se compraba en París.

Liquidado hasta el recuerdo de lo que había sido un gran amor, ida Herminia con su perro pekinés, sus extravagancias y ritos, Nubar halló mayores avenencias domésticas y disposiciones culinarias en la ex-cupletista Doré:

> «En nuestro piso, cerca de Marble Arch —escribe Nubar en sus memorias— acostumbrábamos a recibir todos los miércoles, una cena para 10 ó 12 invitados. Doré gozó pronto de gran popularidad entre las señoras porque siempre estaba tratando de ayudar a todo el mundo y hacerse agradable. Los martes, día de descanso para nuestros criados, invitábamos también a cenar, si bien a un grupo más pequeño, en el *Embassy Club*. Allí nos encontrábamos muchas veces al príncipe de Gales con la *belleza de la temporada*, y al duque de York...»

Entretanto Herminia, belleza de una temporada anterior, había vuelto a La Coruña.

(15) Acaso la ruptura total del matrimonio, hubiera podido evitarse, o al menos diferirse, si Nubar, a quien la *Shell* había ofrecido el cargo de director general en España, hubiera tenido libertad para aceptar un destino que ambos esposos apetecían. Calouste Sarkis Gulbenkian, que se había enemistado con Deterding, se opuso y forzó la negativa de Nubar quien pronto tuvo que abandonar su trabajo en la empresa rival.

LA DIVORCIADA

EN el año 1928 para las familias conservadoras de la sociedad coruñesa ser divorciado era peor que ser republicano; era casi tan malo como ser leproso.

Herminia, empero, acabó beneficiándose del hecho de que, más que divorciada, muchas gentes no la consideraban casada. Aunque ella había contraído matrimonio con Nubar por lo civil y luego su unión fue bendecida por un sacerdote ortodoxo, en aquellos años pre-conciliares se tenía tal convencimiento de que la religión católica era la única verdadera, que apenas si se consideraban como existentes las demás.

Si uno no se había casado «como Dios manda» no se había casado y en paz. Contagiada por el general escepticismo, la propia Herminia llegó a tener serias dudas respecto a la validez de su matrimonio.

—De querer hacerlo —recuerdo haberle oído decir en una ocasión— yo podría casarme aquí en España y de *blanco*.

—Casarte, es posible —le respondió una señora sonriente— de *blanco* no sé, no sé...

Aun cuando muchos dieran su matrimonio y su divorcio por inexistentes y pese a la ayuda moral que le prestaban aquellos dos tíos generales tan prestigiosos, lo cierto es que Herminia no dejó de encontrar algunas dificultades que se oponían a su plena reincorporación social.

Cabe preguntarse por qué eligió vivir en La Coruña, por qué tornaba nuevamente a la entonces pequeña y provinciana ciudad, después de haber cosechado tantos éxitos en París y en Londres.

Es de justicia reconocer que, aunque años más tarde afectara una actitud desdeñosa siempre que se refería a nuestras limitaciones sociales, Herminia sólo se encontraba a gusto en Galicia.

Digo Galicia y quizá debería decir tan solo La Coruña pues, como nuestros republicanos históricos, ediles de nuestro Ayuntamiento, Herminia apenas si se interesaba por nada de lo que pudiera ocurrir pasado Betanzos...

Tenía un corazón de aldeana y amaba enormemente las viejas casonas solariegas, la tierra, los árboles, los animales... Su amor abarcaba no sólo a los perros sino también a las vacas (que ella misma ordeñaba), a las ovejas (que trasquilaba) y hasta a los cerdos de la pocilga.

En la época en que los desdeñosos «fidalgos» arrendaban sus lugares y abandonaban el campo, Herminia seguía el ejemplo contrario. Fue entonces cuando adquirió el pazo de Sigrás, con su hermoso parque, y Lamastelle, lugar acaserado con varias hectáreas de arbolado, a medio camino entre La Coruña y Oleiros.

Era tal su amor a la tierra, su apego a las cosas que poseía, que rehusó vender Lamastelle cuando le ofrecieron casi veinte millones de pesetas para hacer allí el «golf». También rehusó vender su parte en la vieja casona del Cantón Pequeño porque en ella quería hacer una capilla donde se dijeran misas diarias por el eterno descanso de su madre y de sus tíos, los generales Miguel y Ambrosio Feijoo.

El interés agrario de Herminia, entonces tan escasamente compartido, era considerado como una extravagancia más de su persona.

Tal vez como producto de su aproximación a los refinados Gulbenkian había nacido en Herminia Borrell un interés por las antigüedades que era tan poco frecuente en La Coruña como el agrario.

No digo que entonces no existieran coleccionistas o gentes aficionadas al arte —sin hacer grandes esfuerzos viene a mi memoria el recuerdo de don Nicolás del Río así como el de mi tío abuelo, el marqués de San Martín de Hombreiro— pero no puede decirse en general que la gente se preocupara mucho por las cosas de otro tiempo. Los «Sargadelos» andaban semi tirados por las despensas de los pazos, en la ciudad eran vendidas a las llamadas «chambonas», aquellas piezas isabelinas luego sustituidas por muebles modernistas o cubistas.

Como lo antiguo apenas si tenía estimación y el mercado era muy reducido, Herminia por muy poco dinero compró en los anticuarios coruñeses, incluso en el propio «Campo de la Leña» (el «Rastro» de La Coruña) verdaderas maravillas. Tenía muy buen gusto y, entre otras aficiones notables, destacaré la de haber sido una de las primeras personas que dio en coleccionar la loza de la antigua y desaparecida fábrica de Sargadelos.

A fuerza de comprar y a fuerza de amontonar, las casas de Herminia más que casas particulares parecían tiendas de «compra y venta».Con frecuencia adquiría objetos que nunca llegaba a recoger. Así los vendedores se quejaban:

«Mire ese arcón gótico, es de la señorita Herminia, lo compró hace más de dos años y no hay manera de que se lo lleve...».

Aquel mismo afán coleccionista forzaba los desplazamientos de la «señorita Herminia» (rara vez se le decía «doña Herminia» y ella, por supuesto, al separarse de Nubar se separó también del apellido Gulbenkian) que era una cliente asidua de los anticuarios de Santiago de Compostela, El Ferrol, Viveiro, Villagarcía de Arosa...

Nunca, aunque se le hubiera ofrecido el oro y el moro, Herminia se hubiera avenido a vender cualesquiera de aquellos objetos que almacenaba pero, con mucha frecuencia, lo que no vendía se le extraviaba.

Se descubren facetas singulares en su vida. A pesar de que, cuando se divorció de Nubar, Herminia era una mujer de apenas treinta años en posesión de su celebrada belleza que conservó hasta pasados los setenta nunca se le conocieron —que yo sepa— amores consistentes.

En este terreno sólo se puede hablar de vagas inclinaciones, conjeturas inciertas, peregrinas adivinanzas...

Es verdad que se la dijo enamorada pero los presuntos objetos de su amor (un pariente apuesto y misantrópico que acabó replegándose a su pazo, un criadito a quien Herminia logró *situar* como ordenanza de un banco) se revelaban tan imposibles como irreales. Sin duda era cosa inventada, parte de la maledicencia pueblerina...

Felizmente a Herminia nunca le afectaron los rumores o conjeturas y, en el supuesto de que llegara a enterarse, se revelaría tan indiferente y tan desdeñosa como la propia doña Emilia Pardo Bazán.

Herminia no rehusaba hablar del amor siempre que se le situara en tiempo pasado. Si uno tenía la osadía de inquirir acerca de sus sentimientos en relación con Nubar, el esposo lejano, prefería disfrazar cualquier posible sentimentalismo o nostalgia bajo la carga explosiva del más audaz y moderno cinismo:

—Que si amaba a Nubar, bueno... digamos que de cintura para abajo, sí...-

¿Era sincera cuando así se expresaba? No lo creo. Sin grandes esfuerzos psicológicos se adivinaba en Herminia la tendencia de «epatar al burgués», el deseo

recóndito de crear un estado de inquietud en el seno de una sociedad a la que pertenecía tan solo a medias y cuyos valores sólo a medias respetaba.

Se descubría, empero, una cierta nostalgia en sus palabras si aludía a un «gran personaje extranjero» con el que Herminia había rehusado casarse por no separarle de sus hijos. A unas personas les decía que este caballero era un *Lord* de Inglaterra y a otras nos decía que era un aristócrata francés. Acaso se trataba de dos enamorados diferentes.

Cuando se casó la última de mis hermanas, Herminia le regaló una sortija con un diamante. Le dijo que se la había dado dicho noble francés el mismo día en que le propuso el matrimonio y que, pensándolo bien, había sido un error por su parte decirle que no.

Acompañante asiduo de Herminia fue el señor Gil Delgado, un viudo ya mayor, una persona tan fina como agradable y que, curiosamente, tenía algo en común con Nubar: las cejas.

Unas cejas tan pobladas, que caían a modo de sombrilla sobre los ojos.

Las relaciones entre Herminia y el señor Gil Delgado tenían un carácter amistoso, como ambos estaban desparejados se les invitaba juntos para evitar en las comidas sociales el ingrato número impar.

Herminia parecía sentir mucho afecto por el señor Gil Delgado y siempre hablaba de él como si se tratara de un sofá o de una butaca:

—Miguel es tan «confortable» —decía.

Con esto quería indicar que le ayudaba mucho y le daba buenos consejos. A Herminia le encantaba recibir consejos, aunque no existe constancia de que jamás los hubiera seguido.

Al principio de los «treinta», los dos árbitros femeninos de la sociedad coruñesa eran doña Beatriz Losada y Ozores y doña Amalia Torres Sanjurjo de Barrié de la Maza.

Beatriz era una mujer pequeñita, fina, extraordinariamente graciosa e ingeniosa. A su lado todos teníamos la sensación de ser torpes, grandes y desmañados.

La nobleza de Beatriz era muy antigua.

El padre Crespo, en sus «Blasones de Galicia», dice que el mayorazgo se fundó en el año 1520. Beatriz era la XIV condesa de Maceda, grande de España.

Beatriz se había casado con Fernando Casani, un noble de origen italiano, persona también muy fina y gentil. Era diplomático y estuvieron algún tiempo destinados en un país de corte, pero luego vino la 11 República y el señor Casani se retiró.

Los condes de Maceda pasaban el verano en el pazo coruñés de Xaz y los inviernos en un palacio en el viejo Madrid.

El ingenio de Beatriz Maceda fue siempre celebrado y a nadie sorprendió que la reina Victoria Eugenia hiciera de esta noble gallega su amiga íntima.

Beatriz era muy culta a su manera y leía mucho, sobre todo libros franceses, cosas que entonces parecían muy atrevidas, como las novelas de *Colette*.

Amalia Barrié, como generalmente se la conocía, tenía igualmente mucho ingenio y mucha personalidad. En su juventud tuvo además una belleza «meiga», posiblemente heredada de su abuela, doña Clotilde Flórez Quiroga, señora de las Torres de Arnao, en el Barco de Valdeorras.

Doña Clotilde se había casado con don Pedro Sanjurjo, conde de la Torre Penela, que era mucho mayor que ella. Muy enamorado y celoso, el viejo conde se encloustró con su joven esposa en una casa que tenía en Carballo.

El conde se torturaba mucho pensando con quién, una vez que él se hubiera muerto, se casaría aquella mujer tan hermosa.

No hubiera necesitado preocuparse tanto. Aunque ya de viuda tuvo muchos pretendientes doña Clotilde —que era una santa de *altares* según se decía en La Coruña— no se volvió a casar.

Dedicóse enteramente a la educación de sus dos hijas que acabaron casándose con don Eduardo Torres Taboada y con don Antonio del Moral. El único hijo de doña Clotilde, casado con doña Pilar Argudín, se retiró a las Torres de Arnao y murió sin descendencia. Así el título pasó a la familia Torres.

Beatriz Maceda trabó relación con Herminia cuando los perros de ambos fraternizaron en la playa de Santa Cristina. La condesa se sintió seducida por la personalidad de la joven divorciada y decidió tomarla bajo su protección.

—Quien no quiera tratar a Herminia —proclamó «urbi et orbi» Beatriz— tampoco me tratará a mí.

¿Quién quería renunciar al exquisito trato de la condesa?

Aquellas barreras que impedían la reincorporación social de Herminia al seno de la sociedad coruñesa se vinieron estrepitosamente abajo, semejantes a las murallas de Jericó cuando Josué mando tocar a rebato las trompetas.

Dentro del marco de la sociedad burguesa de La Coruña en los años *treinta* se movían las viejas familias gallegas «de toda la vida» y los descendientes, ya en segunda o tercera generación de aquellos castellanos, catalanes, leoneses, franceses e italianos llegados a Galicia, bien por los azares del destino bien al socaire de la primera industrialización.

Abundaban aquellas familias que se habían enriquecido en las colonias y que recibían dinero de América, preferentemente de Cuba. Era igualmente frecuente que los «nuevos» se hubieran ya entroncado con los «antiguos» según nos revela elocuentemente el ejemplo del primer burgués de su época. Pedro Barrié de la Maza (cuya primera esposa fue la rutilante Amalia) por línea paterna descendía de aquel interesante francés, Juan Francisco Barrié creador de la fábrica de sombreros y de otras industrias, y por su madre pertenecía a la noble familia de los condes de la Maza, señores feudales de las Mariñas.

También los sucesores del «rojo husar» pirináico se habían galleguizado. La familia de mi abuela materna, los Ozores, derivaban grandes satisfacciones en el recuento de su propia antigüedad. ¿No es verdad que ya estaban en Galicia cuando los fenicios o tal vez entraron con ellos? ¿No es acaso su apellido una derivación del nombre de *Osiris*, la gran divinidad pagana, el dios que muere todos los inviernos y renace todas las primaveras...?

Había dos familias Ozores en La Coruña, una era la nuestra y otra la de los condes de Priegue, procedentes estos últimos de aquel magnífico personaje que tanto papel hizo en la revolución de 1820.

Herminia volvió a la burguesía de La Coruña revestida de una familiaridad candorosa no exenta de recelo y astucia, su entrada hace pensar en el ingreso de un delfín en el puerto.

Con frecuencia llegaban los delfines a nuestra bahía.

Veíamos cómo se aproximaban a nuestros botes, saltaban sobre la superficie rizada y se sumergían nuevamente para desaparecer.

Habían pasado muy cerca de nosotros, casi les pudimos tocar y eran, finalmente, inapresables.

Semejante a un delfín pensamos que Herminia estaba de paso, siempre prepara-

da para la fuga nuevamente partiría hacia las aguas libres de un cosmopolitismo exótico.

Pero Herminia —que tenía posibilidades de vivir en el extrajero— no se fue tan siquiera cuando la guerra alteró los módulos de convivencia y la ciudad se llenó primero de sufrimiento y después de piojos. Entonces, cuando hubo tantos muertos y tanto miedo.

Parece como si en aquellos años conflictivos y crueles se acentuara su extranjería, como si Herminia, a pesar de haber tomado posiciones, se alistara entre aquellas personas serenas y estoicas que no quisieron elegir.

Quizá nada de lo que voy diciendo es muy exacto, quizá se trata tan sólo de una impresión subjetiva sin correspondencia real, pero lo cierto es que estoy hablando de un tiempo remoto en que las personas y las cosas se me revelaban ora misteriosas y seductoras, ora tristes y repulsivas porque entonces estaba recibiendo las primeras enseñanzas de esa dura lección que es el vivir.

Me acuerdo de la primera vez que vi a Herminia. Yo iba con mis hermanos más jóvenes y la institutriz por la calle de San Andrés que estaba totalmente vacía de coches; todos los coches habían sido requisados para la guerra.

De pronto, por el medio de aquella calle desierta, vi aparecer a Herminia, con traje sastre y turbante, montada en una bicicleta, Era como si apareciera el *Marajah* de Kapurtala. Me quedé absorta contemplándola.

A pesar de que siempre he sido desmañada, soy muy sensible a la elegancia y a la belleza ajena y, desde que vi a Herminia, me empeñé en seguir su peregrino ejemplo, andar con un turbante y montada en bicicleta.

Por desgracia aquellas no eran épocas en que los niños tuvieran tantas cosas como tienen ahora, largos años pasaron antes de que yo lograra realizar mi ilusión. Cuando al fin, convenientemente enturbantada, logré montarme en la soñada bicicleta ya era yo una fuerte rapaza que representaba cinco o seis años más de los que tenía.

La Compañía de Jesús, ahora tan progresista, estaba regida por un espíritu muy conservador. Vivía casi en la Contrarreforma. En realidad todos vivíamos en ella.

Un predicador de la Compañía, que debió vernos pasar por la Marina, trazó desde el púlpito un cuadro muy sombrío y era aterrador enterarse de cómo nuestras jóvenes piernas escandalizaban a la piadosa ciudad. Fue forzoso apearse de la bicicleta que estuvo abandonada durante veinticinco años en un almacén de la vieja Coruña.

El predicador nos censuraba a nosotros, las jóvenes, pero omitía cualquier referencia, directa o indirecta, que pudiera interpretarse como dirigida hacia Herminia.

Lo que en otros podía resultar censurable o escandaloso en ella no lo era.

Esto se debía, creo yo, a que toda existencia de pecado presupone un conocimiento previo del mismo y tal requisito faltó siempre en Herminia al que considerábamos un ser inocente por ignorante, algo así como «el buen salvaje».

Su desconocimiento de las fórmulas doctrinales era asombroso.

Un día telefoneó a fin de informarse acerca del estado de un enfermo.

—Está muy mal —le respondieron— le acaban de administrar la extremaunción.

—Pobrecito — se lamentó Herminia— ¿y le ha dolido mucho?

No es posible silenciar, empero, su recóndita espiritualidad.

Una vez confesó que, mejor que los domingos cuando siempre están llenas, prefería entrar en las iglesias un día cualquiera de la semana y ni siquiera rezaba: «Simplemente hablo con Nuestro Señor y le cuento mis cosas como se las contaría a un amigo».

También solía decir con mucha frecuencia:

—Yo no sé por qué no se pueden celebrar misas por la tarde, a mí me parece absurdo que tengan que decirse siempre por la mañana.

—Pero esta Herminia — se dolían sus amigos— ¡qué cosas más extrañas dice!

El tiempo nos daría la clave de su intuición mientras que el trato familiar pronto revelaba aquellas vetas bondadosas que Herminia, casi por pudor, ocultaba bajo el cendal de la extravagancia (16). Finalmente aprendimos a respetar su singularidad diciendo: «Cosas de Herminia».

Cuando Herminia se aburrió de andar por La Coruña adelante en bicicleta, decidió comprarse una moto. Tal adquisición, en los tiempos de la postguerra, no era fácil. Herminia se vio forzada a desplazarse a Madrid, un viaje erizado de dificultades ya que, a las de conseguir por medio de sus amistades «una cama oficial», se unía la de que el empleado de los coche-cama no le quería dejar los perros en el vagón.

Una vez en Madrid Herminia tuvo que *mover* sus amistades y sus amistades *mover* a muy altos personajes en los Ministerios hasta que, finalmente, Herminia consiguió su moto.

Personas que la estimaban le recordaron que ya no era tan joven como para aprender a conducir una moto y que además, si prefería olvidarse del riesgo personal, se acordara de los inocentes peatones.

Herminia oía estas cosas como quien oye llover. Consiguió su moto, la facturó pero... pero... por una vez triunfaron los «bien pensantes», nunca Herminia se atrevió a conducirla.

Aquella mujer tan fuerte, capaz de sachar todas las patatas y de carretar todas las manzanas de su huerta, se acoquinó al subirse a la moto.

Entonces, como para ella la palabra «vender» no estaba en el diccionario, decidió guardar la moto al modo como podía guardar un arca gótica o una fuente de «Sargadelos».

Pasados unos meses, Rafael Puga que tenía que ir con frecuencia a su finca de Anzobre, un traslado siempre difícil en período de tanta escasez, se acordó de la moto de Herminia. Ella le dijo que se la cedía con mucho gusto pero, pasadas unas horas, le llamó muy compungida:

—No puedo dártela Rafael, la he guardado en el salón de mi casa del Cantón y no la encuentro.

No la encontró Herminia y no la encontró tampoco Rafael. La moto fue descubierta al cabo de dos años. Estaba detrás del arpa de Herminia, entre un bargueño y una consola «Imperio». Los ratones le habían comido el asiento.

Herminia siempre tenía su casa llena de perros.

Mientras fue la mujer de Nubar tuvo al pekinés y tuvo al chihuahua. Más tarde, cuando volvió a Galicia, se aficionó a recoger perros abandonados, coleccionaba

(16) Para mí la bondad de Herminia, que se extendía a los animales, plantas y cosas irradiaba destellos franciscanos. No obstante hubo ocasiones en que llegó hasta el límite de la crueldad, p.e. cuando arrojó del portal de su casa del Cantón a un niño que acababa de sufrir un ataque de epilepsia. Conozco este detalle a través del padre de este niño quien guarda un ingrato recuerdo de Herminia.Tal vez Herminia no se dio cuenta exacta de lo ocurrido y, como odiaba al barullo, despidió con cajas destempladas a cuantos habían buscado asilo en su portal.

esos pobres animales que a veces se topan abandonados por las *corredoiras*, esos animales que nadie quiere...

Durante muchos años se aficionó a una humilde perrita a la que dio el nombre de una gaseosa, se llamaba «Vai ven».

Un día Herminia le propuso a Javier Priegue *casarla* con su muy apreciado perro.

—¿Cómo voy a «casar» a mi perro con ese chucho? ¡Qué ideas tan peregrinas se te ocurren! —protestó Javier.

Herminia se sintió ofendida y luego iba diciendo a quien quería oírla:

—Mira que en esta época de tanta democracia... cuando la princesa Margarita se ha casado con el *fotógrafo* y Balduino con Fabiola, y que el conde Priegue se niegue a «casar» a su perro con mi «Vai ven». ¡Oh, que poco gentil por parte de Javier!

La manera de hablar de Herminia era muy peculiar y, mientras repito casi literalmente sus palabras, se me antoja que, como en una caracola, escucho de nuevo su música. Hablaba, según ya conté, muy despacio, y tenía un acento, mezcla de gallego y de inglés, que en nuestro círculo resultaba exótico.

Pasados los años, cuando yo fui a Norteamérica, conocí algunas emigrantes gallegas que regentaban bares y pensiones de marineros en el viejo Nueva York cuyo acento era muy semejante al de Herminia; tengo entendido que la famosa «Polaina» también hablaba sí.

Con los años, y a la fuerza de no usarlo, Herminia llegó casi a olvidar el inglés. Tampoco lo practicaba mediante la lectura, porque no creo que haya leído un libro en su vida.

Con esto no quiero decir que Herminia fuera ignorante porque, y es cosa que uno aprende al vivir, hay muchas clases de cultura. Hay la cultura *libresca* de los ilustrados y hay la cultura heredada, que no se necesita estudiar; hay la cultura que nace de la originalidad y de la elegancia; hay en verdad muchas culturas...

A pesar de los esfuerzos de don Maximino Rodríguez Borrell, Herminia había aprendido poco en los tratados escolares, pero, en cambio, había aprendido mucho en el gran libro de la Naturaleza.

UN MAGNATE EN LISBOA

CALOUSTE Sarkis Gulbenkian, que estaba en Francia cuando estalló la II guerra mundial, acabó refugiándose en Vichy.

Entretanto su hijo permaneció en Londres.

Aquella separación familiar, provocada o impuesta por las circunstancias, dio origen a muchos comentarios y uno de los más sarcásticos salió de la propia Inglaterra: «Como el padre está *allí* y el hijo *aquí*, ganen los alemanes o ganen los aliados siempre se encontrará un Gulbenkian entre los vencedores». Nubar, que reproduce esta frase en sus memorias, asegura que no existió por su parte tan ladina previsión. La guerra les sorprendió en el lugar donde habitualmente residían en aquella época del año.

Sería verdad pero, como a los demás extranjeros residentes en la Francia ocupada por los nazis, Calouste Sarkis Gulbenkian fue declarado «enemigo de Inglaterra». Se trataba, según las autoridades inglesas, de una medida transitoria y de carácter general que iba unida al secuestro de sus bienes dentro del Imperio Británico que le serían naturalmente devueltos al finalizar la guerra. Al orgulloso multimillonario armenio, tan amigo de los ingleses, esta medida le produjo tal enfado que, como primera providencia, decidió sacar de Inglaterra todas las obras de arte que allí tenía en depósito. Gulbenkian envió parte de aquellos tesoros que en parte había comprado en Rusia a la «National Gallery» de Washington.

En el año 1942 Calouste Sarkis Gulbenkian decidió establecerse en un país neutral. Estuvo dudando entre trasladarse a Suiza, a España y a Portugal. Suiza no le dio, a lo que se cree, grandes facilidades, España aunque parezca raro aún le dio menos y finalmente, aconsejado por su hijo Nubar, «Míster Cinco por ciento» eligió Portugal donde el clima es dulce, la vida amable y las posibilidades de fuga amplias, caso de que también la Península Ibérica sufriera una invasión.

Calouste Sarkis Gulbenkian y su esposa —también de nacionalidad armenia y de muy ilustre linaje— se querían mucho pero su amor era de ese tipo especial que parece crecer con la distancia. Así que, en llegando a Portugal, *madame* Gulbenkian con su séquito se instaló en el Palace de Estoril, mientras don Calouste Sarkis con su cocinero oriental, sus dos criados y *madame* Theis, su fiel secretaria, se instalaba en el «Aviz».

Ya no existe el «Aviz», fue derruido. (17)

Era el «Aviz» propiedad de los hermanos Ruggeroni, gibraltareños, tan amantes de Inglaterra que, durante la guerra, se resistían a dar hospitalidad a los alemanes e italianos. Se escudaban aduciendo que el «Aviz» estaba lleno lo cual, por otra parte, siempre era cierto. En el «Aviz» sólo podían alojarse cincuenta huéspedes que eran atendidos por cien empleados.

A la comodidad de un servicio exquisito se unía la de que, cada viajero, aparte del dormitorio y baño podía contar con una sala privada.

Durante la II guerra mundial, Lisboa atrajo a los espías de los dos bandos beligerantes que principalmente se ocupaban de espiarse los unos a los otros porque allí no se ve que hubiera mucho que espiar.

(17) Aún sigue existiendo en Lisboa un restaurante «Aviz», alhajado con el mobiliario del hotel y atendido por una parte del antiguo personal.

Uno de los espías activos al servicio de los ingleses fue, según confiesa en sus memorias, el propio Nubar Gulbenkian.

Nubar hizo varios viajes a la Francia ocupada y a España. Era sin duda un agente raro, entre otras razones porque viajaba acompañado por su «valet».

Resultaba fácil en Lisboa encontrar agentes dobles que servían igualmente a los aliados y a los nazis. Uno de los más conspícuos era el «maitre» italiano del «Ritz» quien, según Nubar, facilitaba informaciones a las embajadas inglesa, alemana e italiana. Solía cobrar cincuenta pesos por sus informes pero hacía una excepción con la embajada italiana a la que, por patriotismo, se los daba gratis.

La guerra no alteró las costumbres de Calouste Sarkis Gulbenkian que era un hombre metódico. Tenía por costumbre, tras levantarse a las ocho de la mañana, hacer media hora de gimnasia. Después del desayuno se ocupaba de leer su correspondencia. A media mañana salía con su secretaria en un coche alquilado del cual —siempre minucioso para los pequeños gastos— vigilaba el cuenta-kilómetros. Mandaban detener el auto en pleno campo, en un lugar de preferencia plácido y amable, el financiero y su secretaria ordenaban al chofer que pusiera allí dos sillas, la mesa portátil y la máquina de escribir sobre la mesa, de esta forma despachaban sus negocios al aire libre.

Al poco tiempo el giro de aquellos graves asuntos, las cartas a la *Iraq Petrolium* Co. u otras compañías, las noticias referentes a las obras de arte esparcidas por el mundo, el cúmulo de tantos intereses como surgían de la extraña oficina nacida entre un pinar venía a perturbarse por el ingreso en el marco idílico de los niños portugueses, criaturas casi mágicas, pues parecían salir de la nada pero que luego, al materializarse chillones en torno a la «oficina», adquirían molestos perfiles. El rey del petróleo sólo recobraba su tranquilidad pactando con ellos, a cambio de repartir unas monedas.

Formaba parte de aquellas metódicas costumbres de don Calouste Sarkis Gulbenkian el comercio sexual periódico con una joven de dieciocho —anualmente reemplazada al cumplir los diecinueve—, una relación libre de todo compromiso de orden sentimental o amoroso. Se trataba simplemente de una medida práctica, encaminada a repeler la vejez ya que es creencia general en Oriente que el trato íntimo con la juventud rejuvenece al hombre de edad, una creencia que, también en los países de Oriente, trae aparejada el uso de las adolescentes en los harenes. Al cumplir el señor Gulbenkian los ochenta años —y según nos informa su hijo Nubar— liquidó a la última de sus jóvenes amantes.

Calouste Sarkis Gulbenkian llegó a sentirse muy a gusto en Portugal y miró al país con mucha simpatía. ¿Cómo es posible establecer contacto con tan amable tierra y no amarla? Sólo Felipe II... Los portugueses, a su vez, se sentían como agradecidos y halagados por la presencia del magnate del petróleo, aún antes de saber que iban a ser los herederos indirectos de su enorme fortuna.

Pronto el millonario armenio adquirió tales dimensiones que llegó a destacarse cual un nuevo monumento u ornato de Lisboa. Se le miraba con reverencia como al monasterios de los Jerónimos. Debido a que el señor Gulbenkian era muy bajito, y a fin de que luciera más, levantaron su mesa en el comedor del «Aviz», sobre una especie de estrado o plataforma.

Aunque en Lisboa se come por lo regular temprano, Calouste Sarkis Gulbenkian solía almorzar sobre las tres de la tarde; unas veces comía solo o con su secretaria y

otras veces acompañado por los directores de museos europeos o norteamericanos, éstos le halagaban porque ya Gulbenkian había anunciado su propósito de crear una fundación filantrópica y todos los países la codiciaban.

Por el año 1943, Herminia Rodríguez Borrell se entrevistó con los Gulbenkian en Lisboa. Herminia se presentó en el hotel «Aviz» vestida con uno de aquellos trajes de chaqueta tan severos y tan bien cortados que le encargaba a la *Buján* —una de las modistas predilectas de la burguesía coruñesa.

En aquel tiempo Herminia nunca iba a pelo. Siempre se tocaba con unos turbantes de punto de lana o de seda, de los que variaba la gama del color pero nunca la forma y que parecían su natural complemento.

Sólo más tarde se corrió por La Coruña la voz de que estaba tiñosa y, para demostrar que era mentira y que aún tenía bastante pelo, aunque blanco, Herminia arrojó airada sus turbantes y debió de perderlos en aquel maremágnum de casa ya que nunca se los volvió a poner.

Al entrar en su «suite» del «Aviz» Herminia se encontró con un gran ramo de rosas rojas y amarillas y, en la tarjeta, leyó el mágico apellido «Gulbenkian».

«¡Oh, qué fino por parte de Nubar!, se dijo Herminia.

Luego, fijándose bien en la tarjeta, advirtió que era de la segunda mujer de su marido.

Doré Freeland, según contó más tarde Herminia a sus amigos de La Coruña, también estaba en trance de divorcio y quería enterarse de cómo lo había conseguido Herminia. (Seguramente no para seguir su ejemplo, sino para no cometer las mismas equivocaciones).

Herminia, que sólo rindió un discreto interés a los avances de la segunda esposa, se entrevistó también con su exsuegro y, si los rumores no mienten, don Calouste Sarkis le ofreció una ayuda económica importante que la coruñesa, con su habitual dignidad, rechazó.

De esto nunca habló la propia Herminia. Lo que si contó, y yo misma recuerdo habérselo oído, es que Nubar, siempre galante, le había dicho que estaba divinamente conservada y le propuso que, si no para vivir siempre juntos pues ya estaba visto que sus gustos eran muy diferentes, se reunieran de cuando en cuando para unas vacaciones o para realizar algún crucero.

Herminia también rechazó estos avances. Y no por razones éticas sino simplemente porque lo encontró muy gordo y muy viejo.

Mientras ella misma, a fuerza de trabajar en los campos y de alimentarse con la frugalidad de una pastora de Ithaca, conservaba su hermoso cuerpo helénico, Nubar, debido a la buena vida y las delicias culinarias, ya apenas sí recordaba su propia imagen juvenil de joven Aga Kan.

En cambio —las cosas tienen sus raras compensaciones— ya Nubar nunca pasaba inadvertido. Le conocían en todas partes y de un modo muy especial en los grandes hoteles y restaurantes, en razón de su barba (en los años *cuarenta* no había tantos barbudos) y de su monóculo.

Conocedor de que ser excéntrico en Inglaterra constituye un timbre de gloria, Nubar cultivaba su extravagancia con el mismo cuidado conque ordenaba sus menús. No le preocupaba que su barba y aquellas cejas pobladas e hirsutas, le confirieran un cierto aspecto mefistofélico de *demonio* oriental.

La personalidad del millonario tuvo, a partir del año 1922, su natural complemento en la orquídea siempre prendida en su solapa. Una casa inglesa, Charlesworth and Co. se encargaba de suministrarle tres a la semana. Las recibía incluso si estaba

de viaje. (18). Nubar lucía su orquídea en todos los países del continente europeo excepto en Francia donde, curiosamente, entraba en colisión con la obligación «moral» de exhibir el distintivo de una orden tan estimada. Cuando se subía a un avión francés Nubar —con exquisita galantería— se sacaba su orquídea que ofrecía como regalo a la azafata y prendía en la misma solapa la cinta roja de la Legión de Honor.

Todo ello formaba parte del ceremonial de su vida y, si se medita sobre este asunto que también está lleno de misterio, Nubar en su intensa preocupación por las formas y Herminia en su despreocupación total de las mismas tenían que encontrarse alguna vez en ese punto del infinito en donde se funden las líneas paralelas...

¿Es que al despedirse frente al Casino de Estoril, Nubar y Herminia adivinaron que aquella era la última de sus entrevistas? Parece probable. Veinticinco años después de haberse conocido en Londres los antiguos enamorados se separaron sin rencor, aunque no sin nostalgia.

Acabada la II guerra mundial, don Calouste Sarkis Gulbenkian mantuvo su residencia en Portugal. En parte su decisión obedecía a razones de orden práctico así como a las mayores facilidades fiscales que el país le ofrecía; también es cierto que Lisboa le gustaba mucho. Por el contrario su mujer, que nunca llegó a sentirse «at home» en Estoril, a pesar de hallarse en medio de una distinción tan extremada (19) se trasladó de nuevo a París con su séquito.

Puede que en su origen la incomodidad de Madame Gulbenkian arrancara de problemas lingüísticos. Nunca la esposa del magnate del petróleo llegó a entender una palabra de portugués y su desconocimiento del idioma dio lugar a un lance divertido.

Un día, hallándose Madame Gulbenkian en Busaco, advirtió que no le habían subido la mantequilla del té.

—Butter —ordenó en inglés al camarero.

Se dio cuenta de que no le había entendido y tradujo al francés:

—Du beurre.

Aun le entendió menos así que la señora juzgó prudente pasarse al italiano donde la mantequilla se le dice *burro*.

Al oír la palabra «burro» proferida ya en un tono imperativo, el rostro inexpresivo del camarero portugués se abrió en amplia sonrisa de comprensión y se fue tras hacer muchas reverencias y pamemas.

«Por fin me ha entendido», suspiró aliviada la esposa de «Míster Cinco por ciento». Pero pasó mucho rato y ya se había enfriado el té en la tetera sin que reapareciera el camarero con la mantequilla.

(18) Ni siquiera la singularidad del envío satisfacía su naturaleza fantasiosa, y así Nubar hacía correr la voz de que las orquideas negras (lucidas en ciertas competiciones acuáticas para acompasar su color con el azul de su chaqueta) le llegaban por vía aérea desde una remota aldea del Himalaya; en realidad se trataba de una orquidea blanca previamente sumergida en un tintero. Es verdad que cuando Nubar tuvo un coche amarillo su florista le suministraba orquideas amarillas. Aparte de las de «Charlesworth an Co». Nubar cultivaba las flores exóticas en el invernadero de Hoggerton, su casa de campo en Inglaterra. Asimismo el puro acababa de rematar la imagen del sibarita. Durante más de treinta años Nubar fue cliente de la casa cubana «Partagás and Co» y siguió siéndolo aún después de la revolución castrista. «Partagás and Co», perdería gran parte de su clientela pero, felizmente, siguió contando con Gulbenkian que recibía sus puros vía Checoslovaquia y los pagaba a través del «Narodny Bank» de Moscú.

(19) Se hallaban entonces en Portugal el exrey de Italia Humberto de Saboya, don Juan de Borbón, el almirante Horthy, exregente de Hungría, Madame Magda Lupescu, viuda del rey Carol de Rumanía, mujer —según Nubar que la trataba— tan inteligente como divertida...

Finalmente Madame Gulbenkian consiguió un intérprete al que preguntó por qué no le servían su pedido.

—El burro está abajo —respondió el empleado.

—Pues si está abajo que me lo suban enseguida —se impacientó Madame Gulbenkian.

—Madame —le explicó cortés el mismo empleado— siempre estamos a sus órdenes, ansiosos de complacerla, pero aun suponiendo que lográramos meter el *burro* en el ascensor, ¿no cree usted que le ensuciaría mucho la habitación?

★ ★ ★

Hablaba don Calouste Sarkis Gulbenkian de legar la mayor parte de su fortuna a una fundación cultural y científica que perpetuara su nombre, la cual sería, después de la *Ford* y de la *Rockefeller*, una de las más importantes del mundo. A la misma Fundación estaba destinada su colección de pinturas y de tesoros artísticos.

Eran varios los países europeos que ambicionaban constituirse en sede de la futura «Fundación Gulbenkian», el mismo don Calouste se preguntaba si en verdad no estaría más segura caso de radicarla en los Estados Unidos. Se le ocurrió que podría añadirse un anexo a la Galería Nacional de Washington en donde se hallaban en préstamo una gran parte de sus pinturas.

El traslado de los cuadros, de Londres a Washington, obedecía al disgusto sufrido por don Calouste a quien los ingleses durante la guerra clasificaron (aunque no fuera más que en el papel) como «enemigo de Inglaterra».

Tal designación afectó dolorosamente al señor Gulbenkian por cuanto él mismo, nacionalizado británico a partir del año 1902, se sentía más inglés que los ingleses.

Tras llevarse sus tesoros artísticos se daba ya por seguro que nunca «Míster Cinco por ciento» asentaría su futura institución en Inglaterra.

A los 80 años don Calouste Sarkis Gulbenkian se resignó a entrar en la vejez despidiendo a la última de sus concubinas adolescentes.

A los 81 años, en 1950, hizo su primer testamento y dos años más tarde, también en Lisboa, hizo un segundo.

Con el fin de asentar en terreno firme las bases de la proyectada Fundación, el señor Gulbenkian hizo venir de Inglaterra a Lord Radcliffe, la más importante personalidad jurídica del Reino Unido.

Lord Radcliffe sería el presidente de la Fundación y, como consejeros de la misma, don Calouste Sarkis designó al Dr. José de Azevedo Perdigao y a Kvork Loris Essayan.

El primero era el abogado portugués del señor Gulbenkian. En Portugal y a la sazón, cuando la gente por lo general era más bien bajita, el Dr. de Azevedo Perdigao sorprendía por su elevada estatura. Se trataba de un hombre muy fino, nuy irónico, de mente muy clara.

Kvork Loris Essayan era el marido de Rita, la hija del señor Gulbenkian. El magnate del petróleo le estimaba mucho, en gran parte porque el matrimonio de su hija no había sido «casual» sino que obedecía a las antiguas tradiciones del «arreglo», el yerno, por añadidura, era también armenio y pariente de los Gulbenkian, tan ajustado como feliz matrimonio había tenido descendencia.

Nubar Gulbenkian quedó excluido de la Fundación, lo que prueba cuánto se habían agriado las relaciones entre padre e hijo.

No nacían sus desavenencias a cuenta de los sucesivos matrimonios y divorcios

de Nubar, sino a cuenta de un pollo de 10 chelines que al viejo señor Gulbenkian acabó costándole treinta mil libras.

Cuando, tras divorciarse de Herminia y abandonar la Shell, Nubar volvió a trabajar a las órdenes de su padre, un día tuvo la desdichada idea de comprarse un pollo con el dinero de la caja de la oficina. El lamentable suceso dio origen a una discusión tan fuerte entre padre e hijo que acabaron ventilándola ante los tribunales y, los gastos del largo proceso sumaron la cifra antedicha.

Así, pues, acordándose del triste pollo y de las muchas extravagancias de su hijo (incluidas las sucesivas orquídeas y las sucesivas esposas) don Calouste Sarkis Gulbenkian, si bien no le desheredaba, decidió marginarle de su Fundación cosa que, como es lógico, desagradó a Nubar el cual tenía ideas propias acerca de lo que debía ser la fundación considerando por lo pronto un disparate radicarla en Lisboa.

De la misma opinión era el sapientísimo Lord Radcliffe quien le hacía ver a «Míster Cinco por ciento» la conveniencia de internacionalizar su meritoria obra a fin de que fuera poseída por el mundo, y, a la vez, poseyera al mundo.

Sin embargo el principal interesado no hacía sino esbozar vagamente sus proyectos filantrópicos y no se daba demasiada prisa en clarificarlos ya que, como pensaba vivir hasta los 105 años igual que su padre y sólo tenía 84, aún no se consideraba demasiado viejo.

Cuando le presionaban en un sentido u otro don Calouste Sarkis respondía: «Hay mucho tiempo por delante, mucho tiempo...»

Entretanto «Míster Cinco por ciento» invernaba en Lisboa y, llegado el verano, se trasladaba a Deauville. Allí ventilaba sus negocios, siempre al aire libre, en el enclave de una gran propiedad amurallada, «Les Enclos», en donde no había querido construir una casa, sin duda porque le agradaba más vivir de hotel. La propiedad era muy grande; da idea de sus dimensiones el hecho de que en sus jardines trabajaran sesenta jardineros.

Madame Gulbenkian nunca visitó «Les Enclos» pero tampoco don Calouste Sarkis visitó nunca aquellas tierras de Oriente que, con el maná del petróleo, generaron sus riquezas.

La esposa del señor Gulbenkian falleció en 1952 y su muerte fue muy sentida por Nubar. Como la señora era muy patriota dejó dispuesto que, con una parte de su fortuna personal, se dotara una escuela armenia en Francia a fin de que los pequeños armenios del exilio no olvidaran la lengua de sus padres. El cumplimiento de esta cláusula así como otras disposiciones testamentarias de la ilustra dama que Nubar insistía en obedecer no contribuyeron a mejorar las tirantes relaciones existentes entre el padre y el hijo.

También don Calouste Sarkis se manifestó muy afectado por la muerte de su esposa y ahora le dolía su ausencia definitiva cuando nunca le había dolido la temporal.

Esperaba «Míster Cinco por ciento» que, por lo menos hasta cumplir los 105 años, las parcas le respetarían inclinándose gentilmente ante su importante persona al modo como se inclinaban los camareros portugueses en el «Hotel Aviz».

Laquesis, Atropos y Cloto no fueron, empero, tan amables; el destino desechaba sus pretensiones de llegar a centenario.

Don Calouste Sarkis Gulbenkian falleció en el año 1955, a los 86 años de edad. Para aquellos que consideran que la muerte repentina es una gracia, la suya tuvo ese carácter venturoso. Murió en pocos minutos y en soledad pues había enviado a su criado Kevic al estanco con el encargo de que le comprara unos cigarrillos.

Al doctor Fonseca, médico privado del magnate, no le quedó sino certificar su defunción.

La muerte del filántropo armenio trajo consigo una serie de trastornos emocionales y no era el problema más pequeño el decidir *cómo* y *dónde* iban a ser incinerados sus restos.

A la sazón en la Península Ibérica no estaban ciertamente duchos en las prácticas incineratorias y el único incinerado en Lisboa en el curso de aquellos años había sido un *Marahaj* y ¡santo Dios que desgracia! porque no había horno eléctrico adecuado y le quemaron con leña y la leña era tan verde como aquella que Calvino mandó poner en la pira del pobre Miguel Servet, y así el cadáver del *Marahaj* se achicharraba pero no ardía... fue un horror, un verdadero horror...

Con razón temerosos de que se repitiera el lamentable episodio y que dejaran al benemérito señor Gulbenkian a medio consumir, los consejeros y familiares decidieron transportar los restos por vía aérea a Zurich en donde se dispuso debidamente la operación. En fecha posterior (26 de julio de 1956) las cenizas del magnate fueron transportadas a Londres y hallaron el postrer acomodo en un nicho de la Iglesia armenia, San Sarkis, fundación del mismo señor Gulbenkian.

Una vez que don Calouste Sarkis estaba ya muerto, incinerado y yacía en Londres, la estrella de su heredero Nubar cobraba nuevo fulgor y los directores de la Fundación establecida por su padre quisieron obtener su valiosa colaboración nombrándole también consejero.

Nubar en esta ocasión no debió dar muchas pruebas de ser hombre ducho en la diplomacia a pesar de que se había pasado la vida metido en las embajadas en su calidad de agregado honorario. (20).

Es evidente que Nubar Gulbenkian le tomó manía al doctor de Azevedo Perdigao en quien adivinaba tanto talento como astucia.

A Nubar le molestaba que el abogado portugués no hablara cumplidamente las lenguas extranjeras, que fuera tal alto, que con fondos de la Fundación Gulbenkian se hubieran costeado unos uniformes para los «Bomberos voluntarios» de Obidos, pueblo natal del doctor de Azevedo Perdigao...

Nubar se burlaba sutilmente del hecho de que el doctor de Azevedo Perdigao tuviera en su despacho un pequeño altar con el retrato de su difunta primera esposa y, por supuesto, lo que más le molestaba por parte de tan hábil consejero era el hecho de que, actuando en nombre de Portugal, pretendiera adueñarse de la «Fundación Gulbenkian».

Después de un período inicial amistoso las relaciones se empañaron hasta el punto que Nubar, desde la televisión inglesa, llegó a lanzar la grave acusación de que la Fundación no seguía las directivas señaladas por su padre.

¿Cuáles eran estas directivas? Lord Radcliffe sostenía que era un error creer que don Calouste Sarkis Gulbenkian hubiera tenido nunca un interés especial en que su Fundación fuera portuguesa. El filántropo quería mucho a Portugal por lo bien que le había tratado pero también quería a otros países. Don Calouste Sarkis finalmente había depositado la suerte de la Fundación en sus manos: «Usted se siente en la presidencia y decide».

Nubar, por supuesto, compartía la opinión de Lord Radcliffe.

El hecho de que la institución en un principio se estableciera en Portugal era

(20) Sirvió como agregado comercial a la embajada del Irán en Londres desde 1926 a 1951 y, nuevamente, desde 1956 hasta 1965.

simple materia de conveniencia como puede ser la de hacer navegar un barco bajo bandera panameña.

Dicho punto de vista fue enérgicamente combatido por el Dr. de Azevedo Perdigao y por el propio estado portugués. Los portugueses, apartándose de las desdeñables razones materiales elevaban la cuestión a un plano ético y moral. Era ante todo un problema de amor y de confianza, y como tal había que resolverlo. Don Calouste Sarkis Gulbenkian había sido un enamorado de Portugal, confiaba en la «pax portuguesa», él deseaba que su Fundación perpetuara eternamente su memoria en el mismo país al que llegó perseguido y donde encontró asilo y amistad perdurable.

Por otro lado —desviada la cuestión del ángulo ético y moral— era obvio que nunca la Fundación filantrópica obtendría de la Hacienda las necesarias franquicias fiscales si no se remataba el proceso de nacionalización.

Revelándose como el más cauteloso y sutil de los negociadores el Dr. de Azevedo Perdigao frustró primero el propósito de internacionalizar la Fundación Gulbenkian y luego el de que una gran parte de sus rentas se emplearan fuera de Portugal. (21).

En 1956 Lord Radcliffe dimitió como presidente de la «Fundación Gulbenkian» que ese mismo año quedó jurídicamente anclada en Portugal. (22).

El día 18 de julio de 1956, el gobierno portugués, tras conceder la exención tributaria, aprobó los estatutos de la Fundación Gulbenkian por la ley n.° 40690 en donde se señalaban las virtudes del filántropo: «Aquí tenemos un brillante ejemplo de cuál debe ser la función social de la riqueza. Este gran creador, Calouste Sarkis Gulbenkian, acumuló por su inteligencia, energía y trabajo una fortuna que ahora devuelve aumentada a la Humanidad. El conocía la paz portuguesa... su decisión era un acto de confianza».

Sin duda las últimas frases avivantaron la ironía en tantos portugueses de espíritu afín al de Eca de Queiroz.

En el año 1948, antes de que fallecieran sus padres y antes incluso de que don Calouste dictara su primer testamento, Nubar Gulbenkian contrajo de nuevo matri-

(21) La Fundación Gulbenkian se nutre de los antiguos intereses petrolíferos derivados de la famosa participación del cinco por ciento en acciones de la Irak Petrolium Co., así como de otros bienes legados por el filántropo entre los que se cuenta su propiedad de Deauville, Les Enclos. Se calcula que las rentas son del orden de unos mil millones de pesetas anuales.

En siete años la Fundación distribuyó más de quince millones de libras, correspondiendo el cuarenta por ciento a Portugal, el veinticuatro por ciento al Irak, el trece por ciento al fomento de intereses armenios, el doce por ciento a los países europeos y el diez por ciento a otros países.

Lentamente, y con muchos atrancos, en un proceso que finalizó en 1960, la Fundación Gulbenkian, instalada en el bello y moderno museo público de la «Feira Popular», fue reuniendo los tesoros coleccionados por Calouste Sarkis Gulbenkian.

Acaso fue Francia la que puso mayores dificultades en dejar salir los bienes en depósito entre los que se cuentan la mesa y las sillas de María Antonieta, la plata de Germain y la Diana de Houdon, pero al fin estas piezas históricas fueron transportadas a Lisboa lo mismo que el resto de la colección, incluidas alfombras y famosos tapices chinos, procedentes de la mansión de los Gulbenkian en la avenida de Iéna.

Los estatutos requieren que la Fundación Gulbenkian haga un inventario anual presentando un balance público de sus ingresos y de sus gastos.

Seria muy largo glosar la importante labor realizado en muy pocos años por la Fundación Gulbenkian que no sólo ha revitalizado el arte de Portugal, sino que incluso ha creado los necesarios estímulos para favorecer el desarrollo de la investigación científica. Goza de merecida fama su Instituto de Física para el estudio de los materiales bajo el agua.

(22) Por el artículo 3 de la Ley Estatal se establece 1) la Fundación Gulbenkian es portuguesa, 2) los consejeros portugueses han de constituir mayoría dentro del Consejo.

monio. Se casó, por tercera vez, con Marie Berthe Edmée, hija del gran fabricante de champagne Louis de Ayala.

Esta señora, ya mayorcita, había estado casada y tenía dos hijos.

La madre de Nubar, siempre piadosa, insistió en que su hijo se casara nuevamente según el rito armenio y el enlace tuvo lugar en la Iglesia de San Sarkis adonde irían a parar las cenizas de don Calouste unos años después.

Finalizada la ceremonia religiosa Rita Gulbenkian de Essayan se aproximó a su nueva cuñada y le dijo: «Bienvenida, querida, a una familia bien difícil».

Nubar y su esposa se instalaron en el «Hotel Ritz» de Londres, acaso en la misma *suite* que antaño el millonario armenio había ocupado con la joven Herminia.

Este último matrimonio parece haber sido el que proporcionó a Nubar mayor felicidad, quizá porque ya no le pidió tanto como a los anteriores o quizá porque los gustos artísticos, sociales y culinarios de su nueva mujer se ajustaban mejor con los suyos propios.

Todos los fines de semana el matrimonio Gulbenkian descansaba del ajetreo social de Londres en su casa de campo, Hoggerton, en cuyo invernadero crecían las plantas exóticas. En Navidades se trasladaban a Cannes y en primavera realizaban algún crucero por el Mediterráneo. Los meses de julio y enero se les encontraba invariablemente en Niza debido al filial y piadoso motivo de asistir a unas misas que allí se decían por el eterno descanso de la difunta Madame Gulbenkian.

La experiencia acentuó en el epicúreo Nubar ciertas disposiciones filosóficas. En 1954 hizo el balance de su vida:

> «He tenido todo el dinero que un hombre puede desear. Ahora ya tengo 67 años. No tengo hijos ni aficiones caras. Nunca he deseado, como Onassis, tener un yate de 1.800 toneladas, ni siquiera deseo tener uno de 500. Tampoco me apetece formar una pinacoteca ni poseer caballos de carrera... Me gustan los caballos, pero en el establo. El dinero, por supuesto, es útil, mientras uno puede servirse de él sin convertirse en su esclavo. Lo importante del dinero es que le permite a uno vivir independiente. Puede elegir cuándo quiere estar solo y cuándo acompañado... Por lo que a mí se refiere puedo añadir que me he divertido mucho en la vida...».

A partir del año 1966 Nubar renunció a su elegante vagabundeo y fijó su residencia en la Costa Azul (23). Fue posiblemente en su paradisíaco rincón de Cannes donde le llegó aquel telegrama el día 20 del mes de febrero del año 1971. En el telegrama, enviado desde La Coruña, se le notificaba a Nubar Gulbekian la muerte de su primera mujer, Herminia.

(23) Adquirió Gulbenkian una propiedad que había pertenecido a la hija del conde de Sandwich.

MUERTE EN EL PAZO

HERMINIA Rodríguez Borrell Feijoo, aquella hermosa y vital mujer que todos admirábamos durante años y años, vivía muy unida a su madre y la madre de Herminia era una anciana tan *anciana* que llegó un tiempo en que ya no quedó nadie en nuestra ciudad que la recordara joven.

No se sabía la edad exacta de la señora viuda de Rodríguez-Borrell, algunos suponían que era más vieja que el propio general Feijoo centenario.

Sin embargo, Herminia no se resignó a su muerte. Se pasó largas horas, acaso días, velando al lado del cadáver que ya comenzaba a descomponerse sin dar cuenta del fallecimiento de su madre, sin querer enterrarla.

Luego, en su doloroso desconsuelo, fue incapaz de recobrar su pasada vitalidad.

Aquel ser extrovertido y extravagante se fue replegando en sí misma, vivía ensimismada en el gran pazo solitario rodeada de perros y de ovejas.

Tanto sus familiares como sus amigos hicieron lo posible y aun lo imposible por extraerla de su melancolía pero Herminia acabó por no abrirles las puertas, parapetándose en su castillo como un señor feudal.

Ponía su mayor empeño en huir de aquellos que pretendían ayudarle o aconsejarle y, en verdad, era delicado hacerlo (tanto si se trataba de amigos como de parientes) sin parecer interesado dado la existencia de tantos bienes.

Algunas personas llegaron a creer que Herminia estaba loca y loca parecía muchas veces tanto por su manera de vivir como por su estrafalario atuendo, pero lo cierto es que, siempre iluminada por la luz de una extravagancia que en ella constituía un estado de gracia natural, cuando se hablaba largamente con ella razonaba bien.

Debido tanto a su convencimiento de que Herminia no estaba loca como a su desinterés y delicadeza moral, los familiares más cercanos de Herminia se negaron siempre a incapacitarla o recluirla, ellos creyeron que aquella mujer singular tenía que vivir la vejez a su modo y que apartarla de su medio ambiente equivalía a matarla.

El invierno de 1971 fue muy duro en Galicia. Fue casi como un invierno ruso. Un chico de Ordenes, que tenía 22 años, murió en una noche de nadal atufado por un brasero que metió en su diminuto cuarto para calentarse.

Solitaria en el pazo de Sigrás era forzoso que Herminia sufriera del frío. Aquella mujer en tan ventajosa situación económica había dado en imaginarse que estaba totalmente arruinada. Ultimamente se alimentaba de mendrugos como una pordiosera. A su vez el pazo se había ido desmoronando y, en gran parte, carecía de cristales y ventanas.

Herminia acabó por arrastrar el coche, que ya no conducía, hasta que consiguió meterlo en el gran salón existente en la planta baja, donde antaño había celebrado recepciones tan brillantes. Dormía dentro del coche, soñando acaso con las pasadas fiestas, o con las partidas de cartas igualmente animadas. (24). En el mismo coche,

(24) En diferentes etapas de su vida Herminia llegó a estar poseída por la pasión del juego y hasta se dijo que, agotadas las partidas de pocker en las casas de la burguesía coruñesa, llegó a alternar con profesionales del juego e incluso participó en timbas aldeanas. No parece probable que tan acentuada inclinación le produjera el menor quebranto de tipo económico, entre otras razones porque Herminia tenía muchísima suerte y casi siempre ganaba.

que le servía de lecho, dormían también un perro y una oveja que le calentaba los pies.

Cuando al fin vino el buen tiempo, Herminia sacó fuerzas de su flaqueza y nuevamente arrastró el coche hasta el jardín.

Aunque de día en día declinaba Herminia optó por no consultarse. Profundamente establecida la escisión con el mundo real, la mente de Herminia vagaba por universos más risueños poblados por las sombras de los seres amados, de los antiguos perros...

Un día, ya a mediados del mes de febrero, consiguió llegar hasta la solitaria reclusa, un antiguo mozo de comedor de la difunta señora de Rodríguez-Borrell quien la encontró tendida en el suelo y desangrándose...

Herminia, que deliraba, no le reconoció.

En el salón del pazo había cuatro ovejas muertas y también se encontró un perro muerto del que no se sabe cómo pudo encaramarse para morir en una de las estanterías. Por el pazo adelante, esparcida por el suelo o en sacos, se encontraba como una media tonelada de lana posiblemente de la trasquilada por la propia Herminia.

Entre la lana se descubriría, más tarde, la plata de Herminia, su colección de tallas y de Sargadelos, los ikonos comprados a antiguos soldados de la División Azul y las alhajas... las perlas, el famoso collar que apareció metido en una caja de zapatos, los brillantes que surgían entre los muelles de las sillas rotas. (25).

No se preocupó el antiguo servidor, posiblemente ya acostumbrado por antiguas entrevistas al desorden del pazo, de los animales muertos o de la lana caída. Se preocupó tan solo de salvar a Herminia quien se negaba tercamente a abandonar su casa.

—Señorita Herminia, la voy a llevar a un hotel donde estará muy bien atendida —le dijo el antiguo criado.

Al fin Herminia se dejó convencer y el antiguo criado, bien porque le turbara llegar hasta un sanatorio elegante transportando a una mujer que parecía una mendiga o bien porque creyera que Herminia estaba arruinada, decidió llevarla a un hospital social, la clínica Labaca.

Al llegar frente a dicha clínica, temeroso de que Herminia no quisiera entrar, insistió nuevamente:

—Miré que hotel tan bueno y que bonito jardín.

Una vez que Herminia estaba ya dentro reconoció el lugar y se desesperó. En un principio no se atendieron sus protestas; considerando tanto por su estado de depauperación como por su vestimenta que se trataba de una pordiosera, fue acomodada —después de que le dieron un baño y le cortaron el pelo— en una de las salas comunes.

Herminia se rebeló y en ella brotó con fuerza irreprimible el antiguo snobismo. Dirigiéndose a unas pobres mujeres que allí se hallaban les dijo:

—Bueno, o se marchan ustedes o me voy yo.

Y comenzó a hablar de ella misma, de su familia, de sus tíos generales a los que llamaba a gritos. Todo esto y en especial sus llamadas a los generales de los que no estaba claro si estaban muertos o si tenían mando en plaza, acabaron por impresionar a las enfermeras.

Finalmente se conoció la identidad de la presunta mendiga. Acudieron los amigos íntimos y entre ellos, el médico de Herminia, doctor Enrique Hervada. Herminia fue acomodada en una habitación privada donde aun tuvo tiempo de recibir flores.

(25) Herminia también tenía una caja en uno de los bancos de La Coruña donde guardaba... los recibos de la luz...

Pero ya era tarde para Herminia quien, pese a los muchos esfuerzos que se hicieron para salvarla, murió en la noche del 19 al 20 de febrero del año 1971.

Parece ser que, en contra de lo que entonces se dijo, no padecía de un tumor maligno ni tenía una lesión orgánica de gravedad. Había llegado simplemente a un grado de extrema desnutrición. Casi, casi puede decirse que la exesposa de uno de los hombres más ricos del mundo había muerto como se muere en la India: de hambre.

No parece lógico suponer que la muerte de aquella esposa remota cuyo recuerdo se perdía en el recuerdo de la propia juventud, afectara dolorosamente a Nubar Gulbenkian...

No parece lógico pero... la vida está tan llena de misterio, son tales las contradicciones del corazón ¿qué sabemos nosotros acerca de las reacciones de Nubar mientras estaba leyendo el telegrama de La Coruña?

Es evidente que, a partir del año 1971, se acentuaron en el millonario armenio las premoniciones de su próxima muerte.

Herminia ya había realizado el viaje sin retorno, ahora le tocaba el turno a Nubar.

Revestido de estoicismo Nubar Gulbenkian se dispuso a preparar su partida y quiso hacerlo de una manera minuciosa y elegante. Era preciso organizar su entierro al modo como organizaba aquellas cenas exquisitas en el *Hotel Ritz* o en el *Georges Cinq*.

En el terreno espiritual se hallaba preparado.

Era un hombre piadoso, fiel cumplidor de los preceptos de su Iglesia (si bien es cierto que no lo hubiera sido tanto de haber pertenecido a otra Iglesia menos *amable*) y que asistía regularmente a las funciones religiosas pertinentes a cada estación. Cuando llegaba la Cuaresma, en señal de abatimiento y pesar, Nubar se peinaba para abajo el bigote; como contrapartida, para demostrar su júbilo por la Pascua de la Resurrección, sus bigotes recobraban la posición inhiesta.

Mediante estos pequeños y significativos detalles Nubar mostraba su fidelidad y devoción espiritual al modo como demostró su dolor, tras la muerte de su tan querida madre, pintando su coche amarillo de negro, ribeteando sus cartas de negro al viejo estilo y enlutándose él mismo durante un largo año. Precisamente era el recuerdo del fallecimiento de Madame Gulbenkian uno de los hechos que despertaban las aprensiones de Nubar.

Como postrer homenaje a la ilustre dama se le había encargado el ataúd más lujoso existente en el mercado pero no se había tenido en cuenta si su tamaño era adecuado al del transporte. Cuando lo fueron a meter en la carroza fúnebre no cabía.

Después de infructuosos y lamentables intentos, bajo el peligro de que el ataúd y la muerta rodaran por el suelo, fue preciso recurrir a los servicios de un camión y así, de una manera tan poco digna, transportada al modo como se transportan las patatas, las bananas o los aparatos electrodomésticos, realizó la esposa de «Míster Cinco por ciento» su último paseo por la Costa Azul.

Nubar entendía que era preciso ligar todos los detalles sin dejar ninguno suelto al azar. Ante el asombro e incredulidad de sus allegados quiso, como Carlos V, ensayar en vida sus exequias.

En primer término se ocupó de organizar todo lo referente al sepelio. Nubar Gulbenkian se puso al habla con M. Thomas Martin, director de una casa de Pompas

Fúnebres, y le dictó sus instrucciones. Quería que sus restos fueran transportados desde su casa hasta el cementerio de Chateauneuf du Grasse en un coche de ébano tirado por seis caballos negros.

Era preciso alquilar el coche en una determinada Funeraria de Londres especializada en esta clase de servicios fúnebres suntuarios. Los caballos podían alquilarse en el propio Cannes. M. Thomas Martin le dio cuenta de las muchas dificultades inherentes al cumplimiento de sus deseos:

—Con un coche de caballos como el que usted señala, señor Gulbenkian, tardaremos por lo menos cinco horas en llegar al cementerio. El tráfico de Cannes quedaría totalmente paralizado durante más de dos horas... Es muy dudoso que lleguemos a conseguir el permiso de las autoridades.

Muy contrariado Nubar renunció al coche de ébano y le dijo al señor Martin que se resignaría a ser conducido en un automóvil siempre que el vehículo reuniera tales y cuales características. Por último Nubar dispuso todo lo referente al servicio religioso y, a fin de saber con certeza que todo se desarrollaría conforme a sus planes, decidió hacer un «ensayo general».

«Dio órdenes —diría luego M. Thomas Martin— de que su esposa Marie no tomara parte en los actos fúnebres por no causarle una emoción innecesaria... El señor Gulbenkian, acompañado por sus secretarios y por mí, se trasladó al cementerio detrás de un coche fúnebre alquilado expresamente para la ocasión...».

Ordenó también Nubar Gulbenkian que se compraran una gran cantidad de coronas y de flores y que estuviera presente el sacerdote armenio encargado de la función religiosa.

Quería que todos comprendieran cuáles eran sus deseos para realizarlos con la mayor fidelidad el día de su entierro...

No se olvidó de ningún detalle. Incluso redactó el epitafio que debía figurar en su lápida. Sólo dejó en blanco un dato: la fecha del día de su muerte.

Era una fecha que le estaba rondando. Como ya Nubar no estaba muy bien del corazón este «ensayo general» y baño necrofílico le debieron de dar la puntilla. A los pocos días de ultimar los proyectos fúnebres, Nubar Gulbenkian tuvo que ser trasladado desde su casa a un sanatorio. Fue en el mismo sanatorio de Cannes donde finalmente falleció el 10 de enero de 1972 a los 75 años de edad.

Su viuda, familiares y directores de la Funeraria cumplieron ritualmente sus instrucciones.

El 12 de enero de 1972 el «Times» de Londres le dedicó un largo obituario que titulaba:

«Mr. Nubar Gulbenkian, millonario excéntrico, hijo de «Mister Cinco por ciento».

«The Times» exponía con su habitual exactitud los datos más sobresalientes de su vida, hablaba incluso de su primera esposa, «señorita Herminia Elena Josefa Rodríguez Feijoo», describiéndola como una belleza española: «spanish beauty». Entre lo que se dice acerca de Nubar quizá lo más sorprendente sea el hecho de que su necrofilia era ya una vieja historia conocida por el propio «Times».

«Durante años y años —revela el periódico— Gulbenkian realizó diversas gestiones a fin de que le permitiéramos leer su propia necrología. Con frecuencia invitaba a los directores y redactores más antiguos de nuestro diario esperando que al fin se le permitiera acceder al secreto de nuestro archivo, práctica a la

que naturalmente se oponen las normas tradicionales de nuestro periódico. Ni que decir tiene que nunca lo consiguió».

Si Nubar llega a leer la columna necrológica que le dedicó el «Thimes» sin duda se hubiera muerto más tranquilo; de ella se desprende un sentimiento de simpatía burlona que hubiera sido muy de su agrado.

El «Times» publicaba también la fotografía del extravagante armenio en donde Nubar Gulbenkian, con sus barbas y sus cejas, nos mira irónico a través del monóculo.

—II—

LA OTRA CARA DE LA LUNA

America! America!
God shed His grace on thee.

Katharine L. Bates, «America the Beautiful»

The worl was all before them, where to choose Their place of rest, and Providence their guide; They, hand in hand, with wand'ring steps and slow Thorough Eden took their solitary way.

Milton, últimas estrofas de El Paraíso perdido

40 WALL STREET

EN la famosa calle neoyorquina existía en los años *cincuenta* —y supongo que seguirá existiendo todavía— un club muy elegante denominado «40 Wall Street». Lo frecuentaban asiduamente los financieros, agentes de bolsa, abogados y, en general, personas de negocios prósperos y de buen vivir, pues el Club era conocido como uno de los más caros de Manhattan y, posiblemente, del mundo.

Se consideraba que su restaurante era de *primerísima* clase, el *no va más* culinario si bien la intimidad de sus reservados era tanto más estimada por algunos fanáticos de las finanzas que las excelsitudes gastronómicas.

El jefe de los «comedores reservados» era un coruñés, Francisco Bello a quien nunca tuve el gusto de conocer pero en cambio sí conocí, estimando en mucho su amistad, a uno de los cocineros, también paisano, Francisco Carro.

A través de Carro conocí las interioridades de aquella cocina tan grande como la nave de una catedral y que, a efectos laborales se dividía en secciones. De ellas las más importantes eran las de *Asados, Salsas, Frituras y Cold Bufeet* siguiendo el orden por el que las enumero. Mi amigo Paco era el *chef* de la sección tercera, la de *Frituras* y tenía a sus órdenes cuatro pinches. En mano de un portorriqueño estaban los *Asados* mientras que el *Cold Bufeet* dependía de un americano y las *Salsas de un* francés.

Aparte de las citadas había que contar también la sección del lavado de platos que, a la sazón, ocupaba a un jefe y a diez ayudantes.

El mando supremo de la cocina lo ejercía un cocinero francés, despótico personaje, a la vez temido y envidiado por sus subordinados y que, aparte del elevado sueldo, percibía al llegar las navidades una verdadera fortuna en aguinaldos girada por los proveedores que surtían el fabuloso Club.

Durante mucho tiempo en el «40 Wall Street» se contó también con los delicados servicios de un «taster» (catador) de la misma nacionalidad que el jefe supremo y natural de los Bajos Pirineos. Era misión de este caballero visitar diariamente el restaurante poco antes de la hora de la comida y probar los diferentes platos que le presentaban los jefes de la cocina.

—Dios le tenga en su gloria al finado del francés —solía decir Paco Carro— pero muchas maldiciones le echamos en vida. Metía el dedo en las fuentes —que nunca le vi emplear una cuchara— y era raro que encontrara nada a su gusto, lo que no estaba soso es que estaba salado y las patatas siempre mal fritas...

De tanto ir a Wall Street el «taster» se había aficionado a jugar a la bolsa con tan mala fortuna que finalmente acabó perdiendo los ahorros de toda su vida. Entonces se suicidó arrojándose al río East. La dirección del Club optó por prescindir de los servicios encomendados al «taster» quizá porque, a partir de la segunda guerra mundial, los millonarios americanos ya no eran tan exigentes.

Entre tanto huésped ilustre como pasó por el «40 Wall Street» durante su último período laboral Paco Carro señalaba al duque de Windsor y a la señora viuda del presidente Roosevelt. Me dijo que el segundo banquete aún les había hecho sudar más que el primero siendo muy de temer que Mrs. Eleanor Roosevelt, que por lo que a la comida se refiere era tipo Atila, no llegara a estimar debidamente tanto esfuerzo por parte del personal.

Paco Carro había desembarcado en Nueva York el año 1920 y fue el suyo el último barco que salió de Vigo antes de que se promulgasen en los Estados Unidos las nuevas leyes regulando la emigración y que prácticamente hubieran debido acabar con la española —si las leyes no fueran leyes y los hombres hombres— ya que a nuestro país le correspondió un cupo ridículo, algo así como 250 emigrantes al año...

Paco había vivido de niño en la casa del peón caminero de Cecebre al pie de aquella histórica fraga (hoy desaparecida) que inspiró la novela de Wenceslao Fernández Flórez «El bosque animado». El padre de Paco se llamaba Félix Carro y era conocido en toda la comarca porque llegó a ser capataz de *firmes especiales* en la carretera de La Coruña a Betanzos. También la familia materna de Paco gozaba de un cierto renombre local, les llamaban «Os Caldereiros» porque vendían tinajas, vasijas y *filloeiras*.

Antes de marcharse Paco le prometió a su novia que volvería para casarse al año siguiente, y ella reaccionó de un modo raro: «Pues como no vuelvas me meto en un convento».

Si desde el punto de vista de la emigración estadounidense Paco Carro llegó en el momento oportuno desde el punto de vista laboral difícilmente hubiera podido elegir otro peor. En la dramática apertura de la crisis económica, cientos de miles de obreros parados se veían reducidos, un subterfugio para no incurrir abiertamente en la prohibida mendicidad, a «vender» manzanas por las calles. Transcurrieron catorce meses antes de que Paco Carro encontrara la vía de acceso a las cocinas del viejo hotel «Waldors Astoria», el cual estaba instalado en el mismo solar en donde hoy se levanta el altivo rascacielos «Empire State Building».

Entre los gallegos que trabajaban en las cocinas del «Waldors Astoria» figuraba un importante personaje que tenía en sus manos la contrata de mondar las patatas con lo cual se hizo muy rico y, mediante los buenos oficios de un paisano de Cecebre, logró Paco Carro tan conveniente acomodo laboral en la sección patatera. El paisano que le recomendó se llamaba José Chas, más conocido por *Che de Felipe*.

Francisco Carro ganaba 45 dólares al mes y, cada quince días, tenía medio domingo libre. Es muy de estimar el hecho de que habiéndose desarrollado su vida en circunstancias tan adversas, cuando regresó a España en 1929 Paco Carro ya había pagado religiosamente todas las deudas contraídas en razón de su viaje y de los primeros meses de forzosa inactividad y había ahorrado también lo suficiente como para instalar a sus viejos padres en una casa propia ¡con cuarto de baño!

Entonces preguntó por su antigua novia y le dijeron que, en efecto, se había metido monja. Era este un asunto un poco misterioso y embrollado y Paco prefería evadir el recuerdo. Regresó nuevamente a los Estados Unidos y, mientras vivieron, siguió manteniendo a sus padres y costeó a dos de sus hermanos los estudios hasta que se hicieron maestros; nunca se casó.

Me confesó que siempre había sido aficionado a la lectura, en su juventud escribió algunos versos, nada hubiera deseado tanto como llegar a ser un hombre letrado. Se acordaba de cómo, siendo niño, le habían encargado que le llevase unas truchas pescadas en el río Mero a la Condesa de Pardo Bazán y tuvo la suerte de ser recibido en Meirás por la eximia señora que más que una persona le pareció una estatua —tan semejante ya en vida al monumento de piedra de los jardines de La Coruña...

—Tú ya ves lo que pasa —resumía Paco Carro— emigra uno tan joven, llega a Nueva York, ve crecer esta ciudad, se nacionaliza uno americano y siempre pensando en *aquello*, siempre llevando a España como un peso en el corazón.

ROXMOR INN

SALPICADAS en las montañas de los Catskills, a unos 200 kilómetros al norte de la ciudad de Nueva York y en el Estado del mismo nombre, se encuentran infinidad de hoteles, pensiones, «motels», restaurantes y aún pequeñas explotaciones agrícolas en las que también admiten huéspedes.

Durante el verano aquello es un mosaico de razas y de nacionalidades. Existe, o existía cuando yo lo conocí, una parte netamente alemana, otra judía, otra polaca, otra española...

En la última se hallaban hoteles con nombres tales como «El Retiro», «El Escorial», «La Cabaña», «Vistahermosa»...

El paisaje era muy atractivo; por aquellas montañas cubiertas de abetos bajaban unos ríos bucólicos que luego alimentarían uno de los grandes depósitos destinados al abastecimiento de aguas del gran Nueva York. Todo hacía pensar en Suiza, allí se estaba muy lejos tanto del calor neoyorquino como de la presión de la sociedad tecnológica.

Me acuerdo haber visitado un pequeño rancho en donde vivía solitaria una vieja bastante extravagante y el rancho aún carecía de luz eléctrica. Por la zona pasaban los pescadores atraídos por unas truchas asalmonadas sin rival —fuera de las del Tambre. Como debido a la falta de emigración nuestra colonia iba lentamente decreciendo, algunos hoteles «españoles» habían admitido —muy a regañadientes— a los llamados «latinos» o «hispanos» (léase portorriqueños), gentes por lo regular alegres y muy amigos, según ellos mismos reconocían, de la «bulla».

Aquellos hoteles que cerraban las puertas a la «bulla» se ponían el dogal al cuello como le ocurrió finalmente al «Roxmor Inn» de nuestro buen amigo Avelino Castaños.

Castaños, que procedía de la Montaña, se había formado como cocinero de barco y su hotel era el fruto de largos años de trabajo y de austero ahorro.

Construido en parte con troncos y en un estilo rústico, el «Roxmor Inn» tenía una bonita estampa y, como Castaños cocinaba divinamente parecía injusto que estuviera siempre vacío mientras los otros —en los que se tocaba la guitarra hasta la madrugada— ya no sabían cómo acomodar tanto huésped.

De tal forma que Castaños, tras afaenarse duramente durante toda la temporada, acababa perdiendo dinero.

—Hay que resignarse, hoy sólo gusta la «bulla» —reconocía Castaños cuando salía a la terraza para charlar con la clientela.

Aquel hotel tranquilo y respetable hacía pensar en algún balneario gallego o asturiano, sólo que sin moscas. En un par de ocasiones vimos cómo se acercaban unos portorriqueños de alegres guayaveras, les desazonó la seriedad y volvieron grupas.

Aún durante la segunda guerra mundial Castaños económicamente si no ganaba mucho al menos se defendía pero ya los antiguos clientes se habían ido muriendo porque eran viejos y otros, ya pensionados, volvieron a España. Finalmente Castaños aburrido acabó vendiendo su hotel y en esta operación —nos dijo— perdió veinte mil dólares y veinte años de su vida.

Así pues ya no existe el «Roxmor Inn» tal y como yo lo conocí en 1952, ya no vive tampoco el bueno de Avelino Castaños quien falleció en Nueva York de cáncer y es de suponer que habrán muerto también algunas de las personas ancianas que, como doña Cecilia, conocí entonces.

Surge en mi memoria una silueta —fina y delgada con una vivacidad de pájaro— la de Anita, la camarera. Anita estaba muy amargada por lo siguiente: había nacido en Brooklyn, Nueva York, hija de un vizcaíno y de una catalana pero sus pa-

dres, que no estaban casados, se separaron a poco de ella nacer y Anita fue enviada a España, criándose en Baracaldo con la familia paterna.

De tal determinación era responsable —al decir de Anita— un primo de su padre, Ignacio de nombre, y como el mundo es un pañuelo, he aquí que también el tal Ignacio se presentó aquel año en el «Roxmor Inn» acompañado de su mujer y de su suegra.

Las relaciones entre Anita y su pariente eran más bien frías. Y no debido al hecho de que ella sirviera como camarera en el mismo hotel donde ellos se presentaban como huéspedes; estas diferencias no se acusaban en aquella sociedad que era la nuestra. Vivíamos en un mundo tan simple como natural, un mundo en el que todos nos habíamos desprendido de aquellas limitaciones clasistas que pudieran habernos distanciado. Nadie se molestaba en definir la democracia: era un estado anímico, un sentimiento del corazón.

Tan notable ausencia de barreras establecía en ocasiones un cierto predominio de la vulgaridad, pero nunco era agresiva, antes por el contrario tenía algo de confortable y de tierna; producía un cierto apaciguamiento en la mente torturada.

Anita me confesó que nunca le perdonaría a Ignacio el hecho de haberla arrancado de los brazos de su madre al mes de nacer.

Se había criado en Baracaldo y en una relativa comodidad porque su abuelo era capataz de los Altos Hornos, pero sufría por la ausencia y desconocimiento de su madre. El padre de Anita, que estaba embarcado y que acabó perdiéndose en el Mar de China, enviaba de cuando en cuando unos dólares para su mantenimiento. Anita juró que marcharía a Norteamérica a fin de encontrar a su madre. Llegó a Nueva York en el año 1940, cumplidos los 20 años. Fue a ver a su tío Ignacio y le preguntó por el paradero de su madre de la que, salvo el nombre, María Silva, y el lugar de nacimiento lo ignoraba todo. Ignacio le dijo que no sabía dónde estaba. Parece que, tras un intento de recuperar a la hija, la mujer había desaparecido de Nueva York. Era como si se la hubiera tragado la tierra.

Anita fue al Consulado de España y peregrinó por todas las Sociedades españolas pero María Silva no estaba registrada en ninguna parte. Fue en búsqueda de los viejos amigos de su padre sin resultado. Al fin uno le dijo que había oído acerca de su matrimonio con un vasco y de que estaba establecida en el Estado de Idaho. Estas nuevas pesquisas no dieron fruto. Anita puso un anuncio en La Prensa de Nueva York: «Se gratificará a quien facilite noticias acerca del paradero de María Silva, natural de la Barceloneta, España, que en el año 1919 tenía veinte años». Nadie contestó al anuncio.

—¿Cómo puede desaparecer una persona, sin dejar rastro? —se preguntaba Anita—. Yo estoy segura de que mi madre vive, quizá como aquí las mujeres pierden su apellido propio al casarse ahora es conocida como Mrs. López o Mrs. Fernández o Mrs. lo que sea, y hasta ella misma se ha olvidado de su apellido...

Durante meses y meses Anita lloraba de noche. Luego se fue haciendo a la idea de que nunca encontraría a su madre y se consolaba pensando que si ella había mantenido oculto su pasado, si estaba ahora felizmente casada y tenía otros hijos, acaso su repentina aparición podría provocarle más pena que alegría.

Era corriente que algunos emigrantes desaparecieran, como María Silva, de un modo misterioso. Con frecuencia solía yo recibir cartas de España en donde me pedían noticias —que nunca pude suministrar— acerca de un esposo, de un hermano o de un primo...

Ignacio habló nuevamente con Anita y le dijo:

—Es mejor para ti no haberla conocido, ella no era *buena*.

—Si tenía veinte años —protestó Anita— ¿cómo se puede ser tan mala a esa edad?

Ignacio se había hecho ingeniero en Norteamérica casándose luego con la hija de unos vascos, ya nacida en Nueva York. La suegra de Ignacio, que les acompañaba, era una mujer ya anciana que convalecía de una operación. Había llegado a Nueva York a fines del siglo pasado sin hablar más que vasco. Vivió siempre en Brooklyn y aprendió el español y el inglés olvidando el vasco. Su hija, la esposa de Ignacio, era ya una americana *típica* y hablaba el español con acento. Ignacio me dijo algo que me sorprendió: allá por el año 1920 España había exportado raíles a los Estados Unidos.

A doña María, la suegra de Ignacio, le gustaba mucho jugar al «bingo», lotería doméstica muy apreciada en los Estados Unidos.

Al caer la tarde se reunían en el gran hall que adornaban unas cabezas disecadas de ciervos y Anita, la camarera, cantaba los números en español y en inglés.

Muy aficionada también al «bingo» era la señora Cecilia pero una noche, en que por encontrarse doliente la suegra de Ignacio y se deshizo la partida, me contó su vida con mucho detalle.

Era una mujer de 75 años, flaca, nerviosa y enlutada que había llegado acompañada por una hija sordomuda.

—Ya ve usted —se lamentó— a mí que siempre me ha gustado tanto hablar y tener que pasarme los días sola con *esta*...

La sordomuda, notando que hablábamos de ella, se reía complacida. Me agarró por un brazo y me entregó un papel que leí. En él había escrito en inglés: «Soy sordomuda, tengo 39 años». Doña Cecilia dijo que la había tenido algún tiempo interna en una escuela pero que no había adelantado demasiado, sólo sabía escribir eso.

Me dijo doña Cecilia que su padre había tenido un taller en Calatayud y que fabricaba mantas y bufandas. Cuando ella tenía 24 años se casó con uno de los obreros de su padre que se llamaba Bonifacio y su boda no cayó bien entre su familia que en cambio había aceptado muy complacida al marido de su hermana que era Guardia Civil. «Bueno, ya sabe usted lo que pasa allí en España»— señaló la señora Cecilia con aquel tono especial que empleaban los emigrantes al referirse a las debilidades de la sociedad ibérica—..., así que el pobre Bonifacio, al verse desdeñado, se marchó a Torrelavega y se metió en una de las minas de potasa. Pero cuando Cecilia advirtió cuán peligroso era aquel trabajo no sólo aceptó de buena gana la emigración sino que la aceleró cuanto pudo.

Bonifacio marchó a Cuba, y de allí a los Estados Unidos, en el año 1900. Cecilia quedó en Torrelavega con cuatro hijos y uno más en camino. Desgraciadamente la moral de Bonifacio se vino abajo en la emigración y en vez de ahorrar dinero para su familia se lo gastaba en juergas. Amigos compasivos adelantaron a doña Cecilia lo necesario para el pasaje e ingreso en los Estados Unidos y se embarcaron en el vapor «Montevideo» que llevaba un cargamento de cebollas y olía malísimamente. (Cecilia devolvió hasta el último céntimo de la suma prestada).

Todo esto sucedió antes de que se establecieran las cuotas de emigración cuando para entrar en el *paraíso* americano bastaban treinta dólares.

Aunque doña Cecilia no me lo precisó es de suponer que el reencuentro del matrimonio trajo como consecuencia el nacimiento de la sordomuda pero esto fue lo úni-

co que aportó el desventurado Bonifacio quien cedió a su mujer el penoso encargo de alimentar a la familia.

Cecilia tuvo siempre una pensión, primero en Nueva York y después en Filadelfia, se defendió bien hasta que la depresión se llevó consigo hasta el último centavo de sus ahorros. Y es que aquella mujer valerosa y humanitaria se negó a echar a la calle a sus huéspedes, obreros españoles sin trabajo, y siguió manteniéndoles hasta el día en que ya le tuvo que pedir dinero prestado a su panadero, un gallego:

—Pero tan mal está usted señora Cecilia —se compadeció el gallego.

—Ya ve, me han dejado en la calle...

Fue entonces cuando doña Cecilia se trasladó, siempre con sus hijos, a Tejas y regentó una cantina en donde comían los obreros mejicanos que trabajaban para una empresa metalúrgica..

Eran unas gentes fieras, siempre dispuestas a empuñar sus cuchillos, y, por añadidura, no les gustaban los guisos aragoneses de doña Cecilia. Lo pasaron malísimamente pero, como le pagaba la Compañía un dólar a la semana por cada pensionista y era mucho dinero entonces, doña Cecilia aguantó estoica hasta que habiendo reunido una suma regular, doña Cecilia volvió a Nueva York y pudo adquirir una casa en Astoria. Ahora ya los hijos mayores se habían casado y la señora quedó con la sordomuda.

Esta se pasaba los días a la puerta de la casa.

—Todos la conocen en el barrio —aseguró doña Cecilia— y son muy cariñosos con ella, le dan caramelos, le hablan.

—¿Entiende?— preguntó alguien.

—Algunas cosas...

La sordomuda volvió a coger un papel y escribió: «Soy sordomuda, tengo 39 años...»

En la terraza Avelino Castaños, que era un patriota, se lamentaba de que, a cuenta de la presunta nacionalidad de Cristóbal Colón, los pícaros italianos neoyorquinos nos hubieran arrebatado toda la gloria del *descubrimiento* de América y que aún llegaran en su atrevimiento hasta organizar aquella ridícula mascarada que desfilaba todos los 12 de octubre por la Quinta Avenida.

—Y yo les digo que Colón sería judío, o sería gallego, o que sería chino... cualquier cosa menos italiano, eso de que nació en Génova son mentiras que han inventado los políticos del Bron para recoger votos, si nosotros los españoles dispusiéramos de la misma cantidad de votos, ya verían ustedes qué rápidamente naturalizaríamos a Colón como pontevedrés o como ciudadano de Calatayud igual que la Dolores y que la señora Cecilia aquí presente...

—Mire usted Castaños, yo no entro ni salgo en lo de Colón— le respondió muy digna la aludida— pero por lo que se refiere a la Dolores, yo no sé si usted ha leído la defensa de la mujer bibilitana...

—No señora, yo no he leído nada, yo soy un pobre cocinero que salió a los 12 años de su pueblo sabiendo malamente leer y escribir, así nos ha mandado España por el mundo adelante y así nos luce el pelo, porque, señores, nos han robado, nos han expoliado de nuestra *gloria* y son *ellos* los italianos los que han descubierto América, pues muy bien, que les aproveche, para lo que les vale...

Escuchando a Castaños —y aún creo verla con sus lentes tan historiados y un gesto amical de compenetración— se hallaba una coruñesa hija de una antigua cigarrera de la Fábrica de Tabacos, y estaba también —transido por la misma emoción patriótica— un antiguo minero asturiano que por haber cogido la silicosis vivía a

cuenta de la Seguridad Social y también estaba una húngara, que había caído por equivocación en el Hotel y a quien le gustó la comida, la cual sólo entendía a medias lo que se decía ya que apenas si chapurreaba el español.

Una luna redonda iluminaba las montañas idílicas y la noche era tan clara que, desde la terraza, observamos cómo los ciervos bajaban a beber al río. Luego que los vimos, Castaños sin reparar demasiado en una escena tan familiar (los ciervos bajaban muchas noches) continuó dándole cueltas a su tema favorito.

—Eso de que Cristóbal Colón nació en Italia es pura fantasía.

A pocos kilómetros del hotel de Castaños se hallaba una explotación agrícola a la que el turismo iba lentamente desviando de la ganadería ya que los huéspedes producían mayores beneficios que los terneros.

Un letrero en la puerta indicaba su hospitalidad:

«La Granja, tourist welcome».

Dicha granja había sido adquirida treinta años antes por un asturiano, De la Puente, y por un gallego, Marcos. Ambos habían pagado por la casa, muy primitiva y de madera, y por las fincas seis mil dólares a unos italianos y ganaron éstos 6.000 dólares allí mismo, en las montañas, trabajando en las cocinas del Hotel Gleenbrock que también era de españoles, (1).

Se habían dedicado primero a la crianza de cerdos, y de allí salían e iban directamente a las mesas del restaurante «Fornos» de Nueva York (propiedad de los gallegos Moure y Loureiro, el último casado con una hija de Valentín Aguirre) aquellos jamones y chorizos de tan marcado sabor ibérico.

Al socaire del desarrollo turístico, «La Granja» se fue reduciendo en el terreno agrícola —ya apenas si se preocupaban de los prados más alejados— mientras que aumentaban sus edificaciones hoteleras. Adosada a la primitiva estructura creció un nuevo pabellón capaz de albergar a 150 huéspedes. Esta ampliación le costó la vida a un hermano de Marcos quien cayó de la escalera mientras trabajaba en el tejado. Poco despues también falleció Marcos y ambos están enterrados en el cementerio del pueblo más próximo que se llama Fenicia.

Los dueños de «La Granja» no habían tenido hijos y cuando yo visité aquel lugar al frente del negocio aún seguía el matrimonio De la Puente y la viuda de Marcos. Tenían un cocinero gallego, natural de Bande, al que encontré preparando aquellos 60 pollos que diariamente les suministraban de otra granja cercana propiedad de unos vascos llamados Torréntegui.

Además de ser muy buen cocinero, Domínguez, que así se llamaba el gallego, era inclinada a filosofar y me dijo que uno de los mayores errores que el hombre puede cometer en este mundo es trabajar en exceso. Así él sólo estaba en activo durante los meses de verano.

Una vez que ya había acabado en la cocina, Domínguez solía bailar con las jóvenes huéspedes de «La Granja» al son afro-cubano de una pequeña orquesta que amenizaba las veladas. En el bar el mejor adorno lo constituían unos calendarios con motivos del folklore ibérico que regalaba una de las más afamadas tiendas de comestibles españoles de Nueva York: «Rodríguez, Ideal Market».

Aparte de Domínguez, en «La Granja» tenían un criado portugués que se cuidaba de las vacas, Patricio, y un camarero muy amable Pepe quien, a pesar de ser castellano, hablaba muy bien el gallego que había aprendido en Nueva York.

(1) Más tarde el hotel Gleebrock fue propiedad de un sadense, Juan López que también administraba otro hotel en Nueva York, el cual contribuyó poderosamente a la emigración de sus paisanos así como a su posterior acomodo en América. Al morir Juan López sus hijos vendieron sus negocios.

BENITO

CON Benito me unían muy especiales relaciones porque él había nacido en el Pazo de Miraflores. Así, en nuestro subconsciente Benito y yo teníamos apresadas y dormidas las mismas imágenes: los estanques, las estatuas de Minerva y Apolo, el cenador de las Mimosas, el de las Pasionarias, un sol inflamado y rojo posándose sobre la lejana torre de Hércules, la cohorte de mendigos los jueves que era día de limosnas... La posesión íntima de tales imágenes cobraba una tal manifiesta irrealidad en Nueva York que algunas veces las creía soñadas o vividas en otra vida. Puede que le ocurriera otro tanto a Benito; no lo sé.

Entre nosotros existía una diferencia generacional. Nacido en el año 1900 Benito tenía la misma edad que mi tía y la misma de la araucaria más grande del jardín del pazo, la plantada en aquel primer año del siglo y en la cual podían contarse los años por las ramas que, a la sazón, eran 53.

Antes de ser jardinero en el pazo de Miraflores, Rosendo Pampín, el padre de Benito, lo había sido también de los Quiroga y de don Aquilino «el Indiano» cuya fortuna —decían— provenía de la trata de negros. Gumersinda Fernández —la madre de Benito— era una mujer menuda, enlutada y triste que, en su juventud, había servido a doña Emilia Pardo Bazán como costurera en el pazo de Meirás.

Fue Benito compañero de juegos de mi madre y de mi tía y como les acompañaba también en las horas de clase llegó incluso a aprender algo de francés; las dos «señoritas» tenían una institutriz tan preocupada por su próxima muerte que, a fin de que no la cogiera desprevenida, dormía siempre con la mortaja debajo de la cama. Dicha institutriz que era francesa acabó casándose con un madrileño que se llamaba Rodríguez y, siempre con la mortaja preparada, vivió muchos años muriendo ya en una muy avanzada edad.

Benito ayudaba a su padre en las labores de jardinería pero aún le gustaba más servir como ayudante a Manuel, el antiguo cochero, que acaba de incorporarse a la nueva era del maquinismo.

Los domingos Benito, que era especie de Gil Blas, servía de monaguillo. Nunca aprendió muy bien los latines pero en cambio era maestro en despertar, tirándole de la casulla, al bueno de don Manuel, el párroco de Soñeiro, quien solía dormirse en el Evangelio.

En un baile de Oleiros, Benito Pampín conoció a Carmen Becerra que era una de las bellezas oficiales del Ayuntamiento.

Becerra, el padre de Carmen, era un buen carpintero especializado en hacer las galerías características de nuestra ciudad.

Becerra vio algunos defectos en la persona de Benito y, lo que más le censuraba, es que sirviendo para todo pues era muy mañoso no dominara seriamente ningún oficio. No obstante, como el interés de Carmen por aquel chico moreno, atractivo y simpático era muy intenso Becerra tuvo que deponer las críticas.

A poco de casarse Benito fue a La Coruña y, en el escaparate de aquella agencia de la calle Real, se fijó en un anuncio muy llamativo:

«Se precisan millones de brazos en Norteamérica».

Benito tenía un par de «brazos» que ofrecer a tan hospitalario mercado, lo que no tenía era dinero para llegar a él, no obstante, interviniendo como era de rigor la

usura, desembarcada felizmente en Nueva York en los mismos días en que su mujer daba a luz a su primer hijo, Julio, en Oleiros.

Era el año 1920. En vez de la tierra de promisión Benito se encontró con los «parados» de las manzanas. Ya al desembarcar, siguiendo el módulo más frecuente, rehusó dar un paso más. Ya había *saltado* el Atlántico ahora ya no se movería de las calles próximas al muelle, de la aldea gallega centrada en la «Cherry Street». Benito se alojó en la pensión, «Boarding house», de María Dans para quien traía una recomendación de una hermana que servía como «mandadera» entre La Coruña y Oleiros.

María Dans fue una mujer tan valerosa como María Pita y tan abnegada y bondadosa como Teresa Herrera (para citar sólo heroínas y *beatas* coruñesas como ella); es de justicia señalar su sacrificio a fin de que sirva de ejemplo para las nuevas generaciones. En los años de la depresión, María Dans no sólo no cerró las puertas de su casa sino que siguió manteniendo a los obreros sin trabajo que en ella vivían. Alimentó a docenas de compatriotas y, en su humanitarismo, consumió hasta el último de los dólares ahorrados y murió en la ruina.

María Dans, loada sea tu memoria.

Era fácil, en tan dramática incertidumbre, caer en manos de los «ganchos» que recorrían las zonas en donde se concentraban los trabajadores, seduciendo falsamente a quienes ya se sentían tan aburridos como abrumados por el destino.

A Benito le embaucaron para trabajar en la vía férrea de la «Pennsilvania Railroad». El «gancho» le prometió cinco dólares diarios por una jornada laboral de seis horas y tuvo que trabajar diez percibiendo un salario —una vez descontada la comida— de un dólar y veinticinco centavos. Les transportaban en vagones cerrados que sólo se abrían cuando se presentaba el capataz. Con Benito trabajaban 15 españoles y el más viejo no había cumplido 22 años. Iba con ellos incluso un niño catalán de 14. Recibían una sola comida al día que consistía en medio bisteck de cerdo, medio tomate, una manzana verde y un pedazo de pan duro. Así fue Benito de Nueva York a Pittsburg pasando más hambre que el lazarillo de Tormes y acabó con sus huesos en la cárcel por querer defender al pequeño catalán que había sido maltratado por el enorme y brutal capataz.

«Sea usted buen chico y vuelva a Nueva York», le dijo el juez al soltarle y Benito, por lo pronto, atendió la segunda recomendación.

Otro «gancho» le llevó hasta las Catskills en donde se estaban realizando una serie de obras públicas, entre ellas la del ferrocarril.

Marcos, el condueño de «La Granja» y su hermano, el que estaba trabajando en el tejado y se cayó de la escalera, no son los únicos españoles enterrados en Fenicia porque, según Benito, en este pueblo de extraño nombre fueron sepultados centenares de compatriotas.

Benito me contó que cientos de obreros habían perecido en un solo día, cuando se hundió uno de los túneles del ferrocarril. El mismo había vivido «en unas barracas rodeada de alhambradas y custodiadas por hombres armados».

★ ★ ★

De nuevo en la ciudad de Nueva York Benito trabajó en la construcción del túnel de la calle 52 que hoy une a la isla de Manhattan con Queens y asegura que también allí perdieron la vida muchos emigrantes. Luego llegó casi hasta la frontera del Canadá para la construcción del túnel de «Glenn Falls». En él trabajaban 5.000 obreros y se producían cinco bajas diarias. Benito pasó allí dieciocho meses y el balance resultó altamente desconsolador: había llegado con 18 dólares y salía con 22.

Cuando ya se vislumbraba el final de la crisis Benito encontró un trabajo menos peligroso aunque muy cansado y aburrido, el de lavaplatos. Se empleó en la cocina de la «Casa de Estudiantes Pobres» que había sido abierta por la filantropía de Rockefeller a la vera de la Universidad de Columbia. En la «Casa de Estudiantes Pobres» se llegaban a servir hasta quince mil comidas todos los días y para lavar los platos, aparte de Benito, estaban ocho más. Ninguno de ellos se tomaba excesivas preocupaciones a cuenta de la vajilla pero Benito llegó a batir todas las marcas establecicas por anteriores colegas rompiendo 500 platos en un solo día.

En 1926 Benito Pampín volvió a Galicia y allí conoció a su hijo que ya tenía seis años. En muy poco tiempo, y con su característica habilidad manual, se impuso en el oficio de carpintero e hizo dos bancos de roble que, en las décadas siguientes, adornaron el vestíbulo del Banco Pastor de La Coruña. Dichos bancos y su segundo hijo (una niña, Carmen) marcan su fugaz estancia.

En aquellos años había en Galicia tres clases de mujeres, las solteras, las viudas y las «viudas de vivos», durante gran parte de su vida incluida en el tercer estado Carmen Becerra se ganaba su vida, y la de sus hijos, trabajando como costurera en La Coruña. De cuando en cuando Benito enviaba unos dólares pero, con la guerra civil, perdieron toda relación

Benito en Nueva York desempeñó múltiples oficios desde portero de un hospital hebreo hasta encargado de la cantina del Club Hispano-Americano (400 socios). El empleo que mejor recordaba era el último, *ingeniero* (encargado de calderas y máquinas) del gran almacén Ginbel's y lo recordaba no porque parase en él más que en los otros sino porque fue allí donde le pilló un ascensor convirtiéndole en un pensionista del Seguro Social.

Sin duda Benito hubiera deseado traer a su familia de Galicia pero ni su propio *status* estaba claro a pesar de haber llegado a los Estados Unidos en el año 1920. Finalmente una prima maestra, Elena Becerra, tomó el asunto en sus manos y a ella se debe que el matrimonio Pampín se reuniera al cabo de 21 años de separación. Carmen y su hija Carmiña llegaron a Nueva York a bordo de «El Marqués de Comillas» en el año 1947 pero las leyes de emigración vigentes impidieron la entrada en los Estados Unidos a Julio porque tenía más de 21 años; el chico muy descorazonado se fue a Venezuela donde trabajaba como carpintero en un hospital.

Aun admitiendo que al dramatismo del caso cooperase abiertamente la conocida desidia de Benito, no existió tal desidia por parte del matrimonio Cabral el cual se pasó unos cuarenta años luchando por obtener un permiso de emigración para sus hijos mayores que habían quedado en Vigo, otros ejemplos semejantes podrían ser citados. Aquella separación arbitraria de las familias para mí era la parte más hiriente de unas leyes que —por lo que a nuestra colonia se refiere— eran intrínsecamente crueles y —digan lo que quieran los bien pensantes— discriminatorias. (1)

Ya en Nueva York la mujer y la hija de Benito Pampín se acomodaron en uno de los talleres israelitas del barrio de la confección. En muy pocos meses de manos de la hija salían diariamente treinta abrigos de niña, mientras que la madre confeccionaba trescientos cuellos diarios. Carmiña Pampín, que era tan mona como lo había sido su madre, comenzó a frecuentar la «Casa de Galicia de Unidad Gallega» y fue allí donde conoció a su futuro marido, Emilio Lorenzo, nacido en Vigo, quien había llegado a Norteamérica a los diez años y trabajaba en una fábrica neoyorquina donde producían piezas para motores de aviación.

(1) En años posteriores y, por lo que se refiere a la unión familiar, las leyes fueron modificadas en un sentido más humanitario.

Cuando yo les encontré en Nueva York, Benito y Carmen vivían en la calle Madison, que era parte de la antigua aldea gallega creada en torno a Cherry Street. Era el suyo un viejo inmueble que hubiera sido ya derribado de no otorgarle un indulto temporal la guerra de Corea. Su casa estaba debajo del puente de Brooklyn por donde pasaban y repasaban los trenes en procesión incesante.

LA PROFESORA

DE paso que evocaba las idílicas montañas de Catskills, ha venido a mí el recuerdo de un personaje olvidado, la profesora Kuemmel-Schmidt.

No sería justo presumir de haber conocido mucho ni muy íntimamente a tan sabio personaje, pero la historia de su jubilación y posterior decaimiento me impresionó porque aún estaba yo en ese delicado período de la vida en que uno se siente afectado por cuanta tristeza se posa en el mundo y sufre no sólo por sus amigos sino tambien por los amigos de sus amigos.

Fraülein Kuemmel-Schmidt llegó a Nueva York dentro de la primera década del siglo, llevaba las trenzas atadas a la cabeza como una campesina bávara. En América se cortó las trenzas, perdió sus colores aldeanos y fue ascendiendo en la escala universitaria, primero fue *assistent professor* y cuando ya peinaba canas, *full professor*.

En la I Guerra Mundial, cuando el idioma alemán sufrió una pérdida de prestigio, la profesora Kuemmel-Schmidt trasladó su ciencia pedagógica a la enseñanza del español y del francés, idiomas que dominaba lo mismo que el italiano, el árabe, el ruso y alguno más.

Si bien conocía siete lenguas con sus correspondientes gramáticas, a la profesora a veces se le indigestaba tanto conocimiento y trabucaba palabras llamando «burro» a la mantequilla y cosas así.

Ya estaba la señorita muy cerca de la jubilación pero nunca hablaba de ello. Eran sus amigos quienes se obstinaban en planificar su futuro: debería trasladarse a Florida, allí donde el clima es tan bueno, allí donde Ponce de León buscó la fuente de la eterna juventud, ¿qué haría sola en Nueva York?. En verdad no es ciudad para viejos... ¿y no era ya hora de que la señorita K-Schmidt se tomara un merecido descanso? Llevaba 37 años — ¡qué barbaridad, repetía yo estremecida, 37 años!— enteramente dedicada a la enseñanza.

Sin embargo, como la profesora K-Schmidt no parecía resentirse del natural cansancio, en vez de planificar su futuro extremaba la actividad: clases, reuniones, ensayos, funciones teatrales. Un par de veces en el invierno los más íntimos, entre sus colegas universitarios, eran invitados a unas veladas tan solemnes como aburridas. Ella tocaba el piano, su compañera y amiga (otra alemana de su misma edad) cantaba baladas germánicas. Luego ofrecían *Kaffee und Küchen* y, en previsión de la asistencia de algún profesor no abstemio —nunca se dio el caso— guardaban un coñac español en una vieja botella que un día había contenido sales de baño.

Ambas señoritas residían en el Riverside Drive, sus habitaciones, limpias, ordenadas y un poquito cursis, se abrían al río Hudson. En una jaula de plástico tenían un jilguero y muchas plantas cabe al balcón.

Llegó como era inevitable, el día de la jubilación de Fraülein Kuemmel-Schmidt y fue precedido por las conocidas disposiciones académicas, un banquete, discursos, orquideas, abrazos... Vistió la profesora un traje de color violeta y tuvo la singular idea de prenderse en el pelo unas flores tan marchitas como su rostro.

Explicó que, en vez de irse a Florida como le habían aconsejado, permanecería en Nueva York con su amiga, la cual también estaba en situación de retiro. Ahora

este propósito pareció admirable. Sí, mejor es no cambiar abruptamente de vida, así al menos recomiendan sociólogos y psicólogos, no moverse, permanecer en donde uno ha vivido siempre... La profesora Kuemmel-Schmidt respondió al agasajo con un discurso en inglés pero una parte del mismo fue dicho en alemán y otra parte en francés. Sin duda era ya tiempo que tan digna profesora se retirara y se reposara.

—No me olviden, no me olviden —suplicó al despedirse.

Y así lo prometieron todos los asistentes al ágape y sin duda eran sinceros en aquel momento dramático (sí, *dramático* a pesar de todo) de la despedida cuando la profesora Kuemmel-Schmidt les abrazaba con su orquidea ya mustia en la mano, pero las promesas son sólo promesas y Nueva York es Nueva York. A los pocos meses ¿quién se acordaba de la profesora Kuemmel-Schmidt?

37 años de su vida dedicados a la enseñanza y ahora nada. Nada de nada.

★ ★ ★

Mis amigos que también lo habían sido de la señorita K-Schmidt ocupaban una sola habitación en la calle 57 Oeste. De noche los sofás se transformaban en camas. Si tenían algún visitante la cocina, generalmente a la vista, se ocultaba tras un biombo.

Años más tarde se trasladaron a otra vivienda ya más amplia, dotada de mayores comodidades pero en el año a que estoy haciendo referencia aún vivían en aquella sola habitación. Y así una mañana, cuando se disponían a desayunar, les sobresaltó el teléfono interior y aquella voz que les traía inesperado mensaje:

—Allo... soy la profesora Schmidt...

—¡La profesora Schmidt! pase, pase —y mi amiga pulsó el botón que abría automáticamente la puerta del portal. Asustada se volvió a su marido. «¿Pero qué diablos querrá a estas horas?». Y mientras la visitante subía en el ascensor trataba de poner un poco de orden en el cuarto.

—¿Le ocurre algo profesora Kuemmel-Schmidt?

—Nada, nada, es que como les quiero tanto sentí deseos de hacerles una visita —cogió la mano de mi amiga y se la llevó a los labios, un gesto que la dejó desconcertada y sin saber qué hacer:

—¿No querrá desayunar con nosotros? mire aún está el café caliente —le dijo para disimular su turbación.

La profesora desayunó con regular apetito. Luego dijo que venía a invitarles a pasar la Navidad reunidos. Conocía un hotel alemán muy bueno en los Catskills (he aquí que yo relacionara el recuerdo de la profesora alemana con las montañas de que hablaba anteriormente, yo misma conocí a la sabia señorita en un par de ocasiones y hasta una vez tuve la suerte de ser invitada a una de las veladas musicales, si bien por alguna razón de peso me fue imposible asistir a la misma); y mis amigos lamentaron el hecho de tener ya un compromiso previo para ese día.

—Entonces lo dejaremos para el primero de año —dictaminó la profesora.

No se atrevieron a negarse; después de todo la señorita K-Schmidt les había ayudado mucho cuando llegaron a Nueva York y ahora, ya retirada, no podían hacerle un feo.

★ ★ ★

¿Existía realmente aquel hotel alemán de los Catskills?

Después de rodar durante un par de horas por caminos helados, y en un paisaje que recordaba al de las postales navideñas, desistieron de encontrarlo y mis amigos

—tal vez un poco descorteses— decidieron regresar a Nueva York. Tras la fracasada excursión la señorita K-Schmidt no volvió a dar señales de vida en muchos meses hasta que un día —acordándose con algún remordimiento de su existencia— mi amiga decidió visitarla.

Llamó varias veces al timbre sin obtener respuesta, pero luego, observando que la puerta estaba entreabierta, la empujó y entró en la casa. Aquellas dos aseadas habitaciones se habían convertido en un zaquizamí, por el suelo a más de papeles, latas, botellas y ropa vieja estaba tirada la jaula del pájaro, incluso se descubrían desperdicios de comida... En el medio de aquel espantoso desorden descubrió una mesa perfectamente dispuesta, con un mantel, cuatro puestos, la correspondiente cubertería, los vasos y no faltaba un detalle incluyendo los saleros y dos pequeños candelabros de plata. Ante esta mesa se hallaba sentada la profesora Kuemmel Schmidt vistiendo el mismo traje violeta del día de su jubilación:

—Buenas tardes profesora Schmidt, casualmente pasaba cerca de su casa y me dije ¿por qué no hacerle una visita? No se me ocurrió que tuviera usted invitados...

La profesora no le respondió ni hizo ademán de reconocerla pero, del fondo de la habitación, surgió la voz cascada de la amiga:

—Yo le diré lo que pasa, está loca, ahora le ha dado por decir que espera unos invitados de Wall Street y todas las tardes prepara para ellos la mesa y se sienta a esperarles... ¡Dios mío que vida la mía! Un año ciega y viviendo con una loca...

Poniéndose en pie, la amiga de la profesora Kuemmel Schmidt se puso a golpear el suelo con su bastón mientras insistía:

—Le digo que está loca, completamente loca...

—¿Y qué podía yo hacer —me contó luego mi amiga— comprendí que su locura se había iniciado hace tiempo, que ya no estaba en sus cabales cuando nos llevó a los Catskill, luego supe que otros colegas estaban al corriente pero habían preferido no intervenir. Y como ninguna de las dos tenía familia... De modo que yo también fui cobarde y rehusé meterme en líos. Sin añadir una palabra más fui retrocediendo hasta la puerta y dejé solas a las dos viejas. Pero desde hace algún tiempo estoy soñando con la profesora K-Schmidt y siempre la veo sentada ante aquella mesa, y luego me despierto sobresaltada con una cosa rara en el pecho, es como si hubiéramos vuelto al 36 y estuviera otra vez saliendo de España...

EN WASHINGTON SQUARE

SIEMPRE que me acuerdo del *Greenwich Village* me acuerdo de *Washington Square* —los existencialistas, la fuente sin agua, la chica rubia con su niño mulato, los perros de las solteronas— y siempre que me acuerdo de *Washington Square* me acuerdo de Francisco Gabín Dopico quien solía comparecer en la histórica plaza todos los días a eso de las tres.

Yo siempre le vi solo. Solía acomodarse en un banco en el norte de la plaza, cerca de la Universidad. A veces estaba quieto, cruzadas las manos sobre las rodillas pensando o acaso dormitando. A veces sacaba del bolsillo un número atrasado de «La Prensa» y se ponía a leer. Francisco Gabín Dopico era un hombre de unos sesenta y tantos años, mediana estatura, delgado, los ojos pequeños y vivaces y una nariz amoratada reveladora de sus apetencias.

Apetencias que el propio interesado confirmó con amable sinceridad añadiendo que le conocían en todos los bares hispanos de Nueva York. Parecía estar muy orgulloso tanto de este conocimiento universal como de su buena reputación:

—Yo tengo «crédito» en los bares... y sepa usted que tener crédito es la cosa más importante del mundo, es incluso más importante que... —vaciló un momento buscando un punto grave de comparación— tener salud.

Me contó que era nacido en Chantada, a dos leguas de Betanzos, en la provincia de La Coruña, que fueron siete hermanos y de los siete emigraron a las Américas seis.

—Me vine para «acá» —añadió— recién cumplidos los 16 y el dinero del pasaje se lo pedí prestado a un «rico» de Betanzos.

En pos de Francisco emigró otro hermano más joven, el cual se casó en Nueva York y enviudó a los tres años de la boda. Este hermano luego se murió de pena. En el año 1925 Francisco volvió a España reclamado por su madre que deseaba verle por última vez antes de morir. Felizmente la madre de Francisco no se murió entonces sino que vivió hasta cumplir los 94 años falleciendo en 1945.

Francisco Gabín Dopico era soltero. En aquel viaje para despedirse de su madre moribunda —nunca más volvió a España— había conocido en La Coruña a una chica que se llamaba Isolina García Fernández y que tenía el pelo rojo como una brasa. Se escribieron durante algunos años hasta que un día ella le dijo en una carta: «Ya está bien, déjame en paz», y se interrumpió aquel intercambio de misivas tan dulce para Francisco.

Durante muchos años Francisco Gabín Dopico residió a orillas del Hudson, cabe a los muelles, en un barrio densamente poblado por españoles y cuyo centro era una calle también llamada Washington como la plaza, tuvo allí montado un negocio de billares (en el que metió sus ahorros de marinero) que le hubiera dado mucha ganancia si no hubieran derruido aquel barrio a fin de construir la autopista que circunvala la isla de Manhattan.

La autopista le había arruinado el primer negocio y el segundo —también de billares y en la calle Greenwich donde vivían muchos gallegos— se vino abajo a consecuencia de la depresión. No obstante Francisco Gabín Dopico, hombre de buen conformar, no se sentía amargado por los sucesivos fracasos y aun reconocía que nunca llegó a pasarlo mal:

—Siempre tuve cinco «pesos» en el bolsillo, y mucho «crédito» que es lo que más importa.

Incluso en algunos aspectos se consideraba afortunado:

—Ya ve usted, tengo seis trajes colgados en el armario, alguno ni lo he estrenado tan siquiera...

Vivía muy cerca, en el Greenwich Village, y se alojaba en la casa de otro coruñés, José Bellón, el cual era muy conocido y estimado en nuestra colonia porque solía tocar la gaita tanto en los romerías de «La Nacional» como en las de «La Casa de Galicia de Unidad Gallega».

De cuando en cuando sus patrones le regalaban algún sombrero de los de desecho. Y así en verano siempre se cubría con un «jipi» y en invierno con un flexible en buen estado. Aparte de aquella nota de distinción, Francisco —aun teniendo aquellos seis trajes colgados en el armario— andaba de lo más desastrado.

Había momentos en que dejaba de hablar y se quedaba mirando fijamente hacia la fuente sin agua. aunque estoy segura de que no la veía como no veía tampoco a los existencialistas desplomados a su vera, su mirada remontando la plaza y el océano se posaba en La Coruña de 1925, y luego invariablemente me decía:

—Una vez en los Cantones, allí junto al Obelisco, conocí a una Isolina García Fernández, mujer alta, fuerte y se la distinguía muy bien por el pelo rojo; nos escribimos durante años y luego todo quedó en nada. Oye rapaza —y de pronto me tuteaba— ¿no sabrás tú algo por casualidad de la tal Isolina?

Y me miraba incrédulo mientras yo le respondía que no.

Pasados unos años, y hallándome de regreso en La Coruña, un día, leyendo uno de los periódicos locales, me fijé en una de las esquelas. La muerta, al parecer soltera, se llamaba Isolina García Fernández.

¿Era ella la *Isolina* que evocaba Francisco en las tardes tristes de Washington Square? Y, mientras me preguntaba con tanta insistencia ora si la conocía, ora si sabía de ella ¿no sería que en el subconsciente ya Francisco adivinaba que yo iba a leer la noticia de su fallecimiento?

JUAN GALLEGO CORPORATION

A veces, por las calles del bajo Nueva York, uno veía pasar unos camiones que en la portezuela llevaban pintada la bandera española y, debajo de los colores rojo y gualda, un letrero:

«Juan Gallego Corporation».

Estos camiones salían de una agencia de transportes sita en la calle 25, propiedad de un emigrante que era dos veces «gallego», por la nacionalidad y por el apellido, y con el cual nos unieron unas relaciones de carácter comercial y después personal porque este Juan Gallego era una de las personas más bondadosas que he conocido en mi vida.

Juan Gallego era natural de Mugardos, La Coruña; sus padres, que se llamaban José y Severina tuvieron 14 hijos de los cuales 7 —5 varones y 2 hembras— emigraron a las Américas.

Antes de marchar los hijos ya había emigrado temporalmente el padre, arruinado como tantos pescadores de *vela*, por la aparición de los «bous».

A Juan le llegó su turno de emigrar a los 14 años. Se embarcó en La Coruña, en el vapor «La Navarra» y desembarcó en La Habana en donde estuvo unos meses. Todavía vestido a la manera cubana, con pantalón blanco y pajilla, desembarcó en Nueva York en una mañana de invierno, allá por el año 1912.

En aquellos años para entrar en los Estados Unidos de Norteamérica bastaba tener veinte dólares (luego, según creo, la cantidad se elevó a treinta) y enseñarlos al pasar la aduana.

Calculaban las autoridades que el poseedor de dicha suma ya no iba a vivir a cuenta de la beneficencia del Estado.

Una vez embarcado Juan Gallego se martirizaba pensando que no tenía los veinte dólares.

—No te preocupes —le tranquilizó un tal Manuel Moncebo de El Ferrol feliz poseedor de una moneda de veinte pesos «oro»— primero la enseño yo y luego te la paso a ti.

La operación se realizó con éxito y, al desembarcar, los dos muchachos cayeron en manos de un agente de embarque que primero les llevó a una «boarding house» (donde dormían en literas y en condiciones antihigiénicas) y que después les metió como fogoneros en un barco. Era lo usual.

Se recordaba en la colonia los nombres de tres agentes de embarque coruñeses: Moscoso, López y Barral. El primero era natural de Mera y los dos últimos de Sada. Ya al final de su vida Barral edificó una lujosa villa en su pueblo natal majestuosamente adornada con dos banderas, la norteamericana y la española.

Juan Gallego y Manuel Moncebo navegaron unos meses juntos, luego se separaron y nunca Juan Gallego supo más del ferrolano; era como si se lo hubiera tragado el mar.

Juan Gallego trabajó primero como camarero en el «Waldorf Astoria» y al poco tiempo —ya metidos en la guerra del 14— la coyuntura bélica le sugirió la conveniencia de abrir una posada en Nueva Jersey. Con las fábricas trabajando a toda presión se habían congregado allí una gran cantidad de obreros y no pocos entre ellos procedían de Galicia. Finalizada la guerra cerraron algunas fábricas y menguó

el trabajo. Juan Gallego entonces repasó el río y se instaló en pleno centro de la llamada aldea gallega, en Cherry Street.

—Me puse a pensar —recordaba— en un negocio que no fuera un cafetín, que era lo primero que se les ocurría a todos. Y cavilando cavilando caí en la cuenta de que una de las cosas que más necesitaban los doce mil españoles de Nueva York era una agencia de transportes hispana. Así me prometí «yo fundaré la primera».

Juan Gallego no sólo no tenía experiencia sino —lo que era peor— no tenía ni cinco centavos. No obstante consiguió un crédito para comprar el primer camión, alquiló un local en la misma Cherry Street, colgó un rótulo sobre la puerta que decía «Spanish American Express» (más tarde cambiaría este nombre por el de *Juan Gallego Corporation*) puso un anuncio en «La Prensa», y se sentó a esperar la llegada de los primeros clientes.

Fue así como inició su vida comercial Juan Gallego quien, durante la guerra civil española, llegó a enviar desde Nueva York a La Coruña más de cien mil paquetes.

Juan Gallego, en la época en que yo le conocí, era un hombre alto y voluminoso, siempre muy atildado, al que más de una vez habían confundido con don José Calvo Sotelo, una comparación que le halagaba extraordinariamente ya que Calvo Sotelo era uno de sus ídolos.

En el año 1929 había tenido la fortuna, para él inolvidable, de ser invitado por el gobierno de la Dictadura a un Congreso en Sevilla. Juan Gallego asistía en calidad de representante de la Cámara de Comercio española de Nueva York. Hizo el viaje a España en compañía de otros invitados ilustres, entre ellos el cónsul general en Nueva York, don Rafael Casares Gil.

Durante la travesía, en el «Alfonso XIII», Juan Gallego apenas si podía dormir y le daba por acordarse de lo mucho que había llorado cuando, con 14 años, emigró en «La Navarra». Y era curioso que aquel dolor repercutiera ahora y aun pareciera intensificarse en su pecho cuando volvía al mismo puerto de La Coruña en tan brillantes circunstancias.

Antes de atracar el barco fueron ya saludados por un representante del Alcalde (el pintor Sotomayor), por el presidente de la Cámara de Comercio y, representando a la Real Academia Gallega, por don Manuel Casás quien pronunció un discurso quedando Juan Gallego enamorado de su elocuencia.

Calvo Sotelo envió un telegrama saludándoles al pisar tierra española.

La misma motora en que habían venido las primeras «autoridades» volvió al muelle para recoger a los padres de Juan Gallego, José y Severina, y Juan Gallego entre el discurso, el mensaje calvosotelista, la llegada a la ciudad herculina y la perspectiva de reencontrar a unos padres a los que no había visto desde los 14 años no podía ya ni hablar de la emoción.

—Pero cálmese usted hombre —le suplicaba el Cónsul General de España.

No menos emocionada estaba Severina quien al subir al barco se confundió y creyendo que la estatua de Alfonso XIII era la de un santo se arrodilló piadosamente para agradecerle el feliz retorno de un hijo al que las Américas devolvían convertido en «ilustrísimo». En cuanto al padre de Juan Gallego aquel día, por primera vez en su vida, probó el vino.

Aquel viaje a España resultó trascendental en la vida de Juan Gallego pues no sólo tuvo la dicha inconmensurable de conocer personalmente al general Primo de Rivera, a Calvo Sotelo y a otras personalidades de la alta política nacional, sino que

también, interviniendo Cupido y ya en el viaje de regreso, conoció a la que luego sería su mujer, María Teresa, cubana hija de españoles.

☆ ☆ ☆

En unión de Francisco Cividanes, de Juan Suárez y de otros entusiastas, Juan Gallego figura entre los fundadores del equipo de fútbol «Galicia Sporting Club» que hizo muy buen papel llegando incluso a campeón de los Estados Unidos en su categoría.

El equipo de fútbol sirvió como nodriza de una de las más importantes sociedades con que contaría la colonia: «Casa de Galicia de Unidad Gallega», que nació modestamente en una calle «española», la 14 y que luego se trasladó a un edificio propio en Unión Square que les costó sesenta mil dólares.

Entre las sociedades españolas más populares en aquellas tres primeras décadas del siglo, se contaba «La Unión Benéfica», presidida por el catalán Camprubi, que fue el fundador de «La Prensa» de Nueva York y era hermano de Zenobia, esposa de Juan Ramón Jiménez. Algunos emigrantes le reprochaban su excesiva elegancia «es buena —decían— para socios de chistera». «La Unión Benéfica», que tenía casa propia en la calle 1, acabó fundiéndose con «La Nacional» que se encontraba en la calle 14, cabe a la tienda de comestibles de la señora Monereo.

Aparte de los centros regionales —andaluz, vasco, asturiano, etc.— existían también muchas otras sociedades algunas ostentando nombres tan seductores como «La Cosmopolita» y «La Aspirante».

La guerra civil española deshizo toda la camaradería existente entre los miembros de una colonia que habían pasado por muy similares experiencias, que habían sido víctimas de la misma injusticia social y que habían sufrido la misma saudade.

Aquel pasado común, aquel largo y penoso esfuerzo realizado en tierra extraña y en condiciones tan adversas, quedaba borrado bajo la irreconciliable escisión de las ideologías: unos como Juan Gallego eran de *derechas*, los otros eran de *izquierdas*. (1).

Más de una vez Manuel pena me enseñó unas fotos en color en donde se podía apreciar la magnificencia de aquel reloj por él impuesto a la iglesia parroquial de Ribas de Sil.

---

(1) También entre la pacífica y democrática colonia española de Nueva York se desencadenó una «guerra civil», aunque por fortuna menos cruenta que la peninsular.

A lo largo del difícil período se destacan ejemplos de sacrificio y valor personal como en el caso de José María Torres Perona que dimitió de su cargo como subdirector de «La Prensa» el día en que este periódico declaró que estaba a favor de la República.

Nacionalista acérrimo, «Perona» —como generalmente se le llamaba—, formaba parte de aquel elemento «chic» de la colonia que, por lo regular, compartía también sus mismos ideales. Ya viejo cuando yo le conocí aún Perona conservaba un físico impresionante. Parecía un hidalgo del Greco. Su padre había sido el último gobernador de España en Manila y José María había nacido en Filipinas antes de 1898. Salió de las islas al mismo tiempo que salía la bandera nacional y, ya en Madrid, fue alumno de los Jesuitas y estudiante de leyes, aunque no sé si llegó a licenciarse.

Jose María Torres Perona llego a Norteamérica como secretario de Rubén Darío y posteriormente en Nueva York desempeño la única profesion abierta a sus dotes y talento, el periodismo en las diferentes publicaciones y diarios de habla hispana.

Perona, que mantuvo largamente su apariencia juvenil hasta que de la noche a la mañana se convirtio en un anciano, había sido pollo de todas las salsas moviéndose en la misma sociedad que «Toñico». La vejez determinó la apertura de un amargo período de soledad, tal vez aún más acusado por cuanto la pe-

Y no sólo a su pueblo, en realidad a Manuel Pena le gustaba regalar relojes a todo bicho viviente. Era un hombre muy generoso. También a mí me hizo obsequio de uno singularmente historiado en donde resplandecía mi nombre unido al de la «Casa Pena».

Manuel era un tipo muy interesante. Había sido jardinero del presidente Teodoro Roosevelt y debido a su familiaridad con el presidente (dice que le hablaba mucho y siempre en español) se le quedó impreso un afán de grandeza que se revelaba a la vez alimenticio, colonial y patriótico.

Así rezaba la propaganda de su establecimiento:

«Pena's Spanish Store. 163617 Street, N. W. Emporio Español y Latinoamericano establecido en 1922. Importador y proveedor de las embajadas y hogares de personalidades prominentes de Washington. Comestibles sabrosos y alimenticios, de las mar-cas (sic) más acreditadas de España, Francia, Italia, Portugal y la América Latina. Aceitunas reina, manzanilla, Turrón de Alicante, Almendras garapiñadas y al natural; Nueces, Castañas, Higos, Pasas de Málaga, Queso, selectos Cafés Tropicales y de Moca; Té mate, Chorizos, Pimientos, Garbanzos, Fríjoles, Tortillas Mexicanas, Exquisitos Vinos para Postres; Substancioso ACEITE ESPAÑOL. Recomienda especialmente el famoso.

VINO TINTO MARQUES DE RISCAL

para enriquecer el sabor de las comidas y alegría de los comensales.

Uno de los principales clientes de la casa era —curiosamente— la embajada de la Unión Soviética por cuyas cocinas entraba Pena como Perico por su casa.

Todos los años en vísperas de la Navidad Pena, que aparte de sus actividades comerciales, era tambien muy aficionado a escribir, editaba un «boletín social» dando cuenta de las actividades y traslados de su distinguida clientela.

En uno de sus boletines, que para mayor facilidad de lectura y difusión internacional tenía un carácter bilingüe, podía leerse lo siguiente:

«El señor y la señora de Manuel Pena desean la más ambicionada Felicidad en el año 1953 al presidente electo héroe inmortal General Dwight D. Eisenhower y a su gentil y cautivadora señora Esposa y su honorable familia...».

Como no era cosa de desairar a los que se iban, Manuel Pena felicitaba también a Truman y a su esposa, extendía luego la felicitación pascual a las altas personalidades políticas del país y a los representantes en la Organización de los Estados Americanos así como «a los que nos favorecen con su consideración».

En el mismo boletín Manuel Pena dirigía una larga carta abierta al Presidente electo expresándole su alegría:

«La resonante victoria política de usted habiendo sido elegido por una mayoría del pueblo para llevar al puerto de la Gloria el barco de la nación democrática (se incluye un dibujo de Eisenhower al timón con la Estatua de la Libertad a la espalda)... ha demostrado que los ciudadanos libres conocen a sus hombres más de lo que algunos de sus temporales mandatarios piensan...».

A la presidencialista se unía la devoción a LAS REPUBLICAS AMERICANAS:

«Astros autónomos que no necesitan pedir luz prestada a ningún sol para señorear su brillo en el firmamento del progreso».

Sería también impropio suponer que tan exaltada inclinación republicana y democrática llevara al amigo Pena hacia el reprochable olvido de su madre patria:

«Al despedir el año 1952 en este humanitario país que les ha dado abrigo bondadoso, el Señor Don Manuel Pena y su Señora Esposa Doña Avelina de Pena recuerdan afectuosamente a sus parientes y amigos que residen en la inolvidable patria, la Gloriosa España...».

Pero a mí no me engañaba el boletín, ni el rotundo optimismo de Manuel Pena exultantes garbanzos y fríjoles, yo sabía entre que el orgulloso propietario de «Pena's Spanish Store» sufría de una intensa morriña. ¡Cuántas veces nos habló de retirarse y de pasar su vejez en Ribas de Sil! Pero las horas de Manuel Pena estaban ya contadas y no por el reloj donado a su parroquia. Aquel trabajo tan duro de su juventud, aquella América devoradora de emigrantes le había quemado. Lo mismo que Manuel Moure falleció prematuramente.

---

nosa escision de 1936 aún repercutía en la sociedad ibero-neoyorquina de lo años *cuarenta* y *cincuenta*. Calculo que fue a fines de 1951 cuando una noche le encontramos solitario en «Fornos». Vino a nuestra mesa y charlamos largamente. Recuerdo su frase de despedida: «Gracias por haberme acompañado, no saben untedes que terrible es, para un viejo, vivir en una ciudad donde todo el mundo tiene prisa». El día 5 de diciembre del año 1952 leí en «La Prensa» de Nueva York la noticia del fallecimiento de Jose María Torres Perona acaecido en la ciudad de México. Luego supe que su muerte había sido precedida por un período de demencia y que habían llegado incluso a recluirle en un manicomio.

He citado el nombre de «Fornos», este restaurante gallego de Nueva York era un ejemplo de rara armonía política ya que nunca sus dueños, que militaban en diferentes campos ideológicos, permitieron que sus discrepancias políticas se acusaran en el negocio, allí se recibía con los mismos honores tanto al príncipe de Asturias como al aviador Ramón Franco en la época en que éste sirvió como agregado en la embajada de España.

Debo señalar que la estancia del príncipe de Asturias en Nueva York impresionó fuertemente a nuestra colonia y se dio el caso peregrino de que algunos de sus miembros, modestos personajes de la emigración, llegaron a relacionarse personalmente con aquel joven pálido que hubiera podido ser su rey.

El príncipe, y no lo digo por los emigrantes, tenía poca fortuna en la elección de algunas amistades y su estampa, con aquellas piernas siempre vendadas, sobrepasaba en algunas tristes veladas, el patetismo para llegar incluso a los límites donde comienza la tragedia. Estaba ya marcado por el destino para morir, como murió, en accidente hallándose, según dicen, en compañía de una extanguista a la que había conocido en un cabaret.

Manuel Moure, lucense, y *Agustín Loureiro*, coruñés, fundaron «Fornos» alrededor del año 1923. Tanto el restaurante como los dos socios propietarios llegaron a ser tan importantes en la vida social de nuestra colonia que, cuando falleció Moure —ya dentro de los mismos años *cincuenta* en que yo le conocí— «La Prensa» dio la noticia de su muerte en la primera página.

Manuel Moure, panadero en su juventud trabajó en la tahona propiedad de la familia de Pío Baroja al que había conocido y del que siempre se acordaba. Orgulloso de la prosperidad de su negocio, Moure aún lo estaba más de aquel reloj moderno, que él había adquirido y que luego mando colocar en la vieja Iglesia románica de Saviñao. Ahora recuerdo que, cuando ardió el monasterio de Samos, Manuel Moure nos mandó llamar con mucha urgencia pues había pensado en formar un comité que se encargara de su restauración.

Cuando ya muy enfermo sintió que le rondaba la muerte, Manuel Moure quiso volver a Galicia para ser enterrado en el mismo pueblo donde había nacido.

Agustín Loureiro, continuó al frente del restaurante «Fornos». Loureiro, un coruñés muy inteligente y con instinto comercial se había casado, según ya conté, con una hija del vasco Valentín Aguirre.

Donar un reloj a su pueblo natal (tal vez una llamada urgente para espabilar a una población *dormida*), era una ilusión que compartían muchos de los emigrantes afortunados.

MOZO DE BUSTURIA

AQUELLA noche Valentín Aguirre me contó su vida. Me acuerdo de su restaurante neoyorquino con las paredes pintadas respirando una gozosa Vasconia, me acuerdo de que era en el verano de 1952 y me acuerdo del propio Valentín, con sus 81 años cumplidos y fumando una cajetilla de *rubio* todos los días.

Valentín Aguirre —decían en la colonia— ¡un triunfador! No sólo era rico —el restaurante, un hotel, una agencia de viajes, propiedades en Florida y un barco mercante que hacía la ruta de Miami a Venezuela— sino que también era, cosa más difícil, popular.

A pesar de su altura y de su corpulencia y de que tenía el perfil agudo cual una lechuza, yo pensaba que, si se ponía una boina, recordaría a don Pío Baroja. ¿Pero no es verdad que todos los vascos le hacen pensar a uno en Baroja? También existe el «parecido nacional».

Valentín Aguirre me contó que era natural de Busturia, un pueblo oscurecido entre dos villas famosas Guernica y Bermeo y que, poco antes de bautizarle, su padre tuvo una corazonada:

—*Este* será famoso...

Y, en vista de su futura importancia, decidieron llamarle Valentín que era el nombre del tejero de Busturia, persona a la que admiraban mucho.

Valentín tuvo 13 hermanos de los que 7 emigrarían a América. Valentín nació en el año 1871 y, cuando era niño, vio como Shanty Andia navegar a las goletas, y a las corbetas y a las fragatas. Poco antes de emigrar conoció a un fraile que era muy gordo y muy viejo, a Valentín le dijeron que tenía más de 100 años. Fray Mariano, que así se llamaba, predicó un domingo en la iglesia de Busturia y profetizó que algún día, y sobre el cielo de la pecaminosa Vizcaya, volarían extraños «pájaros de metal» los cuales arrojarían, sobre los hombres y sobre sus animales el fuego de la muerte, añadió que, al mismo tiempo, de las profundidades del mar surgirían unos barcos alargados y estrechos como puros habanos, amenaza para los navegantes...

Como algunos sonrieran escépticos, Fray Mariano añadió:

—Quizá muchos de vosotros no lo veréis, pero los jóvenes darán fe de mis palabras.

★ ★ ★

A los diez años Valentín Aguirre salió de su casa y se dirigió a Bilbao, en uno de los muelles estaba atracado el «Leonor».

Acercóse Valentín y le gritaron desde cubierta:

—¿Qué quieres?

—Trabajo.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce —mintió.

—Tres pesos al mes.

—Bueno...

Navegó a partir de aquel día unas veces trabajando como fogonero y otras como engrasador. Su gran ilusión era llegar a cocinero pero no iba a pasar de mar-

mitón. En una ocasión, siendo fogonero en el «Cabo de Palos» y hallándose el barco atracado en Cádiz, Valentín supo que aquel mismo día se probaría un raro invento: el submarino.

Valentín Aguirre vio el artefacto y vio a su inventor, don Isaac Peral que llevaba chistera y se acordó entonces de la profecía de Fray Mariano.

A los 15 años Valentín Aguirre llegó a México en uno de los «Cabos». En México entró como fogonero en un mercante que hacía la ruta del Caribe. El barco en que navegaba, así como otros muchos, era propiedad de un vasco al que llegó a conocer y que pareció tomarle afecto. Hallándose un día atracados en Veracruz le dijo en vascuence:

—Oye chico, hoy te pones la ropa nueva y te vienes a comer a casa.

Valentín no tenía otra ropa que no fuera una vieja garibaldina y unos pantalones de drill mas no por eso iba a rehusar la insólita invitación. Supone, aunque no lo recordaba con exactitud, que debieron prestarle alguna prenda en buen uso.

De lo que sí se acordaba es que el ricacho vasco estaba esperándole con su coche de caballos y que le dijo:

—Sube, que la casa está en lo alto de aquella colina.

La casa era muy buena, rodeada de jardines y terrazas con vistas al mar. Por los jardines se paseaban orgullosos los pavos reales. Y el amo tenía una hija única de 15 años. Valentín me dijo que la chica de cara estaba bien, lo malo es que era coja y que los ojos se iban en pos del pie deforme. La chica era triste.

Como Valentín Aguirre nunca había visto tanta riqueza junta dice que no se atrevía ni a respirar. Servían la mesa unos criados «con guantes blancos», y antes de agarrar los cubiertos, Valentín observaba a los otros comensales. Una vez acabada la comida, la chica le dijo que saliera con ella al jardín y le llevó a una de las terrazas. Se veía al fondo la bahía de Veracruz, un gran espectáculo. Ella puso su mano sobre el brazo de Valentín:

—¿Ves aquellos barcos que están allí?

—Sí.

—Pues son de mi padre —una obsérvación ociosa para Valentín que ya lo sabía.

Luego salió el patrón y dijo: «Te quedas aquí esta noche que ya es tarde para regresar. Le dieron una habitación con cama de caoba pero Valentín, que no tenía pijama ni calzoncillo, se tiró desnudo en el suelo, porque en lugar blando no sabía dormir. Y al amanecer salió a la terraza y se puso a hacer gimnasia.

Le vio su amo y le preguntó:

—¿Te gusta mi hija?

—Sí señor —le respondió Valentín que temía ofenderle.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —siguiendo su costumbre se echó dos.

—Si quieres casarte con ella —le propuso el vasco— yo os doy el dinero y de casado te pago el colegio porque pareces un chico listo. Tú lo piensas y cuando vuelva el barco ya me dirás...

Marchó Valentín Aguirre muy aturdido y pronto descubrió que su aventura, sabe Dios cómo, había trascendido y partieron de Veracruz entre un choteo general:

—Mira éste que va a ser nuestro *patrón*...

El calor excitó los ánimos y ya en Puerto Rico, el segundo maquinista, un gallego *atravesado* se dirigió a Valentín:

—Ya me estás cargando y te voy a partir los dientes.

Se trataba de una propensión muy exagerada, era tan fuerte Valentín entonces que en Nueva York se ganó la vida boxeando. De un puñetazo tiró al gallego contra una máquina y el resultado de esta pelea fue, con la rotura del brazo de su enemigo, su encierro en la bodega. El primer maquinista, que era muy amigo suyo, le aconsejó la fuga, pues el otro estaba mal y, en el caso de que perdiera el brazo, las consecuencias podían ser graves.

Valentín Aguirre pensó que exageraba pero, más que del brazo del gallego tuvo miedo de la heredera coja y, cuando el barco atracó nuevamente en Veracruz, recogió su garibaldina y saltó al muelle.

Reclutaban marineros para los barcos yanquis. Le ofrecieron a Valentín treinta pesos al mes que era lo doble de lo que ganaba en aquella compañía del Caribe.

★ ★ ★

Llegó Valentín Aguirre a Nueva York el 8 de mayo de 1888. En Manhattan no había un solo rascacielos, tenían un solo puente —el de Brooklyn—, no había luz eléctrica y los tranvías eran movidos por unas mulas enjaezadas con cascabeles.

Peregrinó Valentín hasta las fabulosas tierras de Idaho en donde acababa de anclarse su paisano, el vasco Arrechavala, que había de reunir un rebaño de cien mil ovejas.

—Pero nada —me explicó— no me quedé que no me *hasía grasia* ser borreguero.

Continuó navegando. Valentín Aguirre vio al *Maine* anclado en la bahía de La Habana. Se acuerda de que había música y baile a bordo, estaba el barco muy bien iluminado y Valentín lo contempló dominado por un sentimiento de envidia.

A la mañana siguiente lo volaron y, cargando injustamente esta culpa sobre España, los yanquis tuvieron el pretexto que buscaban para arrojarse sobre los restos del Imperio.

Valentín Aguirre me contó también que, una vez rotas las hostilidades, reclutó a 500 mozos y se presentó en el consulado español de Nueva York sito en la calle 14; se ofrecieron para combatir, pero el cónsul les dijo; «No tengo órdenes».

★ ★ ★

Valentín Aguirre fundó en 1910 la agencia de viajes en Cherry Street, corazón de la aldea española. Ya establecido se casó con una paisana de Busturia que le dio ocho hijos. Sus hijos a su vez se habían casado con vascos, salvo una única excepción, la hija segunda, que se casó con un gallego, Loureiro, copropietario de otro restaurante neoyorquino: Fornos.

De Cherry Street se trasladó al Village, comprando una casa de madera que demolería para levantar en su lugar el «Hotel Santa Lucía», el restaurante «Jai-Alai», un bar y la agencia de viajes.

Recordó luego Valentín Aguirre las personalidades que habían pasado por su restaurante y había pasado *todo el mundo* desde el Príncipe de Asturias, patética figura de piernas vendadas, hasta Ramón Franco, que lo frecuentaba cuando era agregado aéreo en Washington.

Tenía siempre presente el recuerdo de Paulino Uzcudum y me dijo Valentín que el día más amargo de su vida fue aquel en que Paulino se desplomó en el Madison Square Gardens ante Joe Louis.

Era la primera derrota del vasco, pero Valentín Aguirre, que servía como su *manager*, me dijo que se la había merecido pues no había trabajado en meses y estaba en muy baja forma. Paulino Uzcudum había ganado mucho dinero en América, según Valentín llegó a enviar a España trescientos mil dólares...

Como todos los «grandes» pasaban por el «Jai-Alai» era acaso inevitable contar con *Manolete*. Al fin llegó un día —de regreso de México— y al entrar se detuvo sorprendido pues él estaba allí en la puerta y nadie se movía... «Luego —continuó Valentín Aguirre— pidió una mesa y le dijo al camarero: «¿Dónde está el patrón»?, cuando yo me acerqué me dijo: «¿No sabe quién soy yo?». *Reconosí* entonces su cara: «Tú eres *Manolete*», al día siguiente *organizamos* una gran comida en su honor».

Manolete dejó en Valentín el recuerdo de un hombre triste, creyó incluso adivinar en su rostro la sombra de una tragedia.

TOÑICO

CUANDO iba por la Quinta Avenida parecía que iba a los toros con capa y puro, a pesar de que don Antonio González de la Peña —*Toñico* para sus amigos— ni fumaba ni tenía capa ni podría ir a los toros aunque quisiera porque en Nueva York no los hay (alguna vez habló de celebrar una *corrida* utilizando tal vez como escenario el Madison Square Gardens pero la cosa, por razones obvias, nunca prosperó).

Se supone que en su juventud la estampa de *Toñico* debió aproximarse lo suficientemente a la de un señorito andaluz por cuanto en su opulenta madurez aún le quedaban los suficientes restos como para hacer exclamar a más de una matrona yanqui, cuyos antepasados habían llegado a América entre las convenientes personas del *Mayflower:*

—¡Oh! Míster de la Pena —la ñ naturalmente desaparecía— you look like a real spaniard.

Llegado el verano era fácil, si uno frecuentaba tales lugares, encontrar a don Antonio González de la Peña en los alrededores del «Hotel Plaza» frente a la fuente de los Tritones. «Este es el sitio más fresco de Nueva York», explicaba. A veces gustaba sentarse en la terraza del café de la «Paix», acaso el único café con terraza de Nueva York, y desde su atalaya aún podía divisar las estatuas de San Martín y de Bolívar en el Parque Central.

—¡Lástima que en Nueva York no haya horchata! —solía lamentarse.

«*Toñico*» cargaba sobre Velázquez la responsabilidad última de su traslado a las Américas y, siguiendo su razonamiento, caso de no existir Velázquez o de no haber sido el pintor que fue, nunca don Antonio González de la Peña hubiera estado sentado en la terraza del neoyorquino café de la «Paix» añorando patrióticamente la horchata. No señor, no, estaría en Madrid y trabajaría como abogado o no trabajaría ya que, lógicamente, hubiera ingresado en alguna oficina pública. *Toñico* había estudiado la carrera de Derecho en Deusto donde había sido condiscípulo del embajador José Félix de Lequerica, un hecho muy importante en la vida de *Toñico* y que de algún modo también pesaba sobre el embajador cuya estimación por su amigo de juventud crecía si no le veía demasiado.

Gustaba don Antonio González de la Peña referirse a sus antecedentes familiares, si bien siempre lo hacía con modestia y ni siquiera se preocupaba en resaltar el hecho de que su padre había sido ministro (de Gracia y Justicia en un gobierno de Montero Ríos) aunque sí me dijo muchas veces que su abuelo había sido guardia de cors de Fernando VII. También por su madre, don Antonio era de muy rancia aristocracia y tenía incluso un apellido común con el duque de Alba; la familia estaba er posesión de siete baronías y de un castillo arruinado en Alicante.

La relación con Velázquez, con el arte y con los Estados Unidos de Norteamérica le vino a *Toñico* por mediación de su hermano el barón de Forna, que luego llegaría a ser un pintor muy conocido con residencia en Biarritz. En un tiempo Forna tuvo un estudio en la Plaza de Oriente y fue allí donde *Toñico* conoció a Valle Inclán y a través de Valle, a un joven pintor llamado Moya del Pino.

Moya del Pino, cuyo talento pictórico hacía concebir muy altas esperanzas, tuvo la ocurrencia de copiar todos los cuadros de Velázquez en existencia en el Museo del Prado,

con el propósito de llevarlos a Norteamérica a fin de servir a la propaganda española; una obra realmente meritoria la suya y aún más en aquel tiempo en que no se prestaban tan fácilmente los originales como ahora, pero muy trabajosa y en la cual el señor Moya del Pino empleó más de tres años.

Entusiasmado con el proyecto, por ser también de espíritu muy patriótico y porque en realidad no tenía mucho que hacer en Madrid, *Toñico* decidió acompañar a su amigo en calidad de publicista.

Todo esto sucedía en tiempos de la Dictadura y al elemento oficial le pareció de perlas el proyecto, si bien no lograron una triste peseta y don Antonio González de la Peña, a fin de financiar la patriótica expedición se vio obligado a vender cinco mil duros en papel del estado que había heredado de su padre.

Se embarcaron en el «María Cristina», que era un barco precioso con todo el maderamen de caoba y una estatua de la reina regente en el salón central.

Ya en Norteamérica pasaron una verdadera odisea con las 42 copias de Velázquez cuyos bastidores no cabían por las puertas de ninguna galería y sin que se las quisieran admitir en los Museos. Al fin lograron exponer aquellos cuadros en los de Brooklyn y Filadelfia, con mediano éxito, y no sabiendo qué hacer con los falsos Valázquez, se los regalaron a la Universidad de Berkley, tal vez la única dispuesta a aceptar la donación.

Desde un punto de vista económico la *operación Velázquez* fue un fracaso y los cinco mil duros de don Antonio González de la Peña se disolvieron como un azucarillo en el agua, no obstante los dos amigos se salvaron de la repatriación caritativa o del trabajo en la construcción de uno de los puentes de Manhattan , debido a la providencial intervención de Cupido. Habiéndose trasladado a California en pos de sus cuadros, Moya del Pino casó con una norteamericana de mucha distinción mientras que *Toñico* contraía nupcias con una Winthrop —descendiente de un gobernador de Nueva Inglaterra.

Aunque este matrimonio tuvo un carácter fugaz, y no recuerdo si debido a divorcio o a muerte, don Antonio González de la Peña tuvo ocasión de familiarizarse con el Nueva York de los Vanderbilt (que eran parientes de su mujer), de los Morgan, de los Rockefeller, de los Whitney... conoció las enormes mansiones, los criados negros de librea, las antigüedades importadas de España, los falsos mobiliarios Luis XV, la Opera, las carreras de caballos, los veraneos en Newport. Ciertamente él mismo debió pasar por un dandy de los alegres (para algunos) *veinte* y aún había quien recordaba su entrada triunfal en el cabaret «Morocco» al grito de:

«¡Champagne para la concurrencia!».

Por desgracia *Toñico* no gustaba referirse a tan interesante período. Conmigo, por creerme una joven seria y, acaso por ir siempre tan mal vestida, alejada de frivolidades, solo se refería a sus actividades como crítico, conferenciante y musicólogo que eran menos divertidas. Me contaba de sus visitas a una Universidad negra de Alabama —una de las más antiguas entre las negras del Sur fundada por ex-esclavos— y de cómo les estaba enseñando la música del Padre Vitoria a los negritos... hallándose empeñado en tan meritoria misión le habían ido a buscar a fin de que diese una conferencia en la ciudad Atómica de Tennesee. Fue allí don Antonio y, ante los técnicos nucleares, disertó largamente acerca del hombre de las Cuevas de Altamira.

Se entendía muy bien la relación entre el lugar y el tema elegido para la conferencia, lo que no se entendía seguramente era el inglés de *Toñico*. Cabe en lo posible que si les habló de Altamira en inglés los nucleares asistentes quedaron *in albis*.

Uno de los temas predilectos de don Antonio González de la Peña era el relativo a la cría de visones pues se había pasado diez años en un rancho dedicado a esta industria, en el norte del Estado de Nueva York:

—Has de saber —me ilustraba— que el visón es un animal caro debido a que se reproduce poco... de apariencia es muy similar a las ardillas y son muy fieros hasta el extremo de que es preciso guardarlos en jaulas separadas. Nosotros les dábamos de comer tomate *de lata* y carne de caballo, esta alimentación presta brillo y sedosidad a su piel, mientras que el baño diario en unos estanques contribuye a su dureza y resistencia. A los dos años se les sacrificaba y sus pieles van a la bolsa neoyorquina que dominan los israelitas.

—El precio de una piel de visón —seguía precisando— que hoy se cifra entre veinte y treinta dólares, está en relación con su calidad y con la moda imperante, unas temporadas se estilan las pieles oscuras, otras claras, un proceso que exige los cruces genéticos y la exposición a los rayos solares. Los visones pueden criarse en cualquier clima, con tal de que no sea excesivamente cálido. En algunas zonas de España se darían muy bien...»

A *Toñico* le daba igual hablar acerca de los visones de Nueva York como hablar acerca de la momia de Tutankamen. Lo importante para él era establecer una relación oral con un compatriota y prolongarla al menos, durante cinco o seis horas y por ello uno procuraba espaciar aquella viva alegría que siempre producía su encuentro, pero lo cierto es que era difícil andar por Nueva York sin encontrarle. Acaso la cualidad más característica de don Antonio González de la Peña era la ubicuidad. Parecía estar en todos los sitios a la vez lo cual era admirable teniendo en cuenta las dimensiones de la isla y el hecho de que *Toñico*, desdeñando todos los medios de locomoción, siempre andaba a pie. Era lo mismo si uno entraba en *Fornos* o en *El Caserío* pues nunca saldría de estos establecimientos sin ser acompañado por la solícita presencia de don Antonio.

¿Y de qué vivía *Toñico*? Nunca pude saberlo; tal vez tuviera alguna clase de fortuna heredada, tal vez una pensión de la seguridad social, o tal vez su esposa, aquella señora Winthrop, le había dejado algún dinero.

Los enemigos de *Toñico* —que todo el mundo los tiene y él no iba a ser una excepción— aseguraban que era un *espía* al servicio de la CIA y que por eso uno se lo encontraba hasta en la sopa; pero yo esto nunca lo creí. Yo creía acertar adivinando en Antonio González de la Peña una persona solitaria a la búsqueda de compañía que aliviara esta soledad, y la prueba es que, si la suerte no le deparaba la presencia de algún compatriota, acababa metiéndose entre el cortejo nupcial de los judíos ricos (siempre se celebraba alguna boda en los hoteles de Manhattan) y así, cuando el introductor de invitados le preguntaba al entrar:

—¿Es usted un invitado del novio o de la novia?

—De los dos —respondía tranquilamente *Toñico* y aprovechaba gozoso la ocasión para atiborrarse de los dulces judíos, especialmente de la «jaluma» de la que luego me decía que recordaba extraordinariamente al mazapán toledano.

UN ANGEL NEGRO

TUVE al fin una amiga negra. Era una mujer delgada y menudita que, a primera vista, parecía una muchacha. Una mayor familiaridad la avejentaba hasta un punto difícil de calcular. He observado que es una tarea muy difícil adivinar la edad cuando ni la raza ni la clase social coinciden. En todo caso, fuera joven o vieja, la idea de tener una amiga negra me enajenaba y así ponía un especial énfasis en mis palabras al decir:

—Mañana tengo una cita con «Amanecer Radiante».

Porque ese era su nombre «Sunshine Bright», «Amanecer Radiante» en español. De radiante en ella no había más que el nombre, a pesar de mi inexperiencia advertí que en mi amiga la soledad se combinaba con la rareza hasta el punto de clasificarla entre esos seres que los ingleses denominan «waifs». Del mismo modo que parecía no tener amigos también parecía no tener ropa. Poseía un abrigo único que recuerdo perfectamente, era de color verde lechuga adornado con un cuello de piel de conejo que, más que comprado en una peletería, parecía haber salido de algún mercado, de forma que uno esperaba verle chorrear sangre. Tanto el pañuelo anudado al cuello, como el bolso, como su falda gris y su jersey blancuzno, pertenecían al tipo más despreciable entre lo que se comercia en las tiendas más baratas del bajo Nueva York.

«Amanecer Radiante» quería aprender español, yo quería practicar el inglés y en aquel intercambio lingüístico se asentaba nuestra relación. Solíamos vernos de un modo periódico en la Universidad de Columbia y en una cantina donde suministraban la merienda gratis a los estudiantes.

Se trataba, según recuerdo, de una habitación grande y destartalada donde los estudiantes blancos se mezclaban con los negros sin que se trasluciera en su trato la más leve señal de un prejuicio racial. Si existía en el fondo, al menos no se dejaba ver.

Tras una mesa alargada dispuesta como mostrador, una señora rubia de edad madura y fofas carnes servía el té y daba a quien los quería unos «sandwichs» de aspecto muy poco atractivo que mi pobre amiga, empero, devoraba con esa fruición natural en las personas que comen poco, bien debido a falta de tiempo para hacerse la comida o bien a falta de medios.

Sospecho que aquel té ilustrado le servía de cena.

«Amanecer Radiante» experimentaba un gran interés por España, país que situaba en un punto medio entre el Caribe y la República Argentina. También se creía —lo que sin duda contribuía a su entusiasmo— que en España había muchos negros.

Nuestras entrevistas periódicas desarrollaron en mí —y posiblemente también en ella— un vivo sentimiento amistoso.

Es verdad que fuera de esto no desarrollaban apenas nada pues ni «Amanecer Radiante» progresaba en su castellano ni yo hacía avances sensibles en inglés. Posiblemente nos sentíamos bien juntas dada nuestra mutua soledad y desplazamiento.

Yo me moría de ganas de preguntarle si el hecho de ser negra generaba en ella alguna infelicidad, pero me contuve por considerar mi curiosidad impertinente. Además «Amanecer Radiante» tampoco se prestaba para este tipo de introspecciones anímicas. Era introvertida y gustaba rodearse de un cierto misterio, nunca me dijo ni

dónde ni con quién vivía y ni siquiera supe qué carrera estaba estudiando, si es que estudiaba alguna, en la Universidad.

Un día, al acercarme a ella para leer juntas la página de un libro, noté que «Amenecer Radiante» olía de una forma rara.

Con esta observación no intento indicar que fuera desagradable o que la mujer no estuviera lo suficientemente aseada, no, simplemente aquel cuerpo despedía un olor distinto del bueno, o malo, para nosotros habitual en las personas.

Fue así como me enteré que, además de estar separados por el *color*, los blancos y los negros están separados por el *olor*. Es de suponer que también «Amanecer Radiante» advertiría, y aún tal vez le afectaba desfavorablemente, la espiración de mi piel.

A partir de aquel día nunca, mientras hablaba con mi amiga, conseguía olvidarme de que era negra. Trataba por todos los medios de no pensar en ello pero siempre su color se interponía entre nosotros como una barrera invisible.

★ ★ ★

—Sin que mi pregunta signifique una intromisión en su vida, ¿puede usted decirme «Amanecer Radiante» si, aparte de sus estudios de castellano de los que ya estoy informada, usted trabaja en algo más?

-Yo soy un *ángel*, Mrs. Armesto —respondió mi amiga negra.

—¿Un qué? —creí haber entendido mal.

—Un *ángel* al servicio del *Padre Divino*.

—¿A qué *Padre Divino* se refiere? ¿De quién me habla usted?

—El *Padre Divino* —y en su voz se descubría una infinita paciencia propia de quienes están en posesión de la *verdad* y pretenden hacer copartícipe de la misma a un desgraciado incrédulo— es *Dios*.

Recibida esta respuesta pensé que mi pobre amiga había perdido el juicio y no quise insistir.

—Algún día —prometió gentilmente «Amanecer Radiante»— se lo explicaré todo. Me gustaría hablar con usted, yo me imagino que sería capaz de *entenderlo* porque ustedes los españoles son muy buenos...—y sin decir una palabra más se fue. La vi alejarse, una figura diminuta enfundada en el patético abrigo verde.

★ ★ ★

En varias semanas no me llamó. A veces me acordaba de sus pretensiones angélicas y no les encontraba mucho sentido hasta que una tarde, en un coctel en casa de Lucrecia Bori (la gran cantante de ópera valenciana cuyo nombre verdadero era Lucrecia Bongia quien, a la sazón y ya retirada, vivía en un piso de la Quinta Avenida) volví a escuchar el mismo nombre: *Padre Divino*.

—Dígame, cómo está su cuñada a la que hace tiempo que no tengo el gusto de ver por ninguna parte. ¿Estará tal vez en su casa de Miami?

—No me hable usted de mi pobre cuñada —y la señora interpelada manifestó un gran pesar— figúrese que le ha dado por adorar al Padre Divino y, lo que es peor, por poner a su nombre toda su fortuna. Por supuesto que tratamos de incapacitarla pero, como ya sabe usted que estos trámites son lentos aquí en América, me temo que se arruinará antes...

Pregunté entonces que quién era el *Padre Divino*.

—Me sorprende que no le conozca —me informó la indignada señora— se trata de un embaucador que haciéndose pasar no sé si por Moisés o por Elías dispone de miles de negros y también de algunos blancos idiotas, como mi pobre cuñada. Y es tan hábil que todos sus seguidores trabajan casi exclusivamente para él..

Según la misma informante, antes de arroparse en la *divinidad* el santón había sido jardinero en Long Island. Inició tan rutilante carrera reuniendo a los criados negros de la vecindad en las tardes de domingo, luego, ya instalado en Harlem, repudió a su esposa negra casándose con una joven y bella canadiense a la que había elevado a la dignidad de *Madre Divina*. Era ya un hombre muy rico, dueño de extensas propiedades urbanas y de una finca campestre en donde pasaba las vacaciones. Se le veía pasar por Nueva York adelante en su rutilante «Cadillac», igualmente regalo de la comunidad que presidía. Como el negro era una autoridad moral los políticos requerían su ayuda y aún le adulaban para conseguir los votos de Harlem.

Y así me enteré en el coctel de Lucrecia Bori entre qué coros angélicos militaba «Amanecer Radiante».

Habiéndome ella llamado poco después concertamos una entrevista en mi apartamento de la calle 12 Este. Se presentó con su abrigo verde y apenas sí habló mientras mojaba unas pastas de coco en el té:

—Qué ricas son —dijo golosa.

Entretanto yo encendí un cigarrillo. «Amanecer Radiante» no fumaba.

—Se sorprendió usted el otro día cuando le dije que era un angel... ¿no es verdad?

—Tanto como sorprenderme, pero convenga que no es corriente tropezarse con ángeles.

«Amanecer Radiante», roto el dique de su reserva, me confió que su abuelo había sido esclavo en aquellas mismas tierras de Carolina del Sur donde ella había nacido y que abandonó movida por la ilusión de llegar a ser una secretaria en Nueva York. Fue a poco de llegar cuando conoció al *Padre Divino* y este feliz acontecimiento transformó su vida, hasta entonces opaca y carente de espiritualidad. En vez de hacerse secretaria y de entregarse al grosero materialismo, se alistó entre el coro de *ángeles* del *Padre Divino* y en compensación a sus esfuerzos adquirió el derecho de ocupar una litera en una de las residencias del santón a quien entregaba puntualmente casi el ochenta por ciento de sus ingresos.

—¿Y en qué trabaja «Amanecer Radiante»?

Me dijo que su trabajo era muy humilde, lavaba platos en uno de los restaurantes automáticos de la calle 57. Trabajaba de noche, después de haber asistido a sus clases en la Universidad de Columbia y su asistencia a la Universidad estaba determinada por la necesidad de aprender el castellano; un conocimiento necesario para quien soñaba con esparcir la buena nueva entre los portorriqueños de Harlem.

El nombre de «Amanecer Radiante» le había sido impuesto por el mismo *Padre Divino* después de la hora feliz de su conversión y hasta entonces se había llamado Coretta.

Aún era yo lo bastante joven como para creer que se puede razonar con un fanático y le dije:

—«Amanecer Radiante», ¿no comprende que se está usted entregando a la locura? Pone su juventud al servicio de un ídolo que la devovará, vuelva en sí, aún está a tiempo...

—¿Cómo puede hablar así? —se escandalizó— usted no conoce al *Padre Divino*.

—¿Le conoce usted? ¿Dónde nació?

—El *Padre Divino* no nació, él siempre ha existido.

—Todos tenemos que nacer, así es la condición humana.

Observando que por aquel camino no llegaríamos a un entendimiento, busqué nuevos argumentos:

—¿Y la *Madre Divina? ¿También es eterna?*

—No —concedió con algún pesar— ella sólo es *divina* porque el *Padre* le confirió la divinidad al casarse con ella.

—¿Y los hijos que pueden tener? ¿También son *divinos*?

—No pueden tener hijos porque su unión es espiritual.

—¿Y cuando muera el *Padre Divino*?

—No puede morir, lo mismo que no tiene principio tampoco puede tener fin.

Advertí que estaba ya muy molesta conmigo y callé.

Fue entonces cuando «Amanecer Radiante» me hizo una proposición inesperada, ¿por qué no visitaba yo al *Padre Divino*? Misionera de la fe en cuya mano alumbraba una antorcha, «Amanecer Radiante» se ofrecía como introductora en los misteriosos servicios espirituales de su templo en Harlem.

Como la cosa me interesó le dije que sí.

Aún era invierno. Desde un autobús que subía por la Quinta Avenida, podía ver a unos niños patinando en los lagos helados del Central Park. Los rascacielos se dibujaban nítidos en un cielo blanquecino. Rebasada la calle 95, aquella misma elegante Quinta Avenida se transformó en un arrabal. Gruesas negras parlanchinas se apoyaban indolentes en el quicio de las puertas y me acuerdo de una graciosa negrita con dos moñitos y un lazo rojo en la cabeza que corría —¿o volaba?— por la acera. Ahora ya en el autobús sólo quedaban negros. El último blanco se apeó en las puertas del gran hospital. Yo misma me bajé en la calle 125, corazón de Harlem, y tras preguntar un par de veces llegué sin mayores inconvenientes hasta el *templo* del *Padre Divino*, que resultó ser una casa grandota de varios pisos, sita en una de las calles que desembocan en la Avenida Lenox. «Amanecer Radiante» me esperaba a la puerta:

—Creí que ya no vendría —y parecía algo nerviosa.

Vestía un uniforme del mismo color que su abrigo, si bien algo más nuevo, con la pechera recubierta por varias hileras de botones plateados. Recordaba a una acomodadora de cine o quizá mejor a una de esas chicas disfrazadas de húsares que suelen participar en las *paradas* estadounidenses. Era un verdadero esperpento...

—Llevo el uniforme de *angel* del *Padre Divino* —murmuró a mi oído.

—Pues le sienta muy bien...

En una pequeña habitación adosada al zaguán me recibieron dos mujeres blancas de una tal palidez que mismo parecían salir de las catacumbas, y un señor también blanco, aunque no tanto, y cojo.

—Esta es Mrs. Armesto —les anunció «Amanecer Radiante»— es mi amiga.

Y decía lo de «es mi amiga» con evidente orgullo.

Me preguntaron si deseaba firmar en el libro de visitantes y firmé: *Dulcinea del Toboso*.

—Aquí vienen muchos extranjeros —me comunicó el cojo echando una mirada distraída a la firma— ayer mismo estuvo aquí un australiano interesado en conocer al Padre que también tiene fieles seguidores en Australia.

«Amanecer Radiante» quiso saber si deseaba quitarme el abrigo y fue entonces cuando advertí que me había traído el único que tenía de piel y temí perderlo.

—Muchas gracias, pero de momento tengo algo de frío.

El calor era bochornoso.

Fui conducida hacia una gran habitación llena de gente, en su mayoría negros, que se sentaban a lo largo de unas mesas recubiertas por blancos manteles. En las paredes también blancas, dos retratos en tamaño natural del *Padre Divino* y de la *Madre Divina* constituían un motivo supremo de inspiración para los participantes en el fraternal ágape.

Al fondo descubrí una especie de escenario o estrado que custodiaban otras jóvenes negras vestidas con el mismo uniforme que «Amanecer Radiante» y que formaban parte del mismo coro angélico, no sin grandes dificultades mi amiga encontró un puesto libre para mí en una de las mesas.

Comenzaron a pasar, corriendo de mano en mano, las fuentes con pollos, pavos, jamón en dulce, embutidos, seguidas por las de pescados y por los dulces. Eran movidas incesantemente en el vaivén de aquellas gruesas manos oscuras, en ocasiones adornadas por la gran sortija de oro con un sello o el brillante falso, pero en realidad nadie semejaba comer. Su apetito, de existir, era de índole espiritual; una suerte porque, en el caso de hartarse de aquellos salados manjares sin vino y sin agua, hubieran sufrido mucha sed.

Tuve la impresión de hallarme en el corazón de Africa, en un lugar selvático en donde los tigres y las panteras acecharan las danzas rituales de los oficiantes.

Uno tras otro se iban levantando los negros y subían al estrado en donde comenzaban a bailar, primero pausados y comedidos, con un cierto recogimiento, luego paulatinamente excitados mediante el batir de las palmas, a un ritmo cada vez más frenético, elevando al cielo sus manos trémulas en el gesto de quien implora protección, a la vez que aquellas contorsiones salvajes del torso les ceñían a la tierra. Ignorante del mecanismo que desencadenaba aquellos procesos místico - sexuales, yo observaba cómo entraban en éxtasis y caían redondos al suelo.

Aquel retrato del *Padre Divino* me fascinaba en razón de su incongruencia, era un negro de aspecto brutal con corbata blanca y chaqueta de *sport*. Su esposa era una mujer de unos veintisiete o veintiocho años, rubia y de escaso interés.

Por encima del ruido ensordecedor, de las danzas y aplausos, así como del trasiego de alimentos, se elevó mecánicamente amplificada una voz magnética, sonora y singularmente atractiva incluso para quien, como me ocurría a mí, no lograba entender su *slang*.

De tiempo en tiempo se interrumpía el discurso y la voz formulaba siempre la misma pregunta:

«Are you happy?»

«Si, *Padre Divino*, somos felices —aullaba la masa de sus seguidores cayendo aquella gente en un estado de histeria.

«Amanecer Radiante» abandonó su puesto y bajó desde el coro de los ángeles para preguntarme si también yo era feliz.

—Mucho —le dije, pero estaba asustadísima.

—Esto no es nada —explicó desdeñosa «Amanecer Radiante»— ya verá cómo se ponen todos cuando baje el *Padre*.

¿Cómo se pondrían?, me pregunté. Carecía de suficiente imaginación para concebir un mayor desenfreno. Ahora, entre aquella masa negra, distinguía algún que otro rostro blanco, mujeres por lo regular y me imaginé que una de ellas sería la demente cuñada de la señora que había conocido en el coctel de Lucrecia Bori. Una muchacha blanca, deslavazada y ausente, vestida con un traje blanco que le llegaba hasta los pies, subió al estrado y se puso a gritar:

—¿Qué es lo que dice? —le pregunté a «Amanecer Radiante».

—Da gracias al *Padre Divino* por haberla salvado.

—¿Es que estaba enferma?

—No, estaba muerta (1).

Repentinamente se armó un gran revuelo y los negros abatieron sus rostros sobre el mantel o bien se tiraron servilmente al suelo, yo pensé que llegaba el *Padre Divino*, pero se trataba solamente de la *Madre Divina*.

Pasó, seguida por todo el coro de ángeles, entre ellos «Amanecer Radiante», y tuve la extraña, y desagradable, impresión de que, entre tanta gente, se había fijado en mí. Se me ocurrió entonces la disparatada idea de que podrían raptarme, o violarme, o hacerme picadillo, meterme en una maleta y tirarme al río. Yo misma comprendía lo desatinado de estos pensamientos pues estaba entre fanáticos, pero no entre asesinos. No obstante pensé «si vuelve por aquí «Amanecer Radiante» le digo que tengo prisa y me voy».

La *Madre Divina* se acomodó en la presidencia de una de las mesas mientras su esposo seguía bramando a través de los altavoces:

«Are you happy?

Are you happy?

Are you happy?» (2)

La atmósfera era cada vez más densa, el ritmo en que los negros entraban en trance y se desplomaban era cada vez más rápido, a una mayor velocidad seguían pasando aquellas fuentes de manjares que nadie cataba. Cuando le dije a «Amanecer Radiante» que me iba se escandalizó:

—¿Pero es que no va a ver al *Padre Divino*?

---

(1) «Un día me atreví a calificar el fenómeno como un caso de histeria en masa. Pero había algo más. Tan solo en Nueva York tiene ese hombrecillo unos treinta «cielos» en donde viven en perfecta comunidad unos miles de negros y un diez por ciento de blancos, unidos por la creencia fanática que les inspira su «Padre Divino». Nada inmoral se puede señalar en esa teocracia... El aspecto del «cielo» es de una perfecta limpieza en lo espiritual y en lo físico. Si alguna vez surge una disputa todos gritan: «Paz... él es Dios... es maravilloso»... El enigma de este hombre sólo podía descrifarlo a través de la mecánica de la sugestión. En un enorme salón se reunían unos cientos de fieles, con ciertos elementos de relieve como «ángeles» y «arcángeles». El motivo de la reunión era un banquete... En el sitio presidencial se sentaba el «dios» de Harlem, el cual tocaba cada plato y cada fuente que contenían las viandas. Observé en aquellos momentos ejemplos de una especie de «buchmanismo», o sea la confesión en alta voz, con gracia y reconocimientos en honor del «Padre Divino». El *dios* negro no se dignaba mirar a los fieles que cantaban sus milagros: «Padre Divino»... el dolor que me apretaba el vientre y me subía hasta la garganta ha desaparecido». El caso era claro de ver. Una histérica que manifestaba públicamente la trayectoria del «bolo histérico» que camina desde el interior del abdomen hasta la parte superior del torax...».

Dr. Julio Cantala: «El dios de Harlem» en «El Insípido», panorama del hombre civilizado. Nueva York 1941.

(2) «Oí del «Padre Divino» varios discursos que producían efecto mágico entre sus seguidores. Eran palabras y frases de armonía laríngea, pero desprovistas de coherencia y unidad: «Por la insignificancia de Mi apariencia personal, no habría una persona que cruzara una calle por Mí. Por la significación de Mi infinidad impersonal, el Universo sabrá que la Magneticidad de la presencia de Dios es una realidad en esta corriente magnética de la infinidad de Dios, y así arrastrará y atraerá a todos los hombres hacia dondequiera que yo esté...».

A través de sus oraciones surgía un vocabulario del que resaltaban con frecuencia las palabras «físicalacia», «repersonificación», «rematerilizable» y «contagonización» cuyo significado ni los fieles... ni los «ángeles», «arcángeles» y «querubines» entendían... En esta armonía celestial... algunos de sus colaboradores respondían a los nombres de «Potente Justicia», «Paz Eterna», «Amor y Sabiduría», «Suprema Piedad», «Caritativa María» y el notable «Juan Cordero», secretario particular del «dios»...

Dr. Julio Cantala, op. cit.

—Muy lamentable, pero llevo aquí más de tres horas y sospecho que ya no se presenta esta noche.

—Está muy equivocada...

Desatendiendo sus protestas me escurrí, siempre cargada con mi pesado abrigo que había contribuido a mi incomodidad en el curso de la velada, hacia la puerta. El cojo y las dos blancas se pusieron a cuchichear entre sí y temí que pudieran haber descifrado la firma. ¿Es que me seguían? Más que andar corría por la calle hasta que, ya en la 125, encontré un taxi.

Transcurridas unas semanas, «Amanecer Radiante» telefoneó:

—Fue una lástima que se marchara tan aprisa del templo, el *Padre Divino* bajó poco después.

—¡Qué pena!, pero es que se me hacía tarde...

«Amanecer Radiante» me hizo saber que el *Padre Divino* quería conocerme, estaba dispuesto en su extraordinaria benevolencia y debido al alto aprecio que le merecía la nacionalidad española, a concederme una entrevista. Entretanto yo ya había escrito una crónica en la que me chanceaba a cuenta del ágape y se me ocurrió que, por alguna vía misteriosa, el santón negro podría haber tenido algún conocimiento directo o indirecto de la misma.

—¡Oh!, cuánto lo siento, «Amanecer Radiante», pero no me es posible, me voy a California.

—Adiós Mrs. Armesto —respondió simplemente.

Y tuve la seguridad de que había otra persona a su lado escuchando nuestra conversación. Nunca más volví a saber de «Amanecer Radiante».

EL ULTIMO QUIJOTE

EN Nueva York abundan los observadores de pájaros que en inglés se denominan «bird watchers» y recuerdo que la primavera del año 1953 fue, por lo que se refiere a las aves, maravillosa. Nunca se había visto tanto pájaro suelto por las orillas del Hudson; se vieron los cardenales rojos, los cucos, los carpinteros, los tordos y los vigiritas, que son unos pájaros pequeños y saltarines de muchos colores; llegaron incluso especies muy extrañas, cual los sinsontes, que rara vez se remontan de Virginia.

Emilio González López, mi amigo, antiguo diputado republicano por La Coruña y, a la sazón, profesor en Nueva York, pudo incluso observar un «gnat catcher», que es un pájaro rarísimo y la historia de aquella experiencia encontró un eco en el «New York Times».

Fue entonces cuando el profesor González López, madrugó en una mañana de domingo a fin de —en unión de otro aficionado alemán— contemplar los últimos patos que volaban sobre el litoral en dirección a las costas del Maine.

Llegados a la playa elegida y teniendo frente por frente a los rascacielos de Manhattan, se desencadenó una tormenta. Ni González López ni el alemán iban prevenidos para semejante eventualidad. Trataron de guarecerse aproximándose a un muro y, al poco rato, se les acercó una pareja la cual se hallaba más adecuadamente vestida por gastar unos trajes como de buzo.

Así el señor, indiferente a la lluvia, se paseó por la playa tratando de ver algún pájaro aunque en realidad estaba tan oscuro que no se hubiera visto ni a un burro volando. Su mujer, entretanto, se arrimó también al muro y comenzó a quejarse del servicio meteorológico que una vez más, se había confundido.

—¿Es usted español? —le preguntó al cabo de un rato a González López.

—Sí, señora.

—Pues yo he conocido a un español que formaba parte de la sociedad Ornitológica de Brooklyn.

—Sería un *español* de Puerto Rico —insinuó Emilio por ser tan frecuente la confusión a este respecto.

—No, no —insistía ella— era *español* de España y se llamaba Sánchez. ¡Oh, qué gran persona Mister Sánchez!

Mientras arreciaba el viento y las olas llegaban hasta lamer el muro siguió contando la triste historia del español Sánchez; «En un día como el de hoy —dijo— nuestra sociedad organizó una excursión a una de las playas de Long Island, en el curso de las mismas se perdieron dos señoras, Sánchez fue uno de los que se brindaron a buscarlas y quien finalmente las encontró desorientadas y ateridas de frío. Se despojó entonces de su cómodo impermeable forrado y lo puso sobre los hombros de las señoras, luego a su vez, comenzó él mismo a tiritar. La señora se ofreció a devolverle el abrigo, propuesta que Sánchez, siempre galante, rehusó. No quiso tampoco aceptar ninguna de las prendas que le ofrecían asegurando que no sentía frío, aunque era obvio que no era así. Les aseguro que su entereza fue debidamente alabada, antes y después... ¡Pobre Sánchez! Era un caballero.

—Pero díganos, ¿qué lé pasó a Sánchez?

—Murió de lo que nadie muere... de una pulmonía. ¡*Poor* Sánchez! ¡Era el último Quijote! —y la americana suspiró y hasta sacó un pañuelo del bolsillo para sonarse, mientras el agua resbalaba por su ropa de buzo.

BARLOVENTO

AUNQUE había abandonado Cataluña en el tiempo de la guerra civil, el doctor Joaquín Alier (al que conocí ya establecido en Nueva York) no se consideraba a sí mismo un exiliado político ya que su contrato con el Gobierno venezolano era anterior a 1936.

Una vez en Caracas, Alier supo que le habían destinado a la región de Barlovento.

—¿Podré llevar conmigo a mi esposa? —preguntó.

—Mejor será que permanezca en Caracas —le aconsejaron— para Barlovento se sabe cuándo se sale pero no cuándo se llega. Todo depende del río...

El río se llama Tuy; acaso —sugerí— un recuerdo nostálgico de Galicia por parte de algún conquistador. Como no estaba crecido Alier lo cruzó sin dificultad y la primera persona que le saludó al entrar en Barlovento fue su antecesor, el madrileño doctor Iglesias, que había estado seis años en Barlovento y se volvía a Caracas para morir. Era ya un cadáver viviente.

Del doctor Joaquín Alier dependía la sanidad de tres pueblos, Cupira, San José y El Guapo en los que vivían 23.000 almas, tenía —heredado de su desventurado antecesor— el «botiquín» y una habitación en el «Hotel Central» que se encontraba en la Calle Principal de San José. Le decían la calle principal porque no había otra.

Alineadas a lo largo de un camino polvoriento se hallaban las chozas indígenas construidas con «baharaque», o sea cañas trenzadas y cubiertas de barro y estiercol. Más barro que estiercol, en razón de que era poco el ganado que quedó vivo después de la gran plaga del cólera trasmitido por las vampiros en 1932. Había alguna que otra vaca moribunda y muy pocos perros. Los perros solían morirse al llegar a Barlovento.

El Tuy, en sus crecidas, iba socavando el barro de las casas hasta dejar al descubierto la armazón de camas y los camastros —muy semejantes a los orientales que Alier iba a conocer en Java— dinde dormían los negros.

El Hotel Central era bastante cómodo, sobre todo si se esttablecía como módulo de comparación las chozas de «barahaque» y el doctor Alier tuvo mucha suerte porque, aunque había más de tres habitaciones con los techos caídos, la suya estaba bien cubierta e incluso tenía una buena cama con mosquitero.

La negra patrona del «Hotel Central» se llamaba Dominga Loja. Años atrás había estado casada y tuvo 7 hijos que murieron en la infancia. Siempre estaba cantando habaneras. Cuando alguien le preguntaba cómo era posible que, habiendo perdido tantos hijos, se mostrara siempre de tan buen humor, Dominga Loja respondía: «Si me pusiera a llorar tendría los ojos secos».

Los 23.000 pacientes del doctor Alier eran negros aunque también tenía a su cargo unos cuantos zambos (1) que vivían en Cupira. A estos pacientes solía visitarlos en una mula escuálida que casi sucumbía en cada viaje.

El doctor Alier tenía un asistente negro quien solía sentarse a la puerta del consultorio siempre con los pies en alto y un cigarro en la mano. Si el doctor le hacía un encargo que le forzaba a moverse respondía invariablemente «qué broma».

Algunas veces al llegar al domicilio del enfermo el doctor Alier descubría las

(1) Hijos de negro e india.

huellas del paso del curandero. Por ejemplo, contra el dolor de cabeza prescribían pegar en la frente una hoja de «onoto», mientras que para bajar la fiebre del enfermo, untaban su cuerpo con orines y grasa de caimán.

El doctor Joaquín Alier gastaba casco tropical del que colgaba una red. Siempre tenía buen cuidado de cenar antes de las cuatro porque, el cristiano que no ha cenado a esa hora en Barlovento, tiene que meterse en el mosquitero con el estómago vacío. A las cinco surge lo que los indígenas denominan «el avance» que en viejo castellano significaba «el ataque». Venían los mosquitos en sucesivas *olas* llegando a formar espesas nubes. Las ventanas del «Hotel Central» carecían de unas convenientes redes metálicas pero acaso aun en el supuesto de haberlas tenido los mosquitos hubieran entrado igual por los agujeros de los ratones.

Barlovento había conocido épocas de una mayor prosperidad. En tiempos de los españoles aquello era considerado un centro importante para la recogida del añil y, a raíz de la I Guerra Mundial, se le conocieron grandes plantaciones de cacao. Los usureros consiguieron apoderarse de ellas para descubrir finalmente que habían matado a la gallina de los huevos de oro. Tenían en su poder las plantaciones pero carecían de gente adiestrada que las supiera llevar. Todavía quedaban las ruinas de las antiguas casas coloniales pero es de suponer que pronto desaparecerían debido a la acción de las hormigas blancas.

Supervivientes de un pasado más feliz aún permanecían en San José tres judíos españoles. Uno de estos sefardíes, el señor Israel, era el dueño de la quincallería, pero la tienda más importante del pueblo no era la del *señor Israel* sino la de don José de Salamanca, un mallorquín.

Don José de Salamanca era tan viejo que parecía una momia. Había llegado a Barlovento después de la guerra hispano-norteamericana, procedía de Puerto Rico en donde había tenido unas plantaciones arruinándose después de que los norteamericanos devaluaron la moneda.

Don José de Salamanca tenía un concepto majestuoso del tiempo y hablaba de sucesos acaecidos en el siglo pasado con estupenda naturalidad:

—Hace unos años, cuando aquello del cólera de 1896 en Puerto Rico...

Asistía a don José de Salamanca un criado gallego que tenía la cara cruzada por una gran cicatriz.

Aparte de dicho criado también conoció el doctor Alier a otro gallego residente en Barlovento del que sólo recuerda su nombre de pila: Inocencio. Era hombre adinerado, dueño de una hacienda pero tenía grandes dificultades para encontrar quien se la trabajase:

— Es que don Inocencio no nos quiere —le explicó un día un negro al doctor Alier— ni siquiera nos pega.

Por la finca del gallego pasaba un pequeño tren que se movía principalmente debido a los esfuerzos de un técnico silesiano. Era ya de rigor que cuando el tren penetraba en la hacienda de don Inocencio, el silesiano detenía la máquina mientras que el hacendado se acercaba cortésmente a la vía acompañado por una negra que traía una bandeja y unas tazas de café con sal (en el trópico es conveniente tomar el café salado) para obsequiar a los viajeros.

El doctor Joaquín Alier se relacionó con un dominico montañés, el Padre Zapico, piadoso y entusiasta clérigo que, careciendo de dinero y de materiales, se había propuesto levantar un templo en Barlovento. El Padre Zapico montó una tejería, con un pequeño carrito tirado por una mula recogían arena del río y un día, cuando se les murió la mula, el propio padre se dispuso a arrastrar el carro.

Cuando el doctor Alier abandonó Barlovento en el año 1942 aún seguía allí el invencible dominico y ya le había puesto los cimientos a su Iglesia.

Entretanto en Caracas, María Teresa (nacida Ayxalia) había dado a luz a su primer hijo, Roger, y trabajaba haciendo traducciones para «El Tiempo».

Finalizada la II Guerra Mundial el doctor Joaquín Alier firmó un contrato con los holandeses y se dispuso a ejercer en las Indias Orientales recién liberadas de los japoneses. Se embarcaron en uno de los viejos «Libertys» de la guerra ahora acomodados para cargar y pasaje y, tras sufrir cuatro tormentas en el Pacífico, desembarcaron en Australia.

Durante algunos meses el doctor Alier trabajó en un campo de Sydney en donde recogían a los antiguos combatientes holandeses que habían pasado la guerra en prisiones japonesas. Alier prestaba servicios como psiquíatra porque la mayoría llegaban con el sistema nervioso destrozado.

El doctor Joaquín Alier llegó a Java cuando los malayos iniciaban la guerra contra los holandeses. María Teresa que con Roger iba siguiendo a su marido, vino a alcanzarlo en la base se Hollandia en Nueva Guinea.

En unos antiguos pabellones abandonados por los norteamericanos se habían congregado unos veintitantos colonos holandeses, también allí se encontraban concentrados uno 3.200 prisioneros de guerra japoneses. El doctor Alier tenía un ayudante japonés muy eficiente.

Entre las cosas curiosas abandonadas por los norteamericanos figuraba un piano que sirvió a María Teresa (una de las tres mujeres blancas de la base), para dar algunos conciertos. Fue allí donde le nació a la intrépida señora de Alier su segundo hijo, también un chico, al que impusieron el nombre de Carlos. En el parto fue asistida por su marido y, a los tres días, María Teresa ya estaba nadando en una playa defendida de los tiburones por bancos de coral.

Cuando a consecuencia de la guerra de Indonesia quedaron aislados fue preciso cazar y pescar para abastecerse. Solían cazar jabalíes desde un pequeño tanque abandonado por los yanquis. Algún día a falta de cosa mejor dicen —y cuesta trabajo creerlo— que llegaron a comer lagartos.

Finalmente desde Batavia (hoy Jakarta), vieron partir a los últimos holandeses y, en los meses siguientes, fueron testigos de la oleada de violencia nativa que le costó la vida a muchos de aquellos colonos que no habían abandonado sus tierras.

Como Joaquín Alier podía pasar por un holandés, ya que es uno de esos catalanes de tipo muy rubio y blanco, apenas sí se atrevía a salir de casa. María Teresa escapaba más fácilmente al peligro por ser muy morena, de pelo y ojos negros. Su rostro catalán, de corte tan clásico, me recordaba al de una mujer ataviada con el traje típico de Cataluña en un grabado del siglo XIX, y creía haber visto este grabado en la sala de un avieja masía pero como nunca fui capaz de precisar mentalmente de qué masía se trataba y conozco pocas, finalmente llegué a la conclusión de que podía haberlo soñado.

María Teresa hizo amistad con una esposa de Sukarno, que no era la Devi que tanto se mueve ahora por las páginas de revistas peluqueriles, y solía visitarla en aquel palacio de mármol, un día residencia del gobernador holandés.

La señora Sukarno la invitó, con otras señoras, a comer en el mismo comedor, todavía alhajado a la europea, que había sido el del gobernador. Le pregunté qué le habían dado de comer y detalló el menú: langostinos rebozados en guindilla, huevos de pato, carne cortada en minúsculos pedazos y cocinada en salsa de coco...

Cuando aquella larga historia de viajes finalizaba, de momento, en uno de los muelles neoyorquinos, el doctor Joaquín Alier callaba y María Teresa afirmaba con patriotismo:

—Mire, después de todo no hay nada en el mundo como Barcelona.

—III—

LOS CAMINOS SIN CAMINO

...Como perro olvidado que no tiene huella ni olfato y yerra por los caminos sin camino.

ANTÒNIO MACHADO

...Harto mejor haría yo en volverme a mi casa y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino...

Sancho a Don Quijote
(parte segunda, cap. XXVIII)

BUDA

ERA a fines de los *cincuenta* cuando yo me pasaba horas y horas pensando en las cosas de Oriente. China e india me tenían sorbido el seso como los libros de caballería a Don Quijote. No me pregunten a qué respondía un interés tan inusitado como desinteresado. Quizá se trataba de una forma de escapismo. Acaso pueda atribuirse a ese poso oriental que, desde Prisciliano para acá, se asienta en los últimos pliegues del corazón galaico.

Poso oriental, atracción mágica, *meigallo* telúrico que arrastró a Vicente Risco por los caminos del ocultismo y de la cábala y al doctor Roberto Nóvoa Santos por los del neo-panteísmo. Yo no fui tan lejos, seguramente por falta de sabiduría, que inclinación no me faltaba.

Todo amor precisa un alimento: compré un sinnúmero de objetos orientales y unos libros en alemán, francés e inglés. También pedía libros prestados o me los *tragaba* en la biblioteca de la Universidad de Bonn.

Aquellos ritos, etiquetas y castas de la China Imperial me divertían mucho. Algunas veces resultaba forzoso acordarse de España. También me fascinaba el descubrimiento del budismo, la dulce religión negadora de toda violencia, la que incluye la ignorancia entre los pecados capitales.

Aún era lo bastante joven para creer posible todo aprendizaje, me hice con un «Teach yourself chinese», «Aprenda el chino por su cuenta».

Supe que *dulce* en chino se pronuncia *kan* y *perverso ken* y *tiempo chen*. Si usted quiere decir esta frase: «Hermano, soy todavía joven, he vivido vanamente durante 55 años», dirá: «Hsiung ti hai hsiao hsü tu la wu shi wu sui».

Muy bonita lengua. No adelanté gran cosa en su conocimiento. Descubrí en cambio que, contra lo que siempre había pensado, no me faltaba fantasía. Cuando regresaba a casa desde Bonn, después de haber efectuado mis compras en el supermercado central, me divertía imaginando que me había convertido en una bellísima y muy celebrada princesa oriental, que vivía en un palacio rodeado de asombrosos jardines y lagos artificiales. Tenía —por supuesto— la misma afición a la literatura y, como los jardines al palacio, me rodeaba una corte de poetas que escribían en mi honor versos muy inspirados, contando a las cosas buenas y simples que tiene la vida.

Ensimismada en tales fantasías, a veces me pasaba de estación y, en vez de apearme en la de la avenida del Rin, que me correspondía, me iba casi hasta Mehlem y tenía que volver a pie, con mis salchichas en la mano, soportando la lluvia, que en Alemania siempre llueve.

Por aquellos mismos tiempos en que yo me había rendido al embrujo de Oriente, llegó el escritor catalán José María Gironella, tan celebrado por su novela «Los cipreses creen en Dios» (1). Entonces —era por el año 1957— aún no había escrito «Un millón de muertos». Pensaba escribirlo en Finlandia.

(1) Seguro por lo que se refiere a los cipreses, Gironella al parecer desconfiaba respecto a los españoles. A fin de contabilizar el grado de espiritualidad de aquellos a su juicio más notables, les envió en 1968 un cuestionario en donde se les preguntaba con naturalidad:

¿Cree usted en Dios?

(En caso negativo indicar la teoría que más le seduce en cuanto al posible origen de la Creación. En caso afirmativo, indicar si cree Vd. simplemente en un Dios-Creador, o si cree que ese Dios es también *personal* es decir relacionado de alguna manera con el hombre y con nuestra conciencia individual).

Gironella, acompañado por su gentilísima mujer Magda, visitaba Alemania para recibir asistencia médica. Había sufrido ciertos trastornos psíquicos desde aquel día en que, saliendo de la *misa del gallo* en la catedral de Gerona, creyó que las campanas le estallaban en la cabeza.

Gironella —gran conversador— nos contó de sus alucinantes experiencias, que luego formarían parte de un libro «Los fantasmas de mi cerebro».

Yo me temía que en Alemania le iban a matar porque le sometieron a unas curas impresionantes, colgándole de la cabeza y martirizándole más que martirizaron a San Lorenzo en la parrilla, pero Gironella afirmaba que todo aquello le sentaba muy bien y que se sentía muy aliviado.

Gironella estaba hospitalizado en la clínica del Venusberg. En las sucesivas visitas me contó cosas de su vida que, al regresar a casa, yo escribía minuciosamente por miedo a olvidarlas. Así supe de su niñez, como hijo de un fabricante de tapones, de su adolescencia en el Seminario, de cómo le quitó la vocación una chica de pelo rojo (2), de su huida de la «zona roja» a la «nacional» y de la «nacional» —cruzó a pie los Pirineos— a Francia...

Me habló mucho de un primo suyo, anarquista, exiliado en el Sur de Francia y que se pasaba los días de fiesta tallando Cristos de madera. Una personalidad muy extraña la de aquel primo, imagino que Gironella le habrá sacado en alguno de sus libros. José María nos regaló una de sus novelas, publicada durante la II Guerra Mundial y que por aquellos días se había reeditado. Fue escrita —explicó— mientras era librero en Gerona. La acción se desarrollaba en un par de ciudades alemanas desconocidas para Gironella. Las describió empero, documentándose antes en el *Espasa*. Lo que más me gustó del libro fueron precisamente las descripciones de Munich y Hamburgo. Posiblemente si Gironella llega a conocer estas ciudades «in situ» en vez de conocerlas por el «Espasa» no hubieran resultado tan bien.

No milita Gironella entre los escritores ególatras. Es un hombre afable, que se interesa por los demás. Al saber que yo escribía quiso saber qué es lo que estaba haciendo.

Le dije la verdad: salvo pergeñar algún que otro artículo no hacía otra cosa que no fuera instruirme. Había llegado a un punto en la vida en que la ignorancia me pesaba mucho y estaba tratando de cultivarme. ¿Con éxito? No señor, con muy poco éxito, en vez de progresar iba para atrás como el cangrejo.

Gironella me sugirió que escribiera una novela. Le respondí que ya tenía tres escritas bajo el denominador común de que la acción siempre se desarrollaba en La Coruña.

No, nunca las había mandado a ningún concurso, seguramente por timidez, tampoco se las había ofrecido a un editor. En realidad no quería publicarlas y ni siquiera sabía dónde estaban metidas.

Era probable —apuntó Gironella— que las obras primerizas acusaran una falta de experiencia. Debía hacer un nuevo ensayo ahora que ya había conocido tanto mundo. Ahora que podía hablar largamente del periodismo internacional, de la ONU, de Norteamérica, de Alemania, de Francia y de los países escandinavos...

No desatendí los consejos del famoso novelista. Al día siguiente cogí la máquina y, penetrada de un gran entusiasmo, inicié una nueva novela cuya acción discurría en... ¡La Coruña!

(2) Mientras Gironella evocaba al seminarista que fue, venía a mi mente el recuerdo de una página de Castelao «Na mesa de pedra do cruceiro, aquèla mesma tardiña, pousaron o corpo morto dun rapaz que veu do servicio; por aquela congostra vai un estudante de crego cavilando na mozo do pano roxo que lle robóu a vocación. E ó lonxe cantan un alalá.

Acordándome de un amigo de infancia le di al protagonista de mi novela el nombre de «Rodolfo». Era un joven de unos 25 años que físicamente se parecía al más guapo de mis primos. Moralmente, y a pesar de su marcado *despiste* no carecía de ciertos atractivos. Era una mezcla entre Domingo Quiroga *joven* (3), un pariente lejano nuestro que se fue a evangelizar a los negros de Africa y parece ser que los negros se lo comieron y yo misma.

«Rodolfo» vivía en una de las casas de la Avenida de la Marina, descrita con preciosismo tanto en su encristalado exterior como en el ornato interior.

Licenciado en Derecho y periodista «amateur», «Rodolfo» era un ser desventurado e inadaptado. Escribía en el periódico local una columna deportiva y estaba especializado en «tennis» y en las regatas de balandros.

El primer capítulo de mi libro estaba dedicado a contar cómo era la casa de «Rodolfo» en la Marina, el segundo capítulo se centraba en la redacción del periódico local.

Describía a uno de los antiguos redactores, mentor y amigo de «Rodolfo» y para este retrato me había inspirado tanto en don Alejandro Barreiro como en don José García (4).

En cambio el director era producto de mi fantasía. Contaba que, antes de sentarse a despachar, sacaba del bolsillo, primero la pluma estilográfica y después dos pistolas que depositaba sobre la mesa. Era un hombre extraordinariamente respetado, sólo le gritaba una novia muy celosa que, de cuando en cuando, se presentaba en la redacción para armarle escenas.

Pasados unos días Gironella me preguntó qué tal marchaba mi novela y yo le dije que era un primor. Escribía unos treinta folios diarios. Qué barbaridad —dijo Gironella—, qué barbaridad... Se ofreció como crítico y, aceptando gozosa su invitación, le llevé mi manuscrito una mañana en que por casualidad no llovía y brotaban las primeras flores de primavera en el bosque germánico.

Aunque seguía en cama, Gironella ya no estaba *colgado* me prometió que al día siguiente me daría a conocer su opinión. Volví a la clínica y, con mucho embarazo, le pregunté:

—Qué... ¿qué tal te ha parecido?

—Si he de ser sincero —confesó Gironella— muy mala.

Le agradecí su sinceridad, pero me dejó aniquilada.

Gironella expuso los defectos de mi obra: dedicar todo un capítulo a la sala, pasillo y *retrete* de la casa de Rodolfo era excesivo; ni el periódico ni los periodistas

(3) Escritor, famoso economista y técnico en cuestiones marítimas, exfuncionario de la FAO, Domingo Quiroga recibió el Premio Valle Inclán del Centro Gallego de Buenos Aires por su obra «Padre Maestro», y el «Fernández Latorre» en 1973.

(4) Extroyano, compañero y amigo de Pérez Lugín, secretario de la Real Academia Gallega, periodista y largos años director de «La Voz de Galicia», Alejandro era hijo de Bernardo Barreiro, arqueólogo e historiador, fundador de «Galicia Diplomática» y autor de «Brujos y Astrólogos de Galicia».

Aun en una ciudad de tan intensa tradición republicana como La Coruña muy pocos igualaron el fervor de don José García Fernández quien, en señal de duelo se puso una chalina negra el 29 de diciembre de 1874, y la llevó puesta hasta el día 14 de abril de 1931. De I República a II República: 57 años de luto. Tras recibir de sus amistades y correligionarios un medio centenar de corbatas de color, don José García falleció en la primavera de 1932 y, respetando su última voluntad, le enterraron envuelto en la bandera republicana.

Yo aún me acuerdo de don José que me quería mucho. Recuerdo incluso haberle preguntado pocos días antes del 14 de abril: «Don José ¿Por qué lleva siempre esa corbata negra?». «Niña —me dijo— por la muerte de la I República». Y así yo me hice a la idea de que se trataba de alguien muy querido, tal vez de una persona de su familia.

descritos resultaban «reales» y otro tanto ocurría con la persona de «Becerriña», el amigo íntimo de Rodolfo. Era una pena, insistió Gironella que yo me empecinara en no salir de La Coruña cuando con tanta facilidad podía hablar de Nueva York o de Chicago ciudades bastante más interesantes y *dramáticas*. Tendría que buscar temas de mayor trascendencia.

Medité en cuanto me decía Gironella y a mí misma me pasaba que, habiendo vivido durante años y años en el extranjero, cada vez que cogía la pluma me ponía a describir mi ciudad natal.

Se trataba de un fenómeno muy sorprendente. ¿Valía la pena haber ido tan lejos para, mentalmente, no haber salido nunca de la Calle Real? ¿O tiene razón ese adagio latino según el cual ningún hombre puede saltar sobre su propia sombra?

Lo cierto es que, habiendo pasado por tantas sociedades, a mi la única que de verdad parecía conmoverme era aquella por la que se movía mi pobre Rodolfo. Una sociedad que a Rodolfo no le gustaba nada y acerca de la cual siempre le estaba diciendo a su amigo Becerriña:

«Habría que destruir todo esto a palos, habría que acabar con *todo* y con *todos*».

Es fácil, especialmente para aquellos que ya están predispuestos, sentir el peso de la melancolía en el país de Werther.

Después de arrojar airadamente en el último cajón de una cómoda mi manuscrito «Rodolfo» me sentí muy aplanada.

No tenía ganas de nada; ni siquiera tenía ganas de vivir. «En el fondo —pensé— es una suerte morirse joven como Aurelio Aguirre (5), irse a bañar en un día de verano al Orzán y que se lo trague a uno el mar...».

Morirse en el Orzán ¡vaya! ¿Morirse en Alemania y que, por razones de economía o por lo que sea, no le lleven a uno a enterrar a su ciudad? Tal perspectiva me causaba un secreto terror. Si se quiere era ilógico pero ¿somos tan lógicas las personas?

Yo creo que es una señal de juventud pensar mucho en la muerte.

Vivíamos en un lugar muy bonito, casi a orillas del Rin. Teníamos enfrente las siete colinas legendarias y las tierras que fueron palenque de la lucha entre Sigfrido y el dragón.

Nuestra casa se alineaba en un pequeño camino y, siguiéndolo, uno se encontraba súbitamente en un bosque, propiedad de unos judíos exiliados. Era aventurado pasearse por el bosque al atardecer por ser uno de los puntos predilectos de los maníacos sexuales.

A mí se me presentó un día uno y tuve que levantar el paraguas dispuesta a rompérselo sobre las costillas. Pero no intentó violentarme, se limitó, sacando sus partes, a contorsionarse en obscena danza y luego desapareció entre los grandes árboles. Era el segundo exhibicionista que se cruzaba en mi camino.

El primero se había presentado cuando yo tenía unos 8 ó 9 años en los jardines de Riazor. Recuerdo que el coruñés era un hombre viejo, con gabardina, el alemán era joven y pálido con cara de fantasma.

En el curso de mis paseos, rara vez meditaba en los sucesos de la actualidad. Mi imaginación siempre volvía hacia atrás recreando mi propia vida, especialmente los años de la infancia. La Coruña, vista a dos mil kilómetros y a treinta años de distancia, se convertía en una ciudad extrañísima y los sucesos que, en su momento me

(5) Poeta romántico de Galicia, amigo de Rosalía Castro y de Manuel Murguía, Aurelio Aguirre falleció ahogado en La Coruña, el año 1857, a los 24 años de edad.

habían parecido rutinarios, cobraban un extraño relieve. Me sucedía, por ejemplo, acordarme de Herminia, o del joven Jaurés, uno de los «hermanos de la legia» (6), o me acordaba de mi tía Macusa que no había conocido pues murió tísica el año 1923, me acordaba de muchas cosas y algunas bien raras. Aquel empeño en la recreación del pasado podía transformarse en una carga excesiva y yo intentaba aliviarme de la misma a través de la confesión amistosa. Sostenía largas conversaciones con una vieja amiga, nacida en San Petesburgo, rusa blanca.

Yo le preguntaba a Wanda, puesto que ella había vivido más y tenía mayor experiencia, si era natural aquel interés obsesivo por el pasado, le preguntaba también por qué tenía yo tal sensación de culpabilidad por cuanto no recordaba haber hecho nada malo.

Wanda atribuía esta sensación de culpa al pecado original; caso de hacerme espiritista se desvanecería. Me prestaba muchos folletos editados por la sociedad de Teósofos. La capilla de los teósofos estaba allí misma, en el seno del bosque cerca del punto en donde se me pareció el maníaco. Muchas veces acompañé a Wanda hasta la puerta de la capilla pero no entraba nunca ni la rusa me pidió que lo hiciera.

Mi amiga era muy reaccionaria y políticamente no congeniábamos. Yo despertaba su irritación manteniendo que los comunistas no podían ser tan malos *en todo*, que posiblemente en la Unión Soviética se encontrarían cosas buenas, dignas de admiración (7).

Wanda siempre estaba hablando de un poeta simbolista de San Petesburgo, espíritu muy afín al suyo, y del cual estaba traduciendo su obra completa al alemán. (8).

Wanda creía que entre los rusos y los españoles existían secretas afinidades y yo me inclinaba a darle la razón, juzgando que históricamente ambos pueblos han sido muy desgraciados.

Un día en que me paseaba por la vera del Rin pensando en las musarañas oí que me llamaban:

—Josefina.

Me volví y era una señora alemana a la que conocía aunque no mucho. Llevaba un sombrero calado hasta la nariz, un impermeable que le llegaba a los zapatos y, en la mano, un paraguas del tipo «porra». Esta señora se había quedado viuda en plena juventud pero no se había podido casar de nuevo por pertenecer a la generación sin esperanzas: a la diezmada por la guerra. En vez de lamentarse sobre su amarga suerte tuvo el mérito de hacerse dentista.

Excelente persona. Le estropeó la boca a una de mis íntimas amigas.

Josefina, con quien me había confundido, era una española a la que yo también tenía el gusto de tratar. Amable y simpatiquísima criatura. Mujer de una estatura aproximada a la mía y que hubiera sido muy arrogante de no tener un hombro más alto que otro y la cintura más ancha que la cadera. De cara resultaba exótica y no sólo en Alemania sino incluso en su propio país.

(6) Joven socialista de La Coruña, sacrificado en 1936.

(7) Entre aquellas prácticas que, a mi juicio, probaban la bondad intrínseca del pueblo ruso, se contaba aquella tan admirable de comprar un pájaro para darle la libertad...

(8) Era Alexander Alexandrovich Blok, San Petersburgo 1880-1921.
Del libro que estaba escribiendo Wanda recuerdo tan sólo estas dos frases: «Amo terriblemente la vida» y refiriéndose a los suicidas de Petersburgo esta frase del mismo Alexander Blok: «Son gente que vivían tan sólo el presente; es decir, vegetaban; la vida sólo se puede vivir en futuro».

Se parecía a esos negritos que presentan como *blanco* en las casetas de tiro de las ferias.

Aquellos defectos que pudieran hallarse en el estudio de su físico, Josefina los compensaba ampliamente con la dulzura de su carácter. Era, además, extraordinariamente sociable. Una vez en que yo fui a hacerle la visita me abrió la puerta su doncella joven natural de las Batuecas y que, posteriormente, hizo una gran boda. Se casó con un encerador de pisos, profesión altamente renumerada en Alemania. En viaje de novios fueron al pueblo de la novia y, en cuanto divisaron a la Pepita, subida en el *Mercedes Benz*, muchas jóvenes de las Batuecas liaron el petate para emigrar.

Cuando yo visité a Josefina aún la Pepita estaba lejos del feliz día en que enamoró al encerador de pisos, aún no soñaba con subirse a un *Volkswagen* y ya no digamos a un *Mercedes*. Sonrió afablemente y me dijo que tal vez su señora no me podría recibir porque estaba algo indispuesta. Fue a hablar con ella y volvió con este gentil recado:

—Dice la señora que pase, que no tenga aprensión, que sólo está abortando.

Aquellas condiciones de sociabilidad y amabilidad que distinguían a Josefina desaparecían, empero, cuando iba a los toros. Esto yo no lo pude comprobar personalmente porque, a partir de 1955 en que reconsideré seriamente esta cuestión soy anti-taurómaca, pero una amiga mía que fue con ella a una de las corridas de San Isidro, me aseguró que había sufrido mucho.

Llevada tanto por el propio entusiasmo como por la indignación que le producía la desgana del matador, Josefina gritaba:

—Arrímate hijo de p... no tengas miedo, c...

Aquel su vivo empeño de excitar la disposición del torero atraía sobre ambas señoras la atención del graderío. Algunas de aquellas gentes, que no conocían las prendas de Josefina, la consideraron bastante ordinaria.

El vivo sentimiento, provocado por la presunta semejanza con Josefina debió transparentársele en el rostro, por cuanto la dentista se detuvo ligeramente desconcertada y me dijo:

—¡Oh! disculpe *Frau* Armesto, desde lejos la confundí a usted con Josefina.

Estuvimos un rato hablando de esos temas que los argentinos denominan «sonsadas» y luego volví a casa y me encerré en el dormitorio de invitados que tenía un gran armario de estilo cubista con espejo de luna.

Pasé un gran rato contemplándome y decidí que, por lo que al físico se refería, era, en efecto, *igual* a Josefina.

Me tumbé un rato aunque no le tenía afición a aquella cama quizá porque, al alquilar la casa, me habían dicho que en ella había muerto un cónsul general de Guatemala.

Estando pues allí tumbada y bastante deprimida me acordé del fallecido cónsul general de Guatemala y recé un *Padrenuestro* por su eterno descanso.

La amiga que acompañó a Josefina a los toros, y que era la misma a quien desgració la boca la dentista alemana, tuvo que operarse de apendicitis y fue a visitarla después de la operación. Estaba en la misma clínica donde se curó de sus males Gironella quien, entretanto, había llegado a Finlandia con unos cuatrocientos kilos de equipaje pues se llevaba consigo setecientos libros sobre la guerra civil.

Cuando estaba acompañando a mi amiga se me ocurrió preguntarle por un albañil que trabajaba en la construcción de un pabellón anexo y al cual había conocido durante el curso de la enfermedad de Gironella.

Se trataba de un chico aragonés de unos 24 años, delgado y moreno, natural de un pueblo cercano al de La Almunia de Doña Godina. Este joven era de espíritu muy alegre y siempre estaba cantando jotas. Gironella decía que las jotas le animaban mucho y que la presencia del albañil contribuía a su recuperación moral.

—Estarás muy divertida oyendo cantar al aragonés —se me ocurrió decirle.

—Calla, calla —me respondió— ¿no sabes que ha muerto?

Resulta que el aragonés con sus primeros marcos se había comprado un coche de segunda mano y se mató el primer día en que pisó la autopista de Frankfort.

Era una historia si ustedes quieren banal: un emigrante que canta, que tiene una novia, que se compra un coche, que se mete en la autopista y que muere. En lo sucesivo oiría muchas historias semejantes. Pero aquella primera versión me afectó mucho, revelándome una vez más la tremenda crueldad de la vida.

«Mienten los que nos ofrecen falsos consuelos, falsas esperanzas —pensaba— el hombre está siempre solo, solo frente a su dramático destino y sobre él planean, como pájaros siniestros, la tiranía y la miseria...».

Leía entonces mucho a Luis Pimentel, el poeta existencial gallego, con él repetía: «Cuánto terror llevamos los hombres».

Le hablé a mi amiga rusa de la muerte del albañil pero ella no pareció afectarse por la tragedia de un desconocido.

—Bien sé que tampoco yo debiera sufrir por ella —le dije—, yo también he leído a los *estoicos*, bien conozco que hay que ponerle límites a la piedad, sin embargo me afecta esta tragedia de la emigración, no puedo acostumbrarme, me rebelo contra la injusticia...

Wanda reconocía que, debido a los extremos de mi apasionado carácter, era difícil que yo alcanzara aquí la felicidad completa.

Seguramente —ella lo presentía— sería muy feliz en mi próxima *reencarnación*, alcanzando en mi nueva vida un grado excelso de serenidad.

Esta perspectiva en la que ella parecía tener tal confianza hubiera debido regocijarme. ¿Me alegraba? No señor, en absoluto. Si ya me pesaba esta vida ¿para qué quería otra?

La misma noche en que me enteré de la muerte del albañil aragonés, soñé que era una niña gallega de catorce años, que emigraba a los Estados Unidos reclamada por unos tíos y que, al desembarcar en Nueva York, por no tener los papeles en regla, me aprisionaban en aquella siniestra fortaleza de Ellis Island. (9).

---

(9) Los emigrantes españoles de Nueva York, y más concretamente aquellos gallegos que traté tanto, vivían siempre bajo el temor de dar con sus huesos en la siniestra isla, Ellis Island, así llamada —me dijeron— porque en el siglo XIX había sido propiedad de un acaudalado israelita, Samuel Ellis.

Aquel temor de los emigrantes llegué a compartirlo con tal intensidad que, siempre que cenaba copiosamente, soñaba con que estaba apresada en Ellis Island.

Adivino que en mi pesadilla se entremezclaban las vivencias de Tita, joven mariñana reclamada por un tío neoyorquino a fines de los años *cuarenta*. Al llegar la metieron en Ellis Island acusándola de que, siendo trabajadora, se fingiera estudiante para entrar en los Estados Unidos. Tita me contó que, a traves de los balcones enrejados veía el único árbol de la isla y, detrás del árbol, levantantando su antorcha estaba la gran matrona que oficialmente saluda a los exiliados y perseguidos: la diosa de la Libertad. Finalmente Tita logró entrar en Nueva York pero, no habiendo conseguido licencia para quedarse, marchó para Caracas donde también tenía parientes y donde, tras estudiar secretariado, acabó contrayendo matrimonio con su rico jefe.

A través de los barrotes de mi celda yo divisaba los rascacielos de Manhattan.

La segunda noche tuve otra pesadilla. Soñé que acompañaba al ejército «rojo» en su retirada por Cataluña, que cruzaba la frontera llorando y que pasaba mi primera noche de exilio en una playa custodiada por senegaleses armados de metralletas. (10).

En la tercera noche soñé que no era el albañil aragonés, era yo misma la que había muerto en la autopista de Frankfort. Sufría el choque directamente en mi corazón y yacía muerta sobre el asfalto mojado mientras me tapaban el rostro con un paño lleno de grasa.

Me desperté sobresaltada, el pecho cubierto por un sudor frío.

A la mañana siguiente se me ocurrió ponerme a escribir la vida del príncipe Sidharta, luego conocido como el *Venerable Gotama* y, finalmente, como el *Buda Perfecto*.

Hace unos veinticinco siglos hubo en la India un rey que se llamó Sudhodana, cuyos dominios se extendían al norte de Benarés y al pie de los Himalayas. Los súbitos de este rey eran los sakiyas.

En Kapilivastu —capital de su reino— habitaba el rey Sudhodana, el cual poseía innumerables palacios amenizados por los extensos parques de recreo; en sus cuadras había elefantes blancos destinados a prestar mayor lucimiento a las procesiones rituales. Tenía, además, multitud de esclavos, bailarinas, concubinas y caballos de pura raza.

Los sakiyas, aunque de naturaleza indómita y guerrera, ensalzaban a su señor porque éste era siempre justo y no podía ser tachado de crueldad como otros soberanos de estados fronterizos que gobernaban bajo un régimen de terror. Por el contrario Sudhodana era tan pacífico que sólo hubiera empuñado las armas para repeler una agresión. Dentro de su propio país imperaba la calma y el bienestar.

Sin embargo, aquel príncipe tan querido y respetado por su pueblo y en posesión de tan exaltados bienes de fortuna, no había alcanzado toda la felicidad que merecía porque le faltaba un heredero a quien legar su dignidad y sus tesoros.

Maha Maya, la esposa del rey Sudhodana, había cumplido los cuarenta y cinco años sin haberle dado al rey aquel infante que el pueblo sakiya esperaba. Y ya habían desesperado de recibir tal bendición cuando un día, reflejando extraordinario resplandor y contento, la reina Maha Maya comunicó a su esposo que se hallaba encinta.

El rey, a su vez, se lo comunicó al gran chambelán y el gran chambelán hizo que un portavoz de palacio leyera un comunicado en la plaza de Kapilivastu frente al templo de Brahma.

Y la alegría fue general en el país de los sakisyas.

Meses más tarde, mientras se recreaba en el centro de uno de los extraordinarios jardines adosados al palacio real, la reina Maha Maya sintió que había llegado su hora y, suspendiéndose de la rama de una higuera, alumbró sin dolor al príncipe heredero que resultó ser un niño muy bien formado, cuya llegada al mundo hizo florecer almendros, cerezos y otros árboles que aún no habían florecido.

---

(10) Nuevamente las vivencias ajenas intervienen en la formación de esta segunda imagen. Había oído hablar de aquella *noche triste* así como de la barbarie de uno de los senegaleses. A la mañana siguiente —me contaron también— en la playa no se encontraron rastros del brutal individuo ni del arma de la que se había servido para golpear a los indefensos prisioneros españoles.

Era tal la perfección del recién nacido que todos sus súbditos le adoraron como a una pequeña divinidad.

Se le impuso el nombre de Sidharta y, como siete días después de su nacimiento murió la reina Maha Maya (quien dice que de calenturas puerperales, quien que de la alegría de haber traído al mundo a un futuro Buda) se encargó de criarlo su tía de difícil nombre, la princesa Mahapradjapati Ganotami, asistida por treinta y dos nodrizas.

La princesa Mahapradjapati etc., era la segunda esposa del rey Sudhodana.

Habiéndose extendido por el país y comarcas limítrofes noticias relativas a la extraordinaria perfección del príncipe heredero, tales nuevas llegaron (de un modo misterioso) al inaccesible retiro de un *rishi*, u hombre santo, quien vivía en un pico de los Himalayas, alimentándose de raíces silvestres y haciendo penitencia.

Este *rishi* se llamaba Asita y era mucha su fama de santidad.

Por inspiración celestial, Asita decidió ir a visitar al futuro Buda. Tenía, como tantos otros *rishis*, la facultad mágica de volar, si bien era tanta su modestia que sólo recurría a los poderes extrardinarios en casos de gran necesidad.

El *rishi* Asita bajó, pues, de los montes Himalayas, montado sobre un pájaro, agarrado a su capa traía un sobrino, Naradatta, el cual, aunque de piadosas costumbres, aún no había alcanzado la ingravidez de un *rishi*.

Siempre con el sobrino pegado a su capa, voló el hombre santo sobre los templos, sobre las cuadras de elefantes, sobre los campos de deportes, sobre los palacios y sobre las casas de Rapilivastu. Si algún sakiya miraba al cielo y veía correr aquella sombra imaginaba que era un águila gigantesca bajada de los Himalayas.

El *rishi* tomó tierra en el patio del palacio real y pidió ver al príncipe, la fama de cuyas perfecciones —dijo— alcanzado su retiro era el motivo de su visita.

Y al reconecer al piadoso ermitaño, los palaciegos se inclinaban reverentes. Siempre seguido por su modesto sobrino y discípulo, el hombre santo llegó hasta la rica sala donde el príncipe heredero dormía en cuna de oro. Al ver al niño, el *rishi* reconoció en él las veintidós marcas de la grandeza y exclamó:

—En verdad que una personalidad maravillosa ha venido al mundo.

Y tras pronunciar estas palabras se echó a llorar.

Entonces el rey Sudhodana tembló por el destino de su hijo recién nacido y así la habló al hombre santo:

—¿Por qué lloras *rishi*? ¿Por qué suspiras con tanta aflicción?, ¿es que algún peligro amenaza a mi hijo?

—¡Oh rey! No es por el pequeño príncipe —respondió el triste *rishi*— lloro por mí mismo. Soy viejo y ya no veré al Buda iluminado.

Y las gracias del príncipe Sidharta fueron acentuándose mientras crecía de tal forma que verle era amarle.

A los seis años le enviaron a la escuela, esfuerzo enteramente innecesario porque el príncipe sabía al nacer más de lo que sabían al morir los maestros de Kapilivastu.

Afortunadamente su modestia le permitía ocultar su sabiduría. El rey Sudhodana, encantado por sus gracias al acordarse de las lágrimas del *rishi*, temblaba.

Temeroso de que el príncipe eligiera el camino que lleva a la perfección, camino siempre cubierto de espinas, le rodeó tan sólo de personas y cosas de naturaleza amable, apartando de él cuanto pudiera entristecerle. Pretendía el rey de los sakiyas criar al infante en la ignorancia del dolor.

A los diecinueve años, el príncipe Sidharta se vio en la obligación de elegir una

esposa y el príncipe (sin reparar en nacimiento, categoría o fortuna), buscó a la muchacha más bella y virtuosa del reino, demostrando con su juiciosa elección que no le cegaban las apariencias. Acaso, como los yoguis, estaba dotado de la facultad sobrenatural de leer los pensamientos.

La que iba a ser esposa del príncipe heredero se llamaba Yasodhara y era la hija de un cacique local. Su boda fue ocasión de grandes regocijos y fiestas y el príncipe, aunque tal vez añorase algo muy distinto, se resignó a vivir en la ociosidad.

Una ociosidad iluminada por muchos placeres.

Hermosas muchachas bailaban, cantaban y tocaban instrumentos musicales a fin de ahuyentar la melancolía del príncipe.

El rey Sudhodana regaló a su hijo tres palacios: uno para los meses de frío, otro para los de calor y un tercero para la estación de la lluvia.

Recibió, por añadidura, el príncipe varios parques de recreo, poblados de animales y llenos de pájaros y de flores.

Y así el príncipe vivía la hermosa existencia sin trabajo de los que son jóvenes, poderosos, ricos y amados.

La tranquilidad del rey Sudhodana fue mayor en el momento en que la princesa Yadsohara dio a luz un niño al que se le impuso el nombre de Rahoula. Por fin el rey de los sakiyas veía asegurada la prolongación de su linaje. El nacimiento de Rahoula ocasionó nuevas fiestas y el soberano derramó generosamente limosnas entre los más pobres y necesitados, cuya existencia apenas sí sospechaba el príncipe heredero que ya había cumplido los veintinueve años.

Hasta que llegó el día en que el príncipe salió de su amable limbo. Era orden del rey que, al paso de la carroza real, apartaran de las calles a los pobres, a los viejos y a los enfermos. Sólo los jóvenes, bellos y hermosos podían ser vistos por el príncipe heredero. Sucedió que, bien por descuido de los guardias encargados de realizar la operación de «limpieza», bien porque así estaba dispuesto por una fuerza superior, que un anciano, doblado por el peso de los años y mostrando las lacras propias de su avanzada edad, fue divisado por el príncipe el cual, no habiendo recogido anteriormente una imagen semejante, fue preso de un gran pavor. Mandó detener su carroza e hizo subir a su escudero Tchandaka:

—¿Qué es eso que veo? —preguntó señalándole al anciano

—Señor, es un viejo —le respondió simplemente Tchandaka— y todos hemos de sufrir un destino semejante si vivimos tanto como él.

Y el escudero le dio esta respuesta olvidando que el príncipe ignoraba el principio de la tragedia humana. Sucede muchas veces que los cortesanos, habituados a la enrarecida atmósfera que priva en palacio, llegan a perder el sentido de la realidad, y así Tchandaka se mostraba extrañado de que el príncipe desconociese aquello mismo que él y los otros siempre habían tratado de mantener oculto ante sus ojos.

Y después de haber visto al anciano el príncipe tuvo la sospecha de que la vida es dolor.

Días más tarde, viajando igualmente en la carroza real, Sidharta vio a un hombre enfermo, el cual yacía sobre sus propios excrementos mostrando un aspecto bien repugnante. Horrorizado, el príncipe volvió a llamar de nuevo a su fiel escudero y le preguntó por qué razón aquel hombre se hallaba en tan miserable estado.

—Señor es un enfermo —le respondió Tchandaka— todos podemos sufrir males semejantes.

Y desde aquel día el príncipe rumiaba la sospecha de que la vida es dolor.

Por último el príncipe, siempre desde su carroza, divisó por primera vez a un

muerto. La fetidez del cuerpo descompuesto, abandonado como pasto de buitres, provocó en él un sentimiento de enorme angustia. Nuevamente mandó detener su carruaje y, en silencio, contempló el cadáver.

Apartando al fin sus ojos de aquellos restos putrefectos, Sidharta los posó sobre su fiel escudero.

—¿Qué es eso? —preguntóle, si bien algo en su tono hizo pensar a Tchandaka que el príncipe conocía de antemano la respuesta.

—Es un muerto, señor, y tarde o temprano todos tenemos que morir.

Y aquel día el príncipe de los sakiyas supo con certeza que la vida es dolor.

Al descubrir la existencia de la enfermedad, de la vejez y de la muerte, el rostro de Sidharta se ensombreció; era en vano que las bailarinas se despepitaran bailando en su presencia las más voluptuosas danzas, que el príncipe no las miraba; era en vano que el coro de infantes rivalizara en gorgoritos con los ruiseñores, que el príncipe no les oía; era en vano que los cocineros de palacio sazonaran las más exquisitas viandas, que el príncipe había perdido el apetito.

Y así vino a ocurrir que, yendo en su carroza y en compañía del fiel Tchandaka, vio por primera vez un hombre vestido de amarillo, con la cabeza rapada y una escudilla en la mano. En su rostro se reflejaba la más extraordinaria expresión. ¿Era acaso la paz que el angustiado príncipe iba buscando?

Al ser interrogado Tchandaka respondió:

—Es un monje errante, señor, un hombre santo que ha renunciado a todos los placeres del mundo.

Y sin decir palabra, el príncipe heredero se quedó mirando al monje de la cabeza rapada y ropaje amarillo.

El príncipe Sidharta fue a ver a su padre para comunicarle la decisión que había tomado. Al entrar en el palacio se iluminó misteriosamente con su presencia.

Se despertó el rey, al socaire de esta claridad, y mandó llamar a su chambelán para preguntarle:

—Majestad —le respondió el chambelán— aún es noche, esta claridad no es la del sol.

El rey Sudhodana advirtió que la luz emanaba del cuerpo de su hijo.

—Señor —le comunicó el príncipe— mi hora ha llegado, he de emprender el camino que lleva a la santidad.

Sudhodana se acordó de las lágrimas del *rishi* y lloró a su vez; le prometió al príncipe todas las gracias a cambio de que no abandonara el palacio.

—Me quedaré —dijo Sidharta— si me garantizáis que estaré para siempre exento de la vejez, de la enfermedad y de la muerte.

—Eso no está en la mano de ningún mortal —reconoció tristemente el rey.

Y el príncipe Sidharta se retiró a su palacio, en donde las bailarinas cansadas de esperarle se habían quedado profundamente dormidas. Sidharta las miró y un sentimiento de repugnancia le invadió. «Son cadáveres» —pensó. Y sentado sobre su lecho meditaba.

Entretanto el rey mandó armar a todos sus hombres para impedir la salida del príncipe heredero. Y los soldados estaban alerta y las puertas de la ciudad cerradas.

Sidharta fue a despedirse de su mujer y de su hijo.

Yasodhara dormía abrazada al pequeño Rahoula y el príncipe pensó: «No les despertaré ahora, cuando haya logrado lo que busco, volveré».

Abandonó el palacio, la luna llena de julio iluminaba la noche. En el patio le

aguardaban su escudero Tchandaka y su caballo Kantchaka. El escudero, entre lágrimas, le suplicó:

—Señor, no nos abandonéis.

El caballo, queriendo apartarle de su propósito, relinchó para avisar a la guardia, mas los quinientos centinelas no le oyeron porque estaban sumidos en un sueño mágico tan profundo que ningún ruido podía despertarles.

Misteriosamente se abrieron las puertas de la ciudad y el príncipe heredero de los sakiyas galopó en la oscuridad de la noche, su lloroso centinela agarrado a la crin.

Fue entonces cuando el príncipe Sidharta vio venir a Mara, el demonio, y éste le dijo:

—Si vuelves a Kapilavastu, en siete días te haré rey del universo.

—Apártate de mí —le contestó el príncipe.

Y desde entonces Mara le seguía, como la sombra sigue al cuerpo, esperando el instante del desfallecimiento cuando pudiera posesionarse del hermoso príncipe.

Al amanecer Sidharta detuvo su jadeante caballo.

Habiendo desmontado procedió a cortarse los cabellos con su propia espada. Viendo pasar a un cazador furtivo, vestido con una tosca túnica, le llamó y le propuso:

—Hermano, cambiemos nuestros vestidos.

Resistíase el cazador por considerarlo una locura, mas el príncipe insistió con tal empeño que tuvo que ceder.

Se despojó Sidharta de su diadema, collares, pendientes y de la perla que adornaba su frente y, entregando estas joyas a Tchandaka, le rogó que se las llevara a su padre el rey.

Y Tchandaka seguía llorando y el caballo de rodillas también suplicaba al príncipe que volviera.

En palacio fueron las mujeres las primeras en dar la voz de alerta y el acongojado Sudhodana envió emisarios que buscaran al fugitivo.

Los centinelas reconocieron la pista del príncipe por cuanto, donde había pisado su caballo, brotó un reguero de flores. Siguieron esta senda florida hasta descubrir al pobre cazador y, viéndole ataviado con la ropa del infante, intentaron matarle. Pero antes de que fuera derramada la sangre de un inocente se presentó Tchandaka quien les dio parte de la decisión inquebrantable del príncipe heredero.

Desazonados, los emisarios del rey regresaron a palacio.

El rey Sudhodana reconoció con amargura:

—Ya no tengo hijo.

Y se dispuso a llevar las joyas de Sidharta a la afligida esposa. Yasodhara recogió las hermosas prendas y, no queriendo que fueran usadas por nadie, las tiró al fondo de un lago.

Las aguas se iluminaron al recibirlas.

Y desde el día en que abandonó el palacio donde había nacido, el príncipe Sidharta fue conocido como el «venerable Gotama». Era uno de tantos hombres santos que pululan por las orillas del Ganjes.

Aquel príncipe tan mimado por la suerte, aquel que sólo podía moverse en carroza, aquel que siempre dormía arrullado por músicas, aquel vestido de seda y adornado de joyas, aquel joven amado por su pueblo no era ya sino un pobre monje de cabeza rapada que iba mendigando su comida por los caminos.

El venerable Gotama iba en búsqueda de la verdad.

Y así se hizo primero discípulo de los Bramanes y escuchó los preceptos religiosos de aquellos hombres santos, mas pronto se alejó diciendo: «Este no es el camino que conduce a la supresión del dolor».

Y se hizo discípulo de los Yoguis, religiosos que a través de profundas abstracciones han logrado evadirse del cerco de la materia alcanzando facultades sobrenaturales como el ver y oír a distancia o el acordarse de sus nacimientos anteriores.

El venerable Gotama escuchó los preceptos de su doctrina pero en su interior latía ya la promesa de una religión nueva y se apartó de los Yoguis diciendo: «Este no es el camino que conduce a la supresión del dolor».

Cinco discípulos seguían al venerable Gotama.

Se iniciaron los seis años de pasión.

Durante este período, el venerable Gotama trató a su cuerpo como un tirano cruel trataría a su peor enemigo. Lo sometía a las más terribles mortificaciones, se reducía a la inmovilidad más absoluta alimentándose con un solo grano de arroz al día. Habíase depauperado de tal modo que ya sólo le quedaban hueso y pellejo, las hormigas corrían por su cuerpo lo mismo que por una rama seca, tomábanle los niños por estatua de polvo. Los discípulos del venerable Gotama le reverenciaban esforzándose en imitarle. Ninguno podía empero igualarle. En el ejercicio de la penitencia y de la renunciación, el venerable Gotama había superado a los más afamados bramanes y yoguis.

Mara, el demonio, seguía siempre al acecho.

Cuando el venerable Gotama había cumplido los treinta y cinco años y nada indicaba que pudiera cumplir los treinta y seis, su espíritu fue iluminado por el descubrimiento de que tampoco el camino de las asperidades conduce a la supresión del dolor. Habiendo llegado a esta conclusión, levantó la vista y vio venir a una niña la cual, movida por la piedad hacia el moribundo, depositó a sus pies una escudilla llena de arroz. Entonces el venerable Gotama se alimentó.

Sus discípulos, al observar que había abandonado la rigurosa desciplina a la que voluntariamente se había sometido, le despreciaron y dudaron de él, luego volviendo la espalda a su maestro, tomaron la ruta de Benarés.

Al quedarse solo el verable Gotama se vio en la necesidad de proveerse de una túnica porque, en el correr de seis años de penitencia, la suya se había transformado en polvo. Cubriose con la mortaja de una criada muerta y, tras haberse bañado en el río, prosiguió su camino en direccón a Gaya.

Llegado que hubo el venerable Gotama a un bosque muy frondoso y apartado tomó asiento debajo de una higuera y se prometió «que mi cuerpo se seque, que mis huesos y mi carne se disuelvan si abandono este lugar antes de obtener la iluminación».

Mara, el demonio, se acercó apara tentarle:

—Venerable Gotama, la obligación primera del hombre es vivir, viviendo practicarás el bien.

E hizo desfilar delante del profeta las más seductoras visiones que jamás ha contemplado el ojo humano; era un empeño inútil, nada podía ya alterar la paz de Gotama y el demonio hubo de retirarse derrotado.

Al cabo de las veinticuatro horas que pasó inmóvil debajo de la higuera el venerable Gotama alcanzó la gracia de la iluminación y fue Buda, que quiere decir «el clarividente».

La iluminación le permitió descubrir el mecanismo del destino humano y conoció el secreto de la inmortalidad.

Después de sufrir esta revelación el Buda ayunó durante cuarenta y nueve días y cuarenta y nueve noches, el arcángel Brahma le confortaba.

Vaciló luego entre guardar la revelación para sí mismo o compartirla con los hombres, movido por la piedad eligió este segundo camino y se dirigió hacia Benarés.

Una vez que alcanzó el Ganjes, como no tenía dinero para pagar al barquero, hubo de recurrir a sus fuerzas milagrosas y pasó el río de un salto.

Los cinco discípulos estaban reunidos en una ermita algo apartada de la ciudad y, al ver llegar a su maestro, sintieron reavivada irritación.

«Fingiremos indiferencia y desdén —se dijeron entre sí— porque este hombre nos ha engañado».

Mas al encontrarse frente a él, era tal la serenidad que emanaba de su rostro que todos se sintieron subyugados.

A la tercera noche el Buda les predicó. Hay dos vías extremas, expuso, que el hombre religioso debe rechazar. Una es la vía que lleva al placer, a la concupiscencia, al lujo, a la vanidad, al derroche... Esta vía, monjes, no lleva a la salvación. La segunda es la vía de la austeridad, maltratar al cuerpo como a un enemigo rabioso, perder la salud en ásperas penitencias, sufrir sin objeto. Esta vía, monjes, no lleva a la salvación. Guardándose de ambos extremos, el Buda ha descubierto la vía media, la cual conduce a la clarividencia, a la paz y al nirvana o paraíso de los justos.

La vía media señalada por el Buda atrajo a los herederos de las grandes familias bramanes, que eran como los duques de la India, y estos jóvenes abandonaron casta, fortuna y posición social para raparse el pelo, ponerse una túnica amarilla y no ocuparse de otro asunto que el de la salvación.

Una vez convencido de que su vocación era sincera el propio Buda les ordenaba poniendo la mano sobre su cabeza: «Ven, monje mendigo y practica la vida religiosa que pone fin al dolor».

Mucha gente murmuraba «si todos los hombres jóvenes se van con el Buda se terminará el mundo por falta de nacimientos».

Siete años después de su partida, el Buda decidió regresar a Kapilavastu para convertir a los suyos.

Entró en la ciudad mendigando y seguido de sus monjes. El rey Sudhodana, abochornado por aquel espectáculo, lo mandó llamar y le dijo:

—¿Es que acaso no tengo yo bastante para daros a todos de comer?

Y Buda, rodeado de sus monjes, entró en palacio. Cuando salió tenía tres monjes más, Nanda, su medio hermano, Ananda, su primo, el que iba a ser su discípulo predilecto, Devadatta, también primo, que iba a hacerle traición.

Tan sólo el rey Sudhodana se resistió a la llamada del Buda porque, aún siendo de naturaleza bondadosa y magnánima, estaba demasiado ligado a las cosas de este mundo.

Yasodhara, la esposa abandonada, se dijo «si voy a verle con su hijo acaso volverá a mí».

El Buda dormía en un parque, a las afueras de la ciudad.

Yasodhara se vistió con sus más elegantes vestidos, trenzó su pelo con flores y, con el pequeño príncipe de su mano, llegó a la presencia del profeta. Cuando salió iba sola, que el pequeño Rahoula también aligió la vía media, que había de conducirle a la perfección.

Otros jóvenes de grandes familias sakiyas recogieron el mensaje del Buda y aún

los que no abrazaron la vida religiosa se compenetraron de tal forma con los ideales de la no violencia que desde entonces rehusaron empuñar las armas.

Y así fue que un reyezuelo vecino les venció sin esfuerzo, arrasando luego la ciudad de Kapilavastu y pasando todos los habitantes a cuchillo.

La jungla terminó por invadir el palacio del rey Sudhodana.

Durante cuarenta y cinco años el Buda predicó por el valle del Ganjes, iba de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad siempre seguido por su fiel discípulo Ananda. Cuando llegaba la estación de la lluvia se reunía con sus monjes que andaban dispersos por las tierras de Oriente predicando la buena nueva.

El Buda les hablaba de las excelencias de la vía media, de cómo la supresión del deseo lleva consigo la supresión del dolor, les prevenía para luchar contra los tres enemigos capitales del hombre que son la sensualidad, el odio y la estupidez.

Y las palabras del Buda eran tan hermosas que ninguno hubiera podido escribirlas tal y como salían de sus labios. Cierto que ninguno lo intentó; se limitaron a grabarlas en la memoria y así trasmitirlas a sus futuros discípulos para conocimiento de las generaciones venideras.

Vino el tiempo en que se produjo la traición de su primo y discípulo Devadatta, el cual lleno de envidia pretendió emular al Buda reemprendiendo la vía de los sacrificios por él repudiada. Devadatta intentó matar al Buda. Mandóle asesinos pagados que al llegar a la presencia del profeta cayeron subyugados a sus pies, mandóle una roca gigantesca cuyo curso fue misteriosamente desviado, mandóle un elefante salvaje el cual se arrodilló al verse en presencia del iluminado.

Era el Buda tan persuasivo que, si querían resistir a su mensaje, sus antagonistas no podían mirarle.

Una de sus conversiones más notables fue la de Amrapali, la cortesana de Vaicali.

Vaicali era una ciudad que tenía 777 palacios, 7.777 palomares, 777 parques, 7.777 estanques de lotos y que además, tenía una bellísima cortesana que era Amrapali la cual, oyendo hablar del Buda iluminado, fue en su busca y le preguntó:

—Maestro ¿puede una cortesana como yo invitaros a comer?

Acompañado por sus monjes el Buda fue a comer a su casa.

También la seductora Amrapali abandonó presto la vía del placer para emprender la vía media que preconizaba el Buda.

Así fue que, en tiempos posteriores, la ciudad de Vaicali que tenía 777 palacios, 7.777 palomares, 777 parques y 7.777 estanques de lotos dejó de tener aquella bellísima cortesana que era Amrapali.

Otra vez fue un hombre de Estado quien llegó a los pies del Buda y le preguntó:

—Maestro, ¿cómo puede un pueblo hacerse invencible?

Entonces el Buda le hizo conocer los siete fundamentos de la prosperidad:

1, frecuencia de asambleas populares.
2, vivir en fraternal armonía.
3, cumplir las leyes.
4, honrar a los ancianos.
5, respetar a las mujeres.
6, venerar los templos.
7, adorar a los santos.

—Los pueblos que guarden estos preceptos —añadió el Buda— no serán vencidos.

Sucedió que un día se acercó al Buda una mujer que llevaba a su hija muerta en

los brazos. Esta mujer se llamaba Kisogatami y el dolor le había hecho perder el juicio.

Llevaba la infeliz varios días buscando de puerta en puerta al mago que le resucitara a su hija.

Movido por la piedad el Buda le dijo:

—Kisogatami, toma un grano de mostaza y aplícalo sobre la frente se tu hija muerta...

—¡Tan solo un grano de mostaza y mi niña vivirá! ¡Oh, gracias Buda! —se extasió la infeliz.

—Atiende Kisogatami, que este grano de mostaza has de recogerlo en casa donde no haya muerto ni hijo, ni marido, ni pariente, ni esclavo.

La pobre loca, con su pequeño cadáver en los brazos, fue de puerta en puerta buscando la casa en donde nunca hubiera muerto nadie.

Y al escuchar su cantinela reíanse las gentes y le decían:

«Los vivos son pocos, los muertos muchos».

La luz de la verdad llegó al fin a traspasar el dolor materno y, dejando a su hija en la pira funeraria, Kisogatami buscó igualmente la vida media que conduce a la salvación.

Uno tras otro, pasaron los años hasta que el Buda perfecto llegó a cumplir ochenta. Supo que había llegado la hora de abandonar a los hombres, su misión en el mundo estaba ya cumplida. Ananda, el discípulo predilecto, sollozaba a los pies del Buda agonizante, cuyas últimas palabras fueron éstas:

«Oh, Ananda, no llores, todo lo creado está sujeto a destrucción».

UN REVOLUCIONARIO TRANQUILO

NUNCA me olvidaré de Alberto.

Alberto, nacido en la provincia de Orense en el año 1900, falleció en Caracas el año 1968. Al acto del sepelio de aquel gallego desconocido en Galicia asistieron el presidente de la República venezolana y el ex-presidente, Rómulo Gallegos —el gran amigo de Alberto.

Más de doscientos intelectuales y políticos de todas las tendencias, y lo mismo de Centroamérica como de España, acompañaban al féretro y, ante el nicho en donde se iban a consumir los restos de Alberto, la poetisa Ida Gramko pronunció estas palabras:

> «Los amigos que hoy acudimos a enterrar su cuerpo tan sufrido y macerado, sabemos que era joya que él sostuvo, ese oro del ensueño, de estímulo para el otro, de la paciencia y la esperanza, nunca podrán ser desterradas. Sabemos que nunca se entierra o se destierra lo inefable.
>
> «Así, don Alberto, que desconoció el sosiego muchas veces y a quien la vida le negó; a menudo, el alivio y el descanso se aleja hoy en figura pero su duende queda...».

Era el día 16 de enero de 1968 en el Cementerio General del Sur.

A raíz de su muerte algunos periódicos de Venezuela hablaron de Alberto. «La República» dijo que había formado parte de un grupo de intelectuales que se constituyó en torno a Rómulo Gallegos del cual Alberto sería —en 1947— secretario de Prensa. En 1948 Alberto fue desterrado a Cuba y a México de donde regresó —añade «La República»— al restablecerse el régimen democrático en nuestro país. En 1961 Alberto prestó servicios diplomáticos en Yugoslavia acompañando a Simón Alberto Consalvi. A su regreso a Venezuela trabajó en la OCI y, finalmente, en el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. (1).

Otro periódico venezolano dijo que Alberto fue «uno de los primeros periodistas españoles que valoró de inmediato y en su tiempo, la calidad literaria de la novelística del maestro Rómulo Gallegos». Se recordaron también las palabras de aquel discurso en el que el propio Rómulo Gallegos da cuenta de la estimación que le inspiraba Alberto:

> «Nos conocimos sufriendo destierro y nos acercamos a la mutua intimidad, atormentada y dolorida, en la dulce Galicia pescadora y labradora, de ría serena y frondosa huerta...». (2)

---

(1) Al lado de la esquela familiar, los periódicos venezolanos publicaron otra de los amigos de Alberto que encabezaban Raúl Leoni, Rómulo Gallegos, Gonzalo Barrios, Nicolás Guillén, Rafael Alberti...

(2) Alberto conoció a Rómulo Gallegos en España en el año 1931. Rómulo vivió quedamente primero en Barcelona y después en Madrid y se mantenía trabajando para «La Nacional», la empresa de máquinas registradoras. En 1933 Rómulo Gallegos, invitado por Alberto, descubre Galicia. Vuelve en los veranos del 34 y del 35 anudándose entre el ya celebrado escritor, autor de «Doña Bárbara», que a la sazón tenía 51 años y el joven periodista y crítico de 34 una amistad imperecedera. Movido tal vez por la magia de su propio apellido, Rómulo Gallegos se sintió atraído hacia Galicia y le dijo a Alberto que, a la hora de elegir un pseudónimo había pensado en utilizar un nombre galaico: Angel *Freire*. Alberto visitaba casi a diario a Rómulo Gallegos quien en Madrid ocupaba un piso de la «casa de las flores» en Hilarión Eslava. En este mismo edificio vivía también Pablo Neruda.

Al menos un periódico gallego se ocupó de Alberto:

«Se ha dicho que era el Avinareta del siglo XX, su amor por la aventura y una placidez mental realmente seráfica, le hacían una figura extraordinariamente contradictoria. Tuvo amistad íntima con revolucionarios como Fidel Castro cuando éste era un joven estudiante... Alberto era un conversador amenísimo asistido por una singular memoria. Nadie —a pesar de su azacanada vida— recuerda haberle visto agitado por la prisa y siempre antepuso la amistad a la obligación. Lo mejor de su obra, de su pensamiento y de su personalidad ha quedado diseminado por cafés, tertulias y salones literarios de América y de Europa...» (3)

Su nombre, para pasaporte y carnet, era Alberto Fernández Martínez y había nacido (al igual que su primo «Augusto Assía») en ese pueblo de las Frieiras orensanas que lleva el extraño nombre de La Mezquita —dicen que no guarda relación con los *moros*, que este nombre se deriva de una planta, «mezquita», por allí abundosa.

Como periodista Alberto, orgulloso de su pueblo, solía firmar tanto los artículos como los cuentos «Alberto Mezquita» o «Alberto Fernández Mezquita», tan patriótico seudónimo, empero, no estaba llamado a gozar de mucha popularidad ya que nuestro querido pariente, tanto en la vida como en los escritos pertenecía a esa clase especial de seres que parecen haber nacido sin apellido. Con decir «Alberto» ya se sabía que se trataba de él.

Arreglando, o más bien removiendo esos viejos papeles que siempre dejan macerado el corazón, encuentro aquellas páginas por mí escritas a raíz de nuestro conocimiento en Alemania. En ellas aflora ingenuamente algo de aquella singular atracción que se desprendía de mi pariente político.

Extraño y fascinante personaje que llegaba hasta nosotros quemado por el trópico y por la fatiga de una docena de revoluciones, que en un tiempo remoto había sido jefe de estación (fue funcionario de los Ferrocarriles del Norte) y troskista, y cuyo trato personal era de una condición tan amable que yo, a la sazón tan angustiada, me sentía relajada y feliz en su compañía.

Me recordaba —aunque la comparación parezca irreverente— a ciertos santos y beatos de la tradición franciscana con quienes Alberto compartía en grado excelso tanto el sentimiento de amistad amorosa como el desasimiento material.

Aparte de sus numerosos amigos, a los que en rigor siempre acababa protegiendo (¡cuando él mismo estaba tan necesitado de protección!) todo lo que Alberto poseía en la vida era de un peso tan liviano que cabía en una maleta. Y así le vimos aparecer, aquel día invernoso, cuando el viento de Rusia azotaba la aterida Renania y cuando una densa capa de hielo había paralizado la navegación por el Padre Rin:

«Ayer —7 de diciembre de 1961— llegó Alberto. Tiene 61 años, va con el siglo. Es flaco y juvenil de aspecto, de pelo blanco, cortado a cepillo, rostro ascético, curtido cual un campesino castellano, moreno de color, perfil aguileño. En torno a las gafas un abanico de arrugas. Es extraordinariamente simpático y conoce a *todo el mundo* en América, especialmente a todos los revolucionarios. Un tenue acento gallego coopera a su suavidad.

Viene de Yugoslavia donde sirve como agregado cultural de la República de Venezuela (altualmente Alberto es ciudadano venezolano) en la embajada de su amigo el político, periodista y poeta Simón Alberto Consalvi. Tras abandonar España Alberto estuvo en Cuba y en México. En Cuba se enamoró de

(3) «La Voz de Galicia», 27-1-1968.

una hermosa intelectual mulata. Alberto es un auténtico aventurero, un revolucionario tranquilo.

Nos cuenta de Yugoslavia. El país progresa pero aún se siente algo de opresión ¿opresión de qué? no se trata de un régimen policíaco ostentoso. Tito vive como un *rajá*, en compañía de su esposa, la gentil Jovanka. Tapias de una altura de dos metros aislan su lujosa residencia. Tito es un hombre bajo, aunque siempre parece tan alto en las *fotos*. Y es muy amable. Invitó a Alberto a una de las cacerías que se dan en su finca. Alberto describe el pabellón de madera, atractivo refugio, y como —tras las sucesivas batidas de los ojeadores— pasaban los faisanes como nubes. Tito y el embajador ruso fueron los que más cazaron, y luego el norteamericano. Alberto estaba en el pabellón con las señoras.

Cierto que por lo menos uno de los lugartenientes de Tito habla perfectamente el español, lo aprendieron en las Brigadas Internacionales y, debido a la misma escuela, lo conocen algunas de las ya talludas altas personalidades políticas que allí llaman «Capos». Los «Capos» viven aislados y forman esa «nueva clase» que tan bien describió Djilas. Alberto no conoce a Djilas más que de vista. En Yugoslavia se pueden comprar periódicos occidentales, pero, «Capos» naturalmente aparte, hay pocas posibilidades de salir al extranjero. Tal vez en esta imposibilidad se encuentre el origen de la tensión. Se vive como en una campana neumática.

El sistema funciona bien en algunos aspectos y mal en otros. Alberto dice que no hay miseria y que la riqueza está distribuida con acierto, gozan los trabajadores de marcadas ventajas pero, dado que el sistema no es propicio para generar tanto el enriquecimiento como el ahorro, la gente parece dominada por el afán de consumir, un deseo que se encargan de frustrar los establecimientos comerciales poco surtidos. La gente —«nueva clase» aparte— vive muy hacinada. Alberto visitó la casa de un chófer de la embajada, con toda seguridad confidente de la Policía pero muy buena persona y vivía *de pena*. Con decir que compartía el *baño* con otras veinte familias. Pero puede que esto se remedie pronto, están construyendo mucho y siempre en un tono colectivo y social.

El pueblo es amable y demuestra gran interés por todo lo español. Un discípulo de Escudero ha montado un ballet sobre motivos del Quijote que obtuvo gran éxito. Hay en Belgrado un hispanista, que se llama algo así como Rabinosky (Alberto no supo deletrear el nombre) que sigue con mucha atención el desarrollo literario español y que ha traducido a Lorca.

Alberto encontró también en Belgrado a una gallega —que en su conversación mezcla el gallego con el serbio croata una combinación muy sorprendente— que en guerra se casó con uno de las *brigadas* y que ahora es cocinera en un restaurante de pescado. Al conocer a Alberto se echó a llorar porque se le despertó la *morriña*. También es nacida en las Frieiras.

Recibió Alberto hace poco la visita de cuatro chicos españoles, exestudiantes, los cuales le dijeron que venían a Yugoslavia para estudiar de cerca el socialismo y con vistas de ganar experiencia, si bien su ferviente deseo era trasladarse a Cuba a fin de aprender las tácticas guerrilleras. Alberto les dijo que era una tontería y que, en cuanto a guerrillas, nadie nos podía dar a nosotros lecciones.

La embajada de la Unión Soviética es muy grande, es una *fortaleza*. Al-

berto hizo amistad con el agregado cultural que habla muy bien español (Alberto siempre encuentra amigos que hablen español ya que él mismo no domina ninguna lengua extranjera) y que se interesa por lo nuestro. Los rusos reciben mucho, aunque no tanto como los chinos, éstos son los más activos y galantes diplomáticos, los que nunca se olvidan de enviar unas flores. También los chinos son amigos de Alberto, especialmente dos que dominan correctamente el español.

A su vez los albaneses tienen una embajada formada por 17 miembros, muchos, en relación a las dimensiones del país que representan; son gentes muy fanáticas.

Yugoslavia —artesanado aparte— es el reino de la cooperativa o «autogestión». p. e. el hotel donde se aloja Alberto, el «Metropol», pertenece oficialmente a todos sus empleados y ellos son los presuntos beneficiados de las ganancias, desgraciadamente, una vez que se han pagado tributos al estado, al municipio, etc., así como las correspondientes amortizaciones apenas si queda nada que repartir entre cocineros, camareros, botones y demás «dueños» que han de contentarse con un sueldo algo inferior al que hoy se estila en los hoteles del mundo capitalista.

Suerte que la leche sea tan barata en Yugoslavia porque les gusta mucho, así como el yogourt; también son excelentes los embutidos. Una vez al mes Alberto se traslada a la encantadora ciudad libre de Trieste para efectuar sus cambios y también va regularmente a Venecia para comer. No es que la comida en Yugoslavia sea mala, pero resulta demasiado rica en especies para un hombre enfermo del estómago.

Cuando Alberto se pone a hablar de las grandezas y riquezas de Venezuela cuenta y no acaba. Se nota lo mucho que quiere a aquel país. Estuvo varias veces en la selva del Orinoco donde los buscadores de oro del río Magdalena suelen meter las pepitas que recogen en botellas de coca cola, y han de defenderse a tiros tanto de los indios salvajes —siempre al acecho con sus flechas envenenadas— como contra las bandas de monos gigantes ferozmente dirigidos por un líder.

En un poblado, que se llama Ciudad Bolívar, Alberto encontró a varias familias gallegas afaenadas en la explotación de las minas. También en la selva encontró a otro gallego que se separó de los buscadores de oro para dedicarse a la venta de coca colas. Y dice que ganaba más vendiéndoles cocas a los otros de lo que hubiera podido ganar con el oro. Que historias... Pero un día, cuando estaba más satisfecho, los feroces monos se le metieron en la casa, y le deshicieron las neveras y se bebieron cuanto encontraron, excepto las coca-colas pues al parecer, y en esto los monos dieron pruebas de un gusto refinado, prefirieron el coñac. Como bien dice Alberto es la auténtica lucha del hombre contra la selva en la que sólo los muy fuertes y aptos logran sobrevivir».

Acaso Alberto hubiera podido facilitarme aquellos datos o eslabones perdidos que se precisan para ligar la historia de ciertos movimientos revolucionarios. Esos datos pequeños, de carácter casi íntimo que rara vez asoman en los gruesos manuales de la historia al uso. ¿Era verdad, como se decía, que el joven Fidel Castro, su amigo, organizó el primer acto de rebeldía siendo estudiante en la propia residencia de Alberto en La Habana y que de aquella casa surgió el fallido asalto a la presidencia para apoderarse de la persona del dictador Batista?

¿Era o no era verdad que no fue Galbao quien concibió la acción contra el

«Santa María» —el primer acto moderno de piratería internacional— sino que la operación fue minuciosamente planeada por otro de los grandes amigos de Alberto, un lucense llamado José Fernández y que, como nombre literario y de *guerra*, se hacía llamar Soutomayor?

¿Cómo eran en la intimidad seres como Rómulo Gallegos, Juan Bosch, Raúl Roa, Che Guevara, Pablo Neruda, Rafael Alberti o María Teresa León?

Tal vez incluso hubiera podido remontarme en el tiempo, y, espiando en el seno de la revista «Comunismo», preguntarle a Alberto cómo era Andrés Nin o, tal vez aún más interesante, preguntarle qué es lo que contaba Nin acerca de Trosky. Porque aquella era la historia viva y, pocos años antes, en 1918, Andrés Nin había sido secretario de Trosky en Moscú. A la par que me recordaba este dato, Alberto evocaba para mí arrancándola del archivo de su memoria la figura de Andrés Nin: hombre grande, con su pipa, con su melena «a lo ruso».

Sin duda aquel testigo de excepción me hubiera servido para apresar la historia que rara vez se cuenta pero se daba la fatalidad de que justamente entonces a mí sólo me interesaba el conocimiento de un pasado inmediato y por ello, olvidándome de todo lo demás, sólo le pregunté a Alberto acerca de su odisea personal en 1936:

«A los pocos días de haber estallado la guerra civil —me dijo Alberto— y hallándome en Galicia, decidí buscar refugio en La Mezquita. Allí me reuní con mis hermanos, Higinio y Eladio, el último aun era estudiante, Higinio ya estaba empleado en la Compañía del Norte.

Como los tres estábamos aterrados casi no nos atrevíamos a salir de casa. Luego, conforme fueron llegando las primeras noticias, nos sentimos directamente amenazados. Comprendimos que era difícil permanecer indefinidamente en el pueblo sin despertar sospechas ya que (y el fenómeno se advertía aún en la propia familia) nuestra propia actitud no beligerante comenzó a ser mirada con hostilidad. Si visitábamos a tío Severino en la tienda la voz radiofónica parecía saludarnos con una desemplada amenaza. No obstante aun en La Mezquita seguíamos siendo «os netos de don Felipe», «os fillos de don Sergio». Aquellas sombras benignas nos protegían.

Iniciamos los preparativos a fin de huir. Yo había proyectado pasarme a Portugal, embarcar en Lisboa y volver a entrar en España por Cataluña, pero no ignoraba que las autoridades portuguesas devolvían a España a cuantos fugitivos detenían y el precio del fracaso podía ser la vida.

Tanto Eladio como Higinio (aunque yo quise disuadirles exponiéndoles sensatamente cuales eran los peligros que afrontábamos) insistieron en acompañarme. A la hora de la verdad a lo que los tres más temíamos era a la muerte en una cuneta. Y era de prever que el tiempo no corría a nuestro favor; aun en el caso de que lograramos mantenernos en la misma semi clandestinidad bien pronto seríamos llamados a filas.

Llegó el día fijado para la huida. Cruzamos la frontera por la aldea de Monzalvos un poco antes del amanecer. La suerte nos fue propicia ya que, sin ser descubiertos por los «guardinhas», pudimos encaminarnos hacia Salgueiros en donde yo me proponía pedir socorro a don Fermino.

Era don Fermino aquel mismo cura que, durante la revolución portuguesa, se había refugiado en nuestra casa de Mezquita. Yo suponía que no se había olvidado de nuestra hospitalidad y que, puesto que ya había pasado por una experiencia semejante, no podría negarnos una protección que, en el mejor de los casos, podría abrirnos las puertas del propio gobernador de Braganza.

Si lográbamos llegar hasta don Fermino sin ser detenidos nuestra suerte se nos antojaba segura.

Esta provincia portuguesa colindante con nuestras tierras era para nosotros un lugar familiar. ¡Cuántas veces no habíamos pasado por ella a caballo gozando de nuestra popularidad y de nuestra juventud! Los campesinos de Salgueiro, igual que los de la Moimenta, nos conocían y nos respetaban, nos miraban (a nosotros tan modestos) cual unos opulentos potentados, habitantes de un país más rico y poderoso.

Durante el tiempo de mi niñez y de mi juventud, la diferencia entre nuestros pueblos y los portugueses era muy grande a nuestro favor. No sólo era nuestra moneda más fuerte sino que nuestras tiendas estaban mejor surtidas, nuestra burguesía era más rica y nuestro campesinado —tomando el suyo como modelo— resultaba casi acomodado. De Portugal acudían a nosotros en búsqueda de trabajo así como de productos inexistentes o inaccesibles y así venía a producirse ese fenómeno de absorción propia de dos zonas colindantes en diferentes grados de desarrollo. Pronto iban a cambiarse las tornas.

Nosotros, gente fronteriza, naturalmente inclinados al contrabando y al paso clandestino, siempre a caballo a lo largo de una frontera casi inexistente, considerábamos aquellas tierras portuguesas como algo familiar; incluso sus penalidades nos atañían de forma tan directa que no podía morir un niño ahogado en la Moimenta sin que los sollozos de la madre repercutieran en Manzalbos o en La Mezquita. Asimismo compartíamos sus avatares políticos y, al modo como antaño mi familia había acogido al Padre Fermino, confiábamos en ser protegidos por nuestros amigos portugueses.

Al cruzar clandestinamente la frontera ya no éramos los jóvenes señoritos a caballo en pos de las más bonitas mozas de Braganza, unas pocas horas nos habían transformado en fugitivos y llevábamos el miedo impreso en el rostro. Con nuestros hatillos en la mano, y la sombra de la persecución a la espalda, más parecíamos unos anarquistas huyendo después del atentado que no los jóvenes de otro tiempo más dichoso. También la provincia de Braganza, vista a pie y con mentalidad de fuga, se nos antojaba distinta y hasta nos costaba trabajo reconocer los contornos de un terreno archi familiar.

Algunos de los campesinos que se afanaban en la labranza nos miraron sorprendidos: «Or diavo —oi decir— tamén fuxen os netos de don Felipe i os fillos de don Sergio, mal están as cousas na Hespanha».

Al llegar a Salgueiros conseguimos meternos en la casa de unos amigos en donde encontramos al maestro republicano de Chaguazoso, E. C., el cual llevaba ya tres meses huido en Portugal. Era un hombre más bien pusilánime, aunque simpático y buena persona. Su emoción al vernos casi nos conmovió. A fin de no provocar sospechas, decidimos que uno solo se desplazaría hasta el domicilio de don Fermino. Fui yo, guiado por el maestro de Chaguazoso, que conocía el camino.

El cura portugués nos recibió con una amabilidad relativa. Al recordarle yo su propia huida advertí que la tenía muy olvidada y en verdad que me dio ciertos ánimos observar lo pronto que se olvidan tan amargas experiencias. En verdad que estudiando la anciana y venerable figura, se me antojaba imposible que un día hubo de verse en muy parecida situación.

Sin embargo, al invocar por tercera vez el nombre de mi abuelo, don Fermino se manifestó dispuesto a ayudarnos:

—Se trata de una cuestión de vida o muerte, Pater —le recordé.

Aquella misma tarde, prometió don Fermino, hablaría con el gobernador de Braganza.

Reconfortado, y siempre en compañía del maestro, me encaminé hacia la casa en donde esperaban mis hermanos pero, hallándonos ya en sus proximidades, nos dio el alto la guardia nacional.

—Españoles —afirmaron más que preguntaron y, sin aguardar respuesta, exigieron los documentos.

Fiándome en que no sabrían leer yo les entregué el carnet del Ateneo y el maestro —que era ateo— produjo una bendición papal cosa que, en otras circunstancias, me hubiera hecho reír.

Miraron los guardias nuestra «documentación» sin entenderla pero se manifestaron decididos a llevarnos al cuartel. En vano invoqué la protección de don Fermino y el hecho de ser nieto de don Felipe y les juré que sólo venía a Portugal para darme un paseo y que ahora mismo me daba la vuelta hacia La Mezquita...

Desde su ventanuco mis hermanos observaban la escena y preparaban su fuga. Antes de salir de España habíamos convenido que, aunque procuraríamos ir juntos, caso de ocurrirnos algún tropiezo individual los otros seguirían por su cuenta.

Más tarde mis hermanos me dijeron que, de haber tenido armas, se hubieran alzado contra los guardias portugueses. Fue buena suerte que no las tuviesen...

El teniente se mostró cortés pero inflexible. No podía desobedecer a las órdenes de Braganza y, a su vez, Braganza dependía de Lisboa. A través de sus blandas y corteses razones comenzamos a adivinar el puño de hierro que se estrechaba salvando fronteras. Resignado callé aguardando las órdenes de Braganza. Acurrucado en la banqueta de pino, acosado por las mismas moscas, el maestro lloraba pensando en su próximo fusilamiento. De nada le había valido al maestro de Chaguazoso invocar su larga permanencia en el país porque, como también su estancia adolecía del mismo vicio de origen, el haber estado allí tanto tiempo de una manera ilegal más bien le perjudicaba que le favorecía. El hecho de que no le hubieran molestado hasta entonces había hecho creer al infeliz maestro que su presencia era cuanto menos tolerada de tal forma que la detención provocó en él un verdadero desplome moral. Aquella misma tarde nos condujeron detenidos a Braganza donde, por primera vez, fuimos sometidos a un interrogatorio.

En Braganza se me ocurrió invocar la protección de un maestro, profesor en el Liceo, don Daniel Rodrigues, persona muy estimada en la localidad y, aunque yo no lo conocía personalmente, amigo de mi casa:

—Hablen ustedes con don Daniel, él les dirá que el nieto de don Felipe no es ningún criminal.

Nuevamente insistía en que, sólo movido por el amor a la paz y por el horror que me inspiraba la violencia había abandonado España, pero que mi corazón era apolítico, por otra parte no tenía intención de permanecer en el país, sólo les pedía la gracia de un permiso de tránsito...

Don Daniel Rodrigues, hoy difunto, ya era entonces un hombre anciano. Se trataba de un portugués culto y liberal que estimaba a mi familia. Me hizo señas de que no me preocupase. Concertó con nuestros carceleros que él mismo me conduciría hasta la frontera de Manzalbos y me devolvería a España y su proposición no era irrazonable ya que él mismo poseía una finca justo en la raya. El señor Rodrigues se comprometió bajo juramento. El comandante de Braganza nos dejó salir. Si él mismo sabía que se trataba de una estratagema o si creyó en la promesa de buena fe es

algo que ignoro, aunque su cortesía amistosa me hace sospechar una complicidad disfrazada. En todo caso el profesor portugués pudo llevarme a su casa y decirme bondadosamente:

—Duerma tranquilo Alberto, que ya mañana idearemos la forma de salvarle.

A mí no me era fácil dormir tranquilo acordándome del rostro lívido del maestro de Chaguazoso a quien ya habían entregado a las autoridades de Verín, punto por el que había huido. El señor Rodrigues trató de tenderle una mano pero los portugueses insistieron en que cada fugitivo debería tornar a España por el mismo lugar que había traspasado ilegalmente.

Le conté a don Daniel acerca de la fuga de mis hermanos, preguntándole si habría forma de averiguar su paradero. Envió el portugués a un criado, ordenándole que investigara en la casa donde nos habíamos alojado. Volvió portador de buenas noticias: Eladio e Higinio se habían unido a otros fugitivos españoles hallando escondite en una casa de campo que pertenecía a unos portugueses amigos. (Allí pasaron más de un año poniéndose más tarde en contacto con la resistencia clandestina que les facilitó la huida a América).

Ya tranquilizado respecto a mis hermanos, me preocupé de mi situación personal. Según don Daniel la huida en tren era muy difícil, con mucha frecuencia se presentaban policías solicitando a los viajeros extranjeros el salvoconducto:

—Y usted —me dijo dudoso el profesor— mal puede pasar por un portugués.

La huida por carretera apenas si se presentaba menos ardua pues igualmente detenían los coches, suponiendo además que hubiera podido encontrar o alquilar un vehículo que me transportara hasta Lisboa.

Empeñado en salvarme, don Daniel me rogaba que no desesperase si bien, conforme iban pasando los días en la inacción, crecía mi inquietud. Finalmente don Daniel decidió recurrir a los buenos oficios de un sobrino, capitán del ejército, residente en Lisboa. Vino el sobrino —un portugués muy grande y simpático— que simpatizaba secretamente con nuestros ideales y ofreció su ayuda generosa. Haría el viaje conmigo en tren, nos aposentaríamos en vagón solitario, y, cuando se presentaran los policías yo fingiría dormir y el capitán me haría pasar por su compañero. Así fue y así llegamos sin novedad a Lisboa, asilándome yo en su casa.

Este capitán estaba casado con una maestra, mujer tan bondadosa como el marido. Ambos me encarecieron la necesidad de medir mis pasos. La capital estaba muy vigilada.

Mi primera salida obedeció a la necesidad de asegurarme la protección de Gabriela Mistral, a la sazón ministro de Chile en Portugal quien tenía su oficina en el «Hotel do Comercio».

Encontré a Gabriela, a quien ya conocía, muy asustada.

—Hable bajo — me aconsejó— aquí todos son espías: camareros, empleados, conserjes, hasta los botones espían...

Se mostró segura de tener un micrófono escondido en algún punto de la habitación y de estar bajo vigilancia policíaca.

—Por el solo hecho de haberme visitado —dijo— usted mismo ya es un sospechoso...

Sin embargo Gabriela Mistral me prometió hacer todo lo posible a fin de facilitarme el pasaporte chileno. Aquel mismo día pondría un cable a su gobierno y me haría conocer el resultado de su gestión.

Si bien no me sentía en aquel momento directamente amenazado, le supliqué

que acelerase en lo posible los trámites y, algo aliviado por su generosidad, me volví a la casa del capitán después de asegurarme de que no era seguido.

Como pasaban los días sin recibir noticias de Gabriela Mistral decidí que era conveniente moverme en otras direcciones. Sabía de la existencia de una organización israelita que protegía a los exiliados españoles facilitándoles la huída por vía marítima. Conseguí llegar hasta los judíos pero mi mala suerte quiso que ya fuera tarde. Los últimos fugitivos habían sido detenidos en el puerto y ya era prácticamente imposible embarcarse sin papeles. Me aconsejaron que me procurase un pasaporte de apátrida que extendía otra organización filantrópica internacional con sede en Oporto.

Se trataba de un viaje peligroso ¿pero no era todavía más arriesgado continuar indefinidamente en Lisboa donde, a más del peligro personal, se unía el de comprometer a mis amigos?

Llegué hasta la misma puerta de la organización pero allí fui detenido por dos agentes que me pidieron la documentación. Les respondí en portugués que no la tenía y que precisamente iba a recogerla...

—Aguarde un momento —les supliqué— y ahora mismo les presentaré mis papeles.

—¿El señor es español? ¿No es cierto? —inquirió uno de los agentes.

—Sí —confesé desesperado.

—Pues ha de acompañarnos...

—Está bien —me resigné.

Me llevaron a la cárcel de Oporto en donde había de permanecer más de cuatro meses. Fui alojado en la misma celda en donde se encontraba don Amílcar Castillo uno de los opositores políticos de Oliveira Salazar. Simpatizamos pronto. Amílcar Castillo era un hombre de unos 38 ó 40 años, abogado de profesión y, según tengo entendido, persona prestigiosa en Oporto, hablamos largamente de política y nuestras ideas coincidían en muchos puntos. Varias veces fui sometido a largos interrogatorios, pesados aunque de carácter cortés, y en el curso de los mismos yo procuraba eximir de toda responsabilidad a las personas que me habían ayudado. Declaré que, habiéndome puesto en la frontera don Daniel Rodrigues, había vuelto a Portugal por segunda vez. Esto agravaba mi culpa ante las autoridades portuguesas que me consideraban reincidente.

La misma noche de mi entrada en la cárcel de Oporto procuré establecer contacto con otros presos españoles. En el correr de los días muchos fueron devueltos a España. Uno de ellos que consiguió enviarme un mensaje escrito a través de uno de los carceleros, se me presentó como el capitán de los guardias de asalto de León. No recuerdo su nombre pero sí recuerdo su letra y su consejo: «Camarada, mida sus declaraciones, procure mover sus influencias si las tiene y si no las tiene búsquelas. Yo no he podido defenderme y me devuelven a España, ¿para qué?, para morir».

Aquel billete me impresionó mucho y se lo enseñé a Amílcar. El me dijo que ya había recibido otros semejantes. Casi sentíamos aletear la muerte dentro de aquella mazmorra.

Yo meditaba en la forma de evadirme. Al mes, o mes y medio de encontrarme en la cárcel de Oporto, recibí la última noticia del de León: «Adiós camarada, hoy me llevan a España, le deseo más suerte que ha tenido este su desgraciado amigo».

Por la noche no pude dormir. Miraba hacia los barrotes de mi celda y los adivinaba inatacables. La cárcel era un edificio relativamente moderno, capaz de contener todas las rebeldías posibles contra Salazar...

Amílcar Castillo me ofreció su ayuda y concertamos mi evasión de acuerdo con su mujer. Esta señora, como todos los familiares de los presos, visitaba a su marido todos los jueves y le permitían no sólo entrar en la cárcel sino incluso llegar hasta su celda. Antes de entrar le entregaban una tarjeta con un número que debía rendir a la salida a un guardia, individuo de carácter indolente cuyo manejo observamos. Una vez idos todos los familiares, un carcelero contaba a los presos iniciando la ronda por el lado opuesto al de nuestra celda, que era la última de un largo pasillo. En esta operación invertía unos cinco o seis minutos, tiempo más que suficiente —razonamos— para salir a la calle y meterme en un coche que, con el motor encendido y presto para arrancar, me estaría esperando.

La señora de Amílcar Castillo me facilitó un traje de su marido que, aunque no era de mi medida, tampoco me quedaba tan mal que sirviera para reconocerme. La primera parte de nuestro meditado plan se llevó a cabo sin esfuerzo. La esposa de Amílcar me dio su tarjeta y yo fui uno de los primeros «familiares» que salieron de la cárcel mientras ella se detenía explicando que había perdido la suya.

Pasé temblando por delante del centinela que no me miró. Ya me hallaba frente al último control, ya podía divisar el coche amigo a la espera, cuando sonó la sirena de alarma. ¿Que había pasado? La fatalidad simplemente. Ese día habían comenzado a contar los presos por nuestra celda advirtiendo mi ausencia casi en el acto.

Me dirigí hacia uno de los oficiales que corrían alocados:

—Buscan a un preso, pues soy yo...

Estuve 15 días en una celda de castigo. Estas fueron las únicas consecuencias de mi aventura ya que felizmente la participación de Almícar y la de su esposa no fue establecida. Incluso me permitieron volver a mi antigua celda en donde ya casi me mostraba resignado con mi suerte.

Se iba a cumplir el cuarto mes de mi detención cuando recibí un mensaje de un correligionario con el que había conseguido comunicarme: «Tu caso está arreglado, hoy mismo enviamos, a nombre del cónsul norteamericano en Oporto, un pasaporte argentino, tus amigos de América han pagado ya el pasaje y también te envian doscientas libras...».

Leí esta carta a Amílcar Castillo que me abrazó conmovido. Encargamos una comida especial así como una botella de Oporto y nuestra animación era tan grande como nuestro optimismo cuando se presentaron dos policías ordenándome que empaquetara mis cosas para marcharme:

—¿Para América? —pregunté de un modo estúpido pues ya les había visto las esposas.

—Para España.

(Más tarde supe que el cónsul norteamericano llegó hasta la cárcel, portador de un pasaporte que yo ya no necesitaba).

En el curso de aquel trayecto de Oporto a la frontera yo ya no creía posible mi salvación, ya apenas sí veía aquellas hermosas tierras miñotas en donde apuntaba la primavera...Mis dos guardianes, personas más bien amables, dejaron tan sueltas las esposas que podía manejar mis manos con una cierta soltura. Algunos viajeros entraron y salieron en el vagón pero apenas si provocábamos en ellos curiosidad ya que el nuestro era un espectáculo frecuente en aquellos días. Sin embargo en algunas miradas se traslucía una compasión que me reconfortaba. A veces la compasión se traducía en dádivas, me ofrecían empanadas, pescado o fruta que yo rechazaba con una sonrisa triste pues con el miedo se me había quitado el apetito y estaba todo el rato pensando: «tal vez mañana ya no viviré».

Llegados a Valenca del Miño le dije a mis guardianes:

—No tendrán ustedes mucho interés en que me maten esta misma noche. ¿Porqué entregarme ahora? Déjenme pasar una última noche en Portugal.

Se consultaron entre sí y luego accedieron a la petición.

Mi propósito era sencillamente ganar tiempo, esperar tal vez un milagro. Recuerdo que de noche vino hasta mí una niña, que era la hija del jefe de la prisión, y me entregó solícita una medalla y, aunque yo quise rechazarla sugiriendo que la guardara para otro más piadoso, ella insistió en colgarla en mi pecho...

Sin embargo, y relacionándolo con lo que sucedió después, Alberto tuvo que admitir que la medalla era muy milagrosa, por cuanto el pobre al verse finalmente en la cárcel española, en aquel castillo medieval de imponente estampa, estaba tan asustado que no se le ocurrió nada mejor que, llevando su mano derecha al pecho, hacer un signo masónico. Este saludo, que hubiera debido perderle, quizá a causa de la protección de la santa imagen, obtuvo una respuesta amistosa y el mismo alto funcionario que le recibía, tuvo a bien conducirle a una celda tranquila y reservada en donde no le despertaron los ruidos de la noche.

(Alberto, por otra parte, no había hecho una gran carrera en las logias y, en aquel momento, no pasaba de la categoría de simple «hermano durmiente»).

De un modo u otro lo cierto es que Alberto se salvó para contarme esta larga historia y para luego morir, según dije al principio, en la ciudad de Caracas, Venezuela, tras una larga y cruel enfermedad soportada con ejemplar estoicismo.

LA HISTORIA DEL COMPADRITO

PASADOS unos días, cuando ya habíamos hablado de todo lo humano y de todo lo divino y cuando ya se aproximaba la fecha de su partida, se me ocurrió una pregunta ciertamente extraña y acaso un si es no es impertinente:

—Dime Alberto ¿cuál es la persona que más te ha querido en este mundo?-

Al formularle esta pregunta yo esperaba que Alberto, tan abierto para recordar sus andanzas y tan cerrado cuando de trataba de su vida sentimental, me hablara al fin de aquella seductora mulata a la que conoció en Cuba, tal vez descendiente de un gallego y de una negra hechicera, que pesaba más de cien kilos...

Entonces Alberto sonrió —y aún me imagino que lo veo sonreír con aquella dulzura irónica— y me dijo que para responder cumplidamente le era forzoso hablarme de su *compadrito*.

Y así aquella misma tarde, sentados los dos en aquel salón biblioteca alemán de pesados muebles tallados (con guerreros, con águilas, con escudos) que habían sobrevivido a dos guerras mundiales y que seguramente podían sobrevivir a la tercera en el caso de no ser atómica, Alberto me contó lo siguiente:

«A la sazón yo me hallaba en México esperando tener noticias del triunfo de la revolución venezolana para trasladarme a este país. La revolución se hizo esperar y mi estancia en México se prolongó durante unos meses, teniendo yo ocasión de reunirme con amigos a los que no había visto desde antes del 36. Como México me gusta tanto yo estaba encantado en aquel país. Un día en la casa del pintor Arturo Souto encontré a un viejo amigo, también exiliado a quien llamaré si te parece Romero Blanco.

Tuvimos tal alegría al vernos que ya no nos separamos hasta la madrugada. Romero quiso saber de mi vida y yo le hablé de mis incesantes viajes: Caracas, México, Guatemala, La Habana, Santiago de Chile... en todas partes tenía amigos, en ningún sitio tenía ya una casa. Romero por su parte se había afincado y acaso había acertado bastante mejor que yo. Me dijo que le había costado mucho trabajo romper con el pasado. Fue un desgarramiento doloroso como arrancarse una parte del propio ser. Durante meses, o tal vez años, se sintió como un hombre a quien arrebatan su sombra. Después, al fin, vino piadosa la paz. Ahora ya se había olvidado de España a la que no pensaba volver. Sabía de una forma clara y definitiva que había cruzado el puente del olvido. Había quemado sus naves como Hernán Cortés y como Hernán Cortés se había casado con una india.

El proceso espiritual del excomandante Romero era sin duda interesante. Durante largo tiempo vivió la vida inquieta del desarraigado al acecho reuniéndose con otras personas alentadas por similares inquietudes. Contemplaba a México como se puede mirar esa estación intermedia en donde se para el tren sólo porque está averiado. Y así pasaban los años hasta que al fin:

—Comprendí que tenía que ahogar al pasado o el pasado terminaría por ahogarme a mí.

Romero decidió abandonar la capital y buscar el olvido en un lugar reti-

rado y primitivo. Sus pesquisas le llevaron hasta un pueblo cercano a Querétano que se llama Tlascan en donde por lo visto necesitaban un secretario para el Ayuntamiento.

Tlascan era un poblado indígena. A poco de instalarse en él Romero —que pasó automáticamente a ser conocido como el *licenciado Romero*— comprendió cuanto le pesaba su vida solitaria y eligió como esposa a una india en mediana posición, veinte años más joven que él. Esta india era muy bonita y se llamaba Guadalupe. Trajo al matrimonio un ejido (1) y una casa. Romero mejoró y redondeó sus propiedades. Para Tlascan era un hombre rico. Su mujer le había dado cinco *chamaquitos*. El excomandante Romero encontraba aquella vida muy de su gusto.

Fui invitado a pasar en su compañía las fiestas guadalupanas y me disculpé alegando que no tenía coche. A pesar de nuestra antigua amistad me daba pereza trasladarme al pueblo y, por añadidura, nuestras vidas se habían distanciado en tal forma que si dejábamos de hablar de España, ya no teníamos nada de que hablar. Sin embargo Romero insistió; arregló mi viaje y, en parte por camaradería y en parte por obligación, me vi en Tlascan ese día en que los indios sacan sus cristos sanguinolientos con pelo humano, uñas, sangre y expresiones de singular tortura. En las fiestas guadalupanas siempre hay reyertas y muertos. Se bebe mucho pulque y mucha tequila.

La casa del excomandante Romero era la mejor del pueblo. En el marco de su hogar le encontré distinto, indianizado. Vestía el poncho y la camisa indígena, calzaba las típicas huarachas. Había en él algo solemne y estático. Su mujer, Lupita, se conservaba bonita a pesar de los numerosos partos y los chiquillos ganaron pronto mi afecto. La mezcla de español con azteca, tlascalteca o maya produce siempre unos resultados magníficos. Nacen unas criaturas preciosas, de extraordinaria tez dorada, que mantienen las mejores características de ambas razas. Los hijos de Romero eran encantadores.

Pasó el *Cristo* y pasaron las horas y el atardecer se coló por las ventanas en la casa del «licenciado Romero». Los hombres nos habíamos sentado en torno a una mesa, bebíamos pulque y se hablaba, sobre todo, de Cuba y de Venezuela. Recuerdo haber contado como había sido atacado por unos monos en el alto Orinoco. Pronto advertí que, entre los presentes, había un indio que no me sacaba los ojos de encima. Este indio se llamaba Damián. Conociendo como conocía el país, aquella mirada fija apenas si me extrañó: un indio puede pasarse horas con la vista posada en un punto. Pero a la larga su insistencia comenzó a importunarme.

Aprovechando la ocasión en que quedó libre un asiento contiguo al mío, Damián se acercó y, pidiendo permiso para sentarse, me preguntó si quería brindar con él.

—¿Cómo no? —le dije— y vacié mi vaso de pulque notando que ese terrible producto del magüey me quemaba el estómago como un chorro de fuego.

Damián, que parecía muy contento, se mantuvo silencioso a mi lado. Al cabo de un rato me preguntó si quería brindar nuevamente y yo me excusé:

(1) Tierras antaño comunes y que la revolución mejicana parceló entre los indios, una partición que —curiosamente— había sido ya propuesta por algunos parlamentarios españoles, cual Toreno, a principios del siglo diecinueve.

—No tengo costumbre de beber pulque...

—Aunque sea poco *patronsito* —suplicó.

Me extrañó que me llamara pratoncito y volvimos a vaciar nuestros vasos.

—*Patronsito* —habló de nuevo Damián— ¿no le *ojuende* si le trato como de la *juamilia*?

Damián, como casi todos los habitantes de aquella zona convertía la efe en jota.

—¿Cómo me va a ofender Damián? —le respondí— con mucho gusto, puedes considerarme como de la familia.

—Pues *entonses patronsito*, venga a mi casa para conocer a mi *indita* y a los *chamaquitos*.

Yo miré el reloj, era ya muy tarde. Quería salir de Tlascan en el tren de medianoche.

—Agradezco tu cortesía Damián, otra vez será.

—¿Y si yo se lo suplicara *patronsito*?

Advirtiendo su anhelo me levanté y le seguí.

Su indita le estaba esperando. Los chamaquitos dormían. Damián sacó la tequila y unas rosquillas. Tomé las rosquillas, bebí tequila. Damián me pidió permiso para irme a visitar a México:

—¿Cómo no?, y le apunté mis señas: «Hotel Pontejo», Paseo de la Reforma.

Al salir de la casa de Romero (no a la medianoche como había previsto sino ya de madrugada), Damián me estaba esperando. Nos siguió hasta la estación donde se plantó tres pasos detrás de Romero. Cuando dije adiós al español mi mirada abarcó ambas siluetas envueltas en sus ponchos. Sentía despedirme de Romero preguntándonme si le volvería a ver. Era extraño pensar que para ambos habían pasado los años de la juventud y que en definitiva éramos ya casi viejos.

Pocos días después de mi viaje a Querétano, regresando a mi hotel a media tarde, un botones me dijo:

—Señor, un indito pasó aquí medio día esperándole.

—Un indito —de pronto me sorprendí y luego me dije ¡era Damián!

Estaba evocando su nombre y se presentó con dos gallinas en la mano:

—*Patronsito* —saludó— le traigo esto de parte de mi indita.

—Muchas gracias Damián, pero te lo vuelves a llevar. Ya ves que no tengo casa, vivo en este hotel, como en restaurantes o en cafetería ¿qué voy a hacer con estas aves?

—Pues las toma no mas *patronsito* —insistió Damián.

Rehusarlas hubiera sido ofenderle a muerte. Resignado tomé las dos gallinas y las metí en la habitación:

—Ahora cenarás conmigo Damián —propuse.

—No *gracias patronsito*, ya como en casa al volver.

—De ninguna manera, tú cenas conmigo.

Le llevé a un restaurante y quise ofrecerle una cena decente, pero Damián sólo quiso aceptar un *taquito* (1). Dijo que, a tales horas, no podía comer otra cosa. Fue el comienzo de una serie de *taquitos* y de una serie de tequilas y pulques porque Damián venía a ver a su compadrito casi todas las semanas.

(1) Porción de carne picada con chile que se envuelve en tortilla de maíz, alimento predilecto de los indios mejicanos.

Unas veces me traía gallinas, otras veces huevos, otras veces fruta. Sólo poniéndome serio, y jurando que me enfadaba para siempre, Damián aceptaba la tela para su indita, los zapatos, vestidos o juguetes para los niños. Nunca se alvidaba de traerme recuerdos de su familia y de dármelos para la mía pues era muy formal y ceremonioso. Era la nuestra una amistad pura y desinteresada que sólo puede darse en muy raros y privilegiados países: si yo le hubiera pedido a Damián «mátate por mí» Damián se hubiera matado. Yo era su *compadrito* y esto lo justificaba todo.

Un día al fin nos llegó la noticia del triunfo de la revolución. Tenía que trasladarme a Venezuela. A pesar de mi amor por México los meses de inacción pesaban sobre mis costillas. Sin pesar hice las maletas dispuesto a trasladarme al aeródromo.

Salía ya del hotel cuando, apostado en un rincón del zaguán, descubrí a mi compadrito con dos gallinas en la mano.

Adiós Damián —le dije con afecto.

Al verme con gabardina y sombrero, al ver al botones cargado con mi maleta, Damián se petrificó:

—Se va *patronsito* ¿y yo que hago con esto? —señaló sus gallinas.

—Te las llevas nuevamente a tu casa y ya darán cuenta de ellas los *chamaquitos* —sugerí en tono de chanza.

Pero advertí tal desconsuelo en los ojos del indio que la risa se me heló en los labios. Nunca me había costado tanto una separación. Quizá es que ya nos vamos haciendo viejos. Quizá; ahora que tú me lo preguntas, ha sido mi compadrito Damián una de las personas que más desinteresadamente me han querido en este pícaro y desdichado mundo».